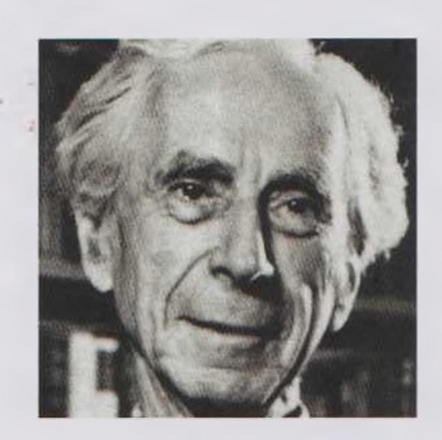


Russell

Solo la lógica permite al hombre pensar con claridad

APRENDER A PENSAR

Russell

Solo la lógica permite al hombre pensar con claridad

RBA

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior e infografías: tactilestudio
Fotografías: Bridgeman Images: 32-33, 47, 89, 134-135; Album: 57 (arriba izq.), 80-81, 123; Corbis: 57 (arriba dcha.), 103, 143 (arriba); Archivo RBA: 57 (abajo); Getty Images: 110-111, 143 (abajo)

ISBN (O.C.): 978-84-473-8198-2
ISBN: 978-84-473-8552-2
Depósito legal: B-7750-2016

Impreso en Unigraf

Impreso en España - *Printed in Spain*

Sumario

Introducción

Bertrand Russell es uno de los pensadores más conocidos del siglo XX, quien, por sus méritos, ganó rápidamente un lugar en la historia de la filosofía. Su popularidad se debió a la publicación de un número muy notable de libros y ensayos sobre temas morales, sociales y políticos, explicados con un estilo ágil y directo, y repletos de notas divertidas y de reflexiones claras y poderosas. Sobre todo, son esas obras las que le convirtieron en un paladín del humanismo liberal. La figura de Bertrand Russell que ha quedado fijada en la memoria colectiva es la de un héroe de los racionalistas, libre de las cargas del dogma religioso y metafísico y dedicado a la causa de la libertad humana y del progreso social y político.

La obra del Russell comprometido con los problemas de interés e importancia generales es todavía lo suficientemente cercana en el tiempo como para resultar no solo familiar al lector contemporáneo, sino actual en un sentido absoluto. En su lectura se encuentra una visión privilegiada del mundo de hoy en sus comienzos, lo que permite una radiografía de claridad meridiana. Las reflexiones del autor son aplica-

bles de manera directa a la inmensa mayoría de problemas a los que se enfrenta la ciudadanía global a día de hoy.

Paradójicamente, muy pocos de los lectores de esta vertiente del pensamiento russelliano puede encontrar accesibles sus contribuciones más técnicas, aquellas que hicieron de él también una figura esencial entre los filósofos. Bertrand Russell fue uno de los lógicos más importantes de su momento. Junto al matemático y filósofo Alfred North Whitehead, que había sido su profesor, escribió una de las obras más importantes de la historia de la lógica: *Principia Mathematica*. Su filosofía de las matemáticas marcó un hito en la historia de la «reina de las ciencias» y fue el punto de partida que le llevó a desarrollar la filosofía analítica, una disciplina que mantiene su vigor entre sus practicantes y su influencia en general.

Al mismo tiempo en que intervenía en los desarrollos más importantes de la lógica y las matemáticas, su pensamiento daba impulso a diversas corrientes que serían fundamentales en el futuro, como el positivismo lógico. También se le considera uno de los primeros protagonistas del denominado «giro lingüístico» en la jerga filosófica, es decir, un pionero de la filosofía del lenguaje. Usó la lógica para demostrar la capacidad del lenguaje como instrumento para inducir soluciones filosóficas, lo que hacía de este un objetivo filosófico primordial. Esta metodología puso en entredicho los métodos antiguos y las teorías filosóficas que resultaban de ellos.

Desde un principio, la filosofía analítica, inaugurada por el autor, pretendió desarrollar un estilo de pensamiento donde los criterios predominantes en el tratamiento de cualquier tema fuesen la precisión y la profundidad. Desde esa sólida base, Russell aplicó los recientes avances de la lógica de su tiempo para analizar el lenguaje y solucionar problemas filosóficos. Contaba como antecedente con el matemático,

lógico y filósofo alemán Gottlob Frege, que había conseguido que la lógica diera grandes pasos en la explicación del mecanismo de los razonamientos del ser humano, después de cientos de años sin que experimentara ningún progreso.

La magna obra russelliana *Principia Mathematica* constituyó un intento de mostrar que este planteamiento, el logicismo, era factible. Para el logicismo, la distinción entre matemáticas y lógica era puramente aparente. Los números podían explicarse en términos de la lógica, de la misma manera que las reacciones químicas pueden explicarse mediante las teorías que explican las interacciones de los átomos de la física.

Los problemas metafísicos que encontró el filósofo al plasmar sus intenciones logicistas durante la fundación de la filosofía analítica le llevaron a desarrollar su propia interpretación de este campo de pensamiento, que bautizaría con el nombre de «atomismo lógico». Según esta concepción, el mundo está formado por cosas concretas, sus propiedades y sus relaciones, de la misma manera que los átomos de la física están formados de neutrones, protones y electrones. Las propiedades y las relaciones existen como existen las cosas, una noción platónica en pleno siglo XX.

El primer impacto fundamental de Russell en el pensamiento de su siglo se manifestaría en el poderoso trabajo de su reconocido alumno Ludwig Wittgenstein, iniciador de la llamada filosofía del lenguaje ordinario. Sin embargo, la relación entre ambos hombres se plasmaría en forma de una diferencia creciente. Russell nunca estuvo de acuerdo con muchos puntos esenciales de la posición de Wittgenstein, a pesar de que la propuesta del alumno era una evolución de las bases que el filósofo británico había puesto.

Es muy posible que Bertrand Russell no hubiera ocupado un lugar preferente en el imaginario popular si hubiera

tratado solo temas de filosofía del lenguaje. A pesar de la importancia de sus hallazgos técnicos, de hecho, estos hubieran quedado como un capítulo de la historia interior de la filosofía y no hubieran sido demasiado conocidos si su autor no se hubiera convertido también en un referente del pensamiento adelantado y la contestación. Su obra fundamental en este campo fue *Principios de reconstrucción social* (1916), que puso los cimientos teóricos de sus posturas.

Su relevancia en este campo vino de la mano de sus actividades antibelicistas durante la Primera Guerra Mundial. No solo renunció al liberalismo, sino que militó en su contra, y llegó por ello a ser condenado y encarcelado hasta en dos ocasiones. Sus protestas lo enemistaron con las autoridades británicas, pero también con buena parte de la población de su país. Alertó del control tecnocrático sobre la sociedad moderna, del consumismo o de los excesos del mercado, tanto como de la deriva al autoritarismo del Estado demasiado intervencionista. En el terreno político y económico, exigió siempre al poder estatal el mantenimiento de unos mínimos necesarios para la supervivencia de la población, una disposición contrapesada por el poder de la sociedad civil, organizada en empresas, asociaciones y todo tipo de instituciones civiles.

En la década de 1920, Russell teorizó sobre la educación, pero también decidió pasar a la acción fundando una escuela, Beacon Hill, que estuvo abierta durante casi veinte años gracias a su segunda esposa, Dora Black. En aquella institución creada por propia iniciativa, intentó plasmar los principios que había establecido en su libro *Sobre educación* (1926), que todavía en la actualidad goza del favor de pedagogos y personas interesadas en el tema.

El filósofo clamaba contra una educación orientada a conseguir seguidores fieles al orden establecido, el dinero y la

nación, y demandaba que la pedagogía sirviese a los fines del individuo. El ser humano no es bueno o malo y la educación no debe actuar sobre él con mentalidad fiscalizadora, sino que debe orientar los impulsos de la persona para que esta se realice a sí misma y sus acciones sean una contribución a la comunidad. A juicio de Russell, toda educación debía ser guiada por un ideal.

Contestando a las consideraciones utilitaristas que habían dominado la teoría social de Inglaterra durante décadas, el pensador defendió el conocimiento en general, y la ciencia y la tecnología en particular, como instrumentos útiles de progreso social. Pero también previno contra los males que podía acarrear su manipulación por parte de los poderes establecidos y contra su potencial para la destrucción de la humanidad. Toda actividad del hombre debe estar guiada por el espíritu humano, encarnado en las disciplinas propias de las humanidades: el arte, la literatura, la filosofía...

En su vertiente de pensador sobre los problemas del ser humano, ofreció soluciones «filosóficas» para guiar nuestra vida, como las que aparecen en uno de sus libros más conocidos y celebrados: *La conquista de la felicidad*. Sus teorías sobre el matrimonio y el sexo fueron polémicas y produjeron un verdadero escándalo, lo mismo que sucedió con sus opiniones acerca de la religión. Se declaraba profundamente ateo y detestaba todas las manifestaciones religiosas organizadas, en las cuales incluía todo tipo de sistemas de pensamiento cerrados, como el capitalismo o el comunismo.

Su larga vida le dio la oportunidad de jugar un papel protagonista como intelectual comprometido en Gran Bretaña y Estados Unidos. Produjo una enorme cantidad de artículos y panfletos sobre activismo, incluyendo la desobediencia civil. Después de la Segunda Guerra Mundial, los grupos pacifistas y contrarios a la proliferación de las armas nuclea-

res reavivaron el compromiso de pensador, de manera que la imagen más permanente que ha quedado de él fue la de un nonagenario que seguía participando en las protestas contra el arsenal nuclear británico. Russell ganó en aquellos años una inmensa relevancia mediática después de lograr que algunas de sus cartas a los dirigentes mundiales en la época de la Guerra Fría fueran contestadas.

Fue en esa época en la que su figura alcanzó su máxima altura y se forjó la imagen que ha quedado en la memoria. La influencia social de su pensamiento como visionario, educador o moralista demostró ser entonces tanto o más poderosa que la que había ejercido su trabajo en la lógica y filosofía de las matemáticas. Bertrand Russell se convirtió en un ejemplo de coherencia, un notabilísimo caso del filósofo cuya vida misma es una puesta en práctica de sus doctrinas.

Esa actitud ejemplar no quedó sin consecuencias. En más de una ocasión durante su vida tuvo que pagar el precio de pensar contra la corriente. Sus oponentes le presentaron a menudo como una suerte de Mefistófeles y, de modo vergonzoso, no faltaron académicos que le atacaron por considerarlo un pensador «peligroso». En ocasiones, los boicots personales le dejaron malparado y solo pudo salir a flote con grandes esfuerzos. Una situación todavía más injusta si se tiene en cuenta que muchas de sus ideas sobre muchas cuestiones sociales y morales se corresponden con la visión que hoy en día está más generalizada.

Sin embargo, su pluma era tan brillante y su verbo tan acerado, tanto en las tablas del mitin tradicional como en la televisión cuando esta se generalizó, que siempre fue capaz de rendir a las audiencias hostiles y de dejar un buen puñado de argumentos veraces sobre la mesa. A diferencia de muchos filósofos de toda la historia, Russell se preocupó de llegar al público más amplio posible, y sin duda lo consiguió. No en

vano suyo es el honor de haber publicado el primer libro superventas de filosofía: *Historia de la filosofía occidental.* Su pensamiento luminoso, cálido, siempre humano, condensado en frases penetrantes extraídas del inmenso cuerpo que forman sus textos, corre hoy en día por la red más vivo y más esclarecedor que nunca.

Quizá por seguir sus propias recomendaciones sobre cómo conseguir la felicidad, Bertrand Russell llegó a los noventa y ocho años, una edad anciana incluso para los estándares actuales. Continuó trabajando hasta el último momento y, en su compromiso con la mejora de la vida humana a través de la filosofía, las ideas que propuso han acabado convirtiéndose en lo que se considera el sentido común del atribulado siglo XX.

OBRA

- **Obras de lógica:** los libros en los que el autor volcó el cuerpo principal de su trabajo propiamente lógico presentan textos muy técnicos.
  - *Los principios de las matemáticas* (1903)
  - «Sobre la denotación» (1905)
  - *Principia Mathematica* (tres volúmenes, publicados en 1910, 1912 y 1913)
- **Obras de filosofía analítica:** el autor evolucionó su pensamiento lógico para plantearse cuestiones metafísicas, con las que exploró diferentes aspectos de la realidad y la relación del ser humano con ella.
  - *Los principios de la filosofía* (1912)
  - *La filosofía del atomismo lógico* (1918)
  - *Análisis de la mente* (1921)
  - *Nuestro conocimiento del mundo externo* (1914)
  - *Análisis de la materia* (1927)
  - *El conocimiento humano. Su alcance y sus límites* (1948)
- **Obras de filosofía social y política:** considerada menor por algunos académicos, esta parte de la filosofía russelliana acabaría resultando la más conocida. En ella, el autor apostó por la filosofía práctica y se alejó de tecnicismos.
  - *Principios de reconstrucción social* (1916)
  - *Sobre educación* (1926)
  - *Matrimonio y moral* (1929)
  - *La conquista de la felicidad* (1930)
  - *La mirada científica* (1931)
  - *Por qué no soy cristiano* (1956)

CRONOLOGÍA COMPARADA

V 1872
Nace Bertrand Russell en el seno de una familia aristocrática inglesa.

V 1874-1876
Mueren su madre y su hermana, seguidos de su padre dos años después. Junto a su hermano Frank, queda al cargo de sus abuelos.

V 1894
Russell se gradúa en Cambridge y se casa contra los deseos de su familia.

V 1910-1913
Publica los tres volúmenes de *Principia Mathematica* en colaboración con Alfred North Whitehead.

V 1916
Sienta las bases de su pensamiento político y social en *Principios de reconstrucción social.*

1870 1880 1890 1900 1910

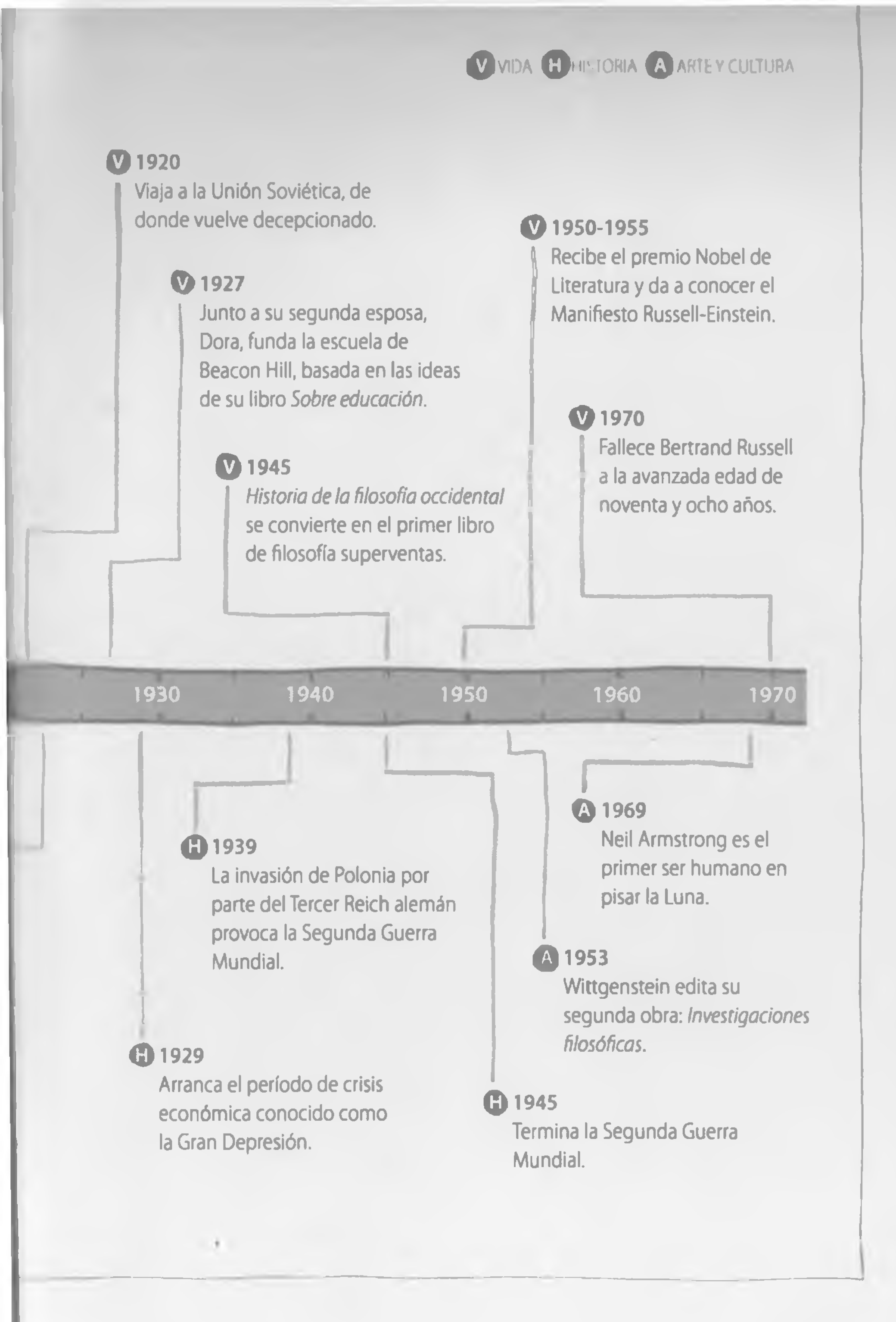
H 1914
Estalla la Primera Guerra Mundial, que sacudirá los pilares de la sociedad europea.

A 1900
Sigmund Freud publica *La interpretación de los sueños.*

A 1883
El filósofo idealista británico F. H. Bradley publica *Principios de lógica.*

A 1921
Ludwig Wittgenstein publica su influyente obra *Tractatus logico-philosophicus.*

A 1916
Albert Einstein da a conocer su teoría de la relatividad general.


V VIDA H HISTORIA A ARTE Y CULTURA
V 1920
Viaja a la Unión Soviética, de donde vuelve decepcionado.
V 1927
Junto a su segunda esposa, Dora, funda la escuela de Beacon Hill, basada en las ideas de su libro *Sobre educación*.
V 1945
Historia de la filosofía occidental se convierte en el primer libro de filosofía superventas.
V 1950-1955
Recibe el premio Nobel de Literatura y da a conocer el Manifiesto Russell-Einstein.
V 1970
Fallece Bertrand Russell a la avanzada edad de noventa y ocho años.
1930
1940
1950
1960
1970
H 1939
La invasión de Polonia por parte del Tercer Reich alemán provoca la Segunda Guerra Mundial.
H 1929
Arranca el período de crisis económica conocido como la Gran Depresión.
H 1945
Termina la Segunda Guerra Mundial.
A 1953
Wittgenstein edita su segunda obra: *Investigaciones filosóficas*.
A 1969
Neil Armstrong es el primer ser humano en pisar la Luna.

CAPÍTULO 1

EN BUSCA DEL FUNDAMENTO DE LAS MATEMÁTICAS

Huérfano desde muy corta edad, Bertrand Russell se refugió en las matemáticas y la filosofía. Su pasión por las dos le llevó a saltar de lleno a la arena intelectual en una de las grandes aventuras del conocimiento: la búsqueda de los fundamentos lógicos de las matemáticas.

Bertrand Arthur William Russell fue el tercer hijo del matrimonio entre el político y escritor británico John Russell (1842-1876), vizconde de Amberley, y Katharine Louisa Stanley (1844-1874). El matrimonio se celebró en 1864, cuando ambos tenían veintiún años. John era conocido por sus opiniones poco ortodoxas sobre religión y por su activa defensa del control de natalidad y el voto femenino, que contribuyeron a acortar su carrera como miembro del Partido Liberal en el Parlamento. Kate, como solía ser llamada su esposa, era una sufragista y una pionera en la lucha por los derechos de la mujer.

La pareja descendía de dos poderosas familias aristocráticas inglesas al servicio de la corona británica, que se habían distinguido, sin embargo, por sus puntos de vista adelantados. El abuelo materno era el político liberal Edward Stanley (1802-1869), segundo barón Stanley de Alderley, conocido como lord Eddisbury. El abuelo paterno fue lord John Russell (1792-1878), primer conde de Russell y dos veces primer ministro con la reina Victoria (1819-1901), cargo en

el que abogó infatigablemente en favor de la ampliación de las libertades.

Cuando se llevó a cabo el enlace Russell-Stanley, la reina Victoria llevaba ya veintisiete años de reinado y llegaría aún a ver el nuevo siglo. El período victoriano había producido una inmensa transformación en Inglaterra, pero no a causa de la oleada revolucionaria de 1848 que acabó con la Europa absolutista posterior a Napoleón, sino por su propio impulso. Las instituciones políticas inglesas habían sido las más avanzadas de Europa durante siglos, por lo que la isla fue el lugar donde menos se notaron las ondas de choque del período revolucionario. El cambio, en Inglaterra, había sido autónomo, y estuvo ligado a la industrialización.

Durante los primeros años del siglo XIX, se vieron totalmente desmanteladas las antiguas estructuras sociales heredadas y apareció la sociedad que retrató en sus obras el novelista Charles Dickens (1812-1870), el más sobresaliente escritor de aquella era. En aquel mundo que mostraba una producción de riquezas sin igual en la historia, convivían los burgueses inmensamente ricos con los proletarios inmensamente pobres que a menudo iban vestidos con harapos y cuyos hijos debían trabajar jornadas más largas que las que hoy la ley permite a los adultos.

La explosión demográfica de aquellos tiempos sirvió para agitar las ideas de los radicales en favor de la planificación familiar. A causa de la represión gubernamental, el movimiento tardó décadas en tener éxito, impulsado sobre todo por las antiguas colonias americanas en la década de 1870, cuando retomó su influencia en la metrópoli. Fue en ese contexto en el que los padres de Russell desarrollaron su activismo en favor de esas ideas. Pero el vizconde cosechó una estrepitosa derrota que le apartó de la política al presentarse al Parlamento con la bandera de la planificación

familiar. Algunos biógrafos consideran que hay indicios de que el propio nacimiento de su tercer hijo, Bertrand, fuera la consecuencia de un fallo en la práctica de los métodos de contracepción de sus comprometidos padres, en una época en la que estos eran considerados escandalosos. De hecho, la pareja tenía ya dos vástagos, John Francis Stanley (Frank) (1865-1931) y Rachel Lucretia (1868-1874).

UN IMPERIO DE VAPOR Y ACERO

El singularmente prolongado reinado de Victoria, de 1837 a 1901, dio su nombre a toda una era de la historia. Los primeros tiempos de la época victoriana se caracterizaron por el crecimiento de las ciudades a costa del campo, debido a la extensión del vapor como fuerza motriz de las incipientes máquinas. Mientras que los grandes propietarios seguían teniendo su casa de campo, donde todavía reinaba el tradicional espíritu inglés, los trabajadores se concentraban en ciudades surgidas casi por ensalmo, alejados de las redes de ayuda en lugares poco adecuados para vivir, sin gobierno, policía, escuelas u otros servicios, ya que estos recursos se concentraban alrededor de los burgueses.

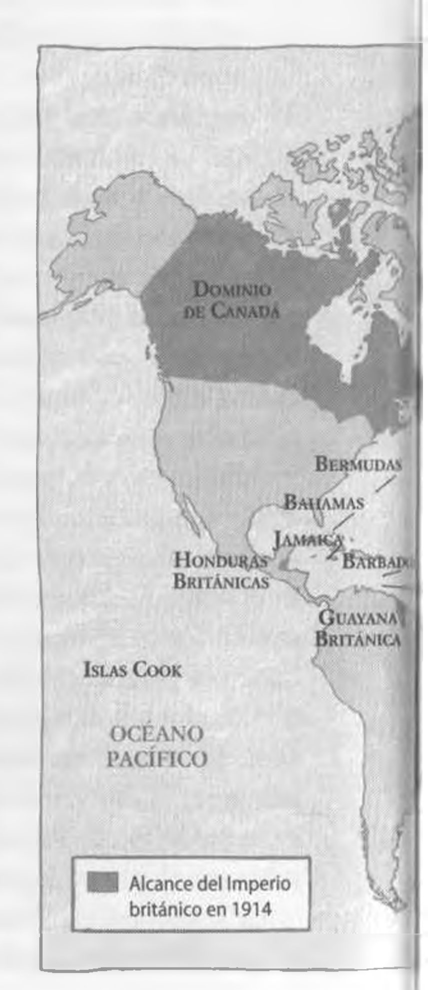
A pesar de ello, los ingleses se las arreglaron para frustrar la predicción marxista que sostenía que esta desigualdad consolidaría la polarización de la sociedad. La clase media británica comenzó a hacerse un lugar entre los muy ricos y los muy pobres, independientemente de las crisis económicas recurrentes, agrupándose alrededor de las ideas de la respetabilidad y la limpieza, entendida esta en sentido literal. El hombre respetable era el que podía exhibir su vida a la vista de los vecinos.

La respetabilidad estaba ligada a una cualidad victoriana típica: guardar las apariencias, lo cual tenía como consecuen-

LA NUEVA SUPERPOTENCIA

La época victoriana supuso el momento de la consolidación de la administración estatal que permitiría el florecimiento del Imperio británico. Los llamados «dominios», los territorios autónomos bajo soberanía británica, se extendieron por todo el globo, llegando a abarcar una población de 458 millones de personas y unos 29 millones y medio de kilómetros cuadrados, es decir, el imperio más extenso de la historia. Sostenida por doctrinas utilitaristas, la administración inglesa se puso en marcha bajo el lema de inspeccionar, informar, proponer soluciones y ejecutar.

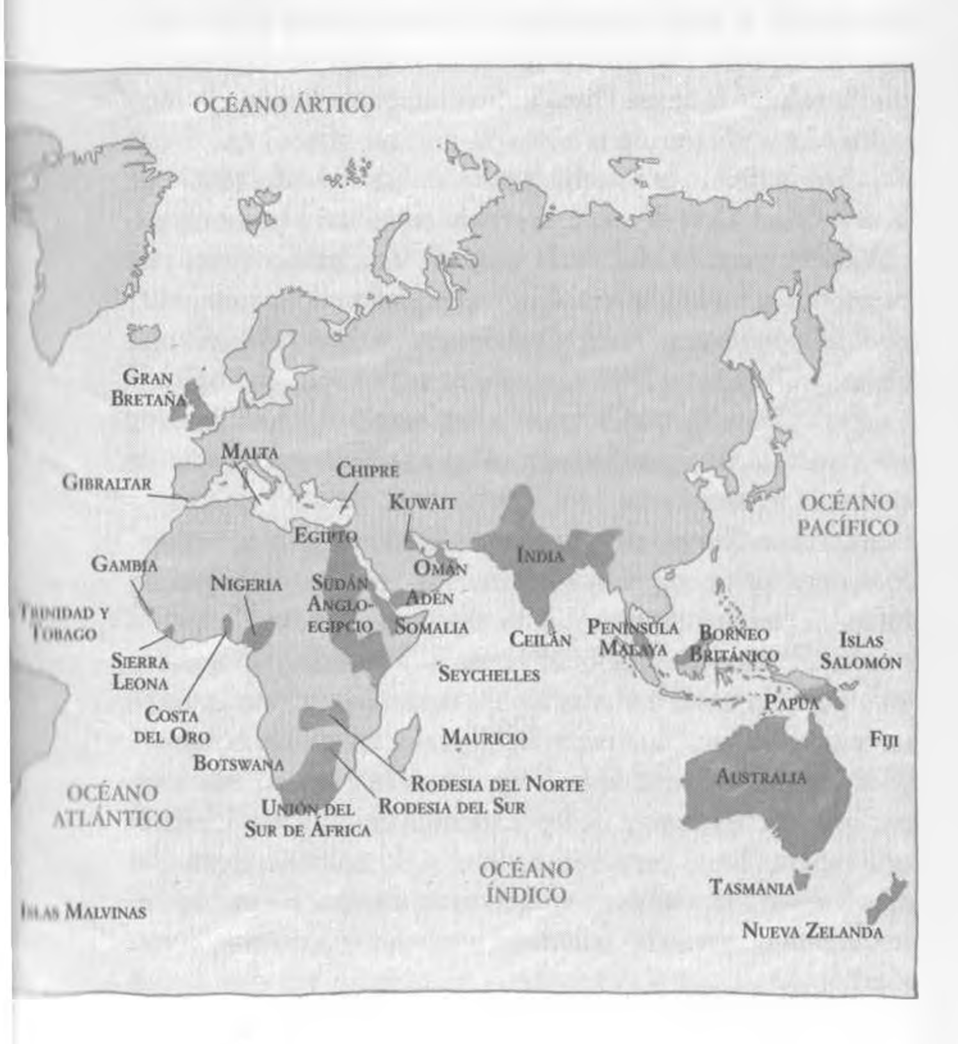
A mediados de siglo, antes de la Revolución de 1848, la metrópoli de este imperio inmenso había comenzado a aplicar medidas laborales, educativas y de salud pública que servirían para borrar las imágenes dickensiana y marxista de su sociedad. No eran las reformas perfectas, pero permitieron grandes avances y la consolidación de la clase media.



Rule Britannia

Gracias a su pujanza como superpotencia tecnológica, la magnífica Britania que gobernaba sobre las olas, según la popular canción patriótica, iba a crear grandes maravillas. La máquina de vapor revolucionó los transportes, y con ello, la concepción del espacio y del tiempo. Los grandes barcos de vapor, la construcción de canales y, sobre todo, la extensión del ferrocarril facilitaron el transporte de personas, bienes y materias primas, promoviendo el auge del comercio y de la industria. A partir de entonces se sucedieron los «milagros» técnicos que cambiaron la vida de las

personas. Entre 1859 y 1865 se realizó la obra del sistema de alcantarillado de Londres y se expandió y mejoró la red de suministro de agua. El telégrafo se hizo transcontinental en 1866. En 1880 se puso en servicio una red de gas para iluminación y calefacción. En la década de 1890 las casas de personas acaudaladas poseían ya iluminación eléctrica. Comenzaba el segundo capítulo de la Revolución industrial, capitaneado por una nueva fuente de energía: la electricidad.



cia la doble moral. Por un lado, la moral oficial era puritana, pero en paralelo a las estrictas costumbres de la época se desarrollaba un mundo subterráneo, un ambiente de bajos fondos y alta criminalidad en el que proliferaban el adulterio, la prostitución, el juego o las drogas. En esa otra Inglaterra fue donde se desarrolló el primer preservativo de látex.

Aquella época de contrastes vivió un cambio en la perspectiva desde la que se veía el propio ser humano. No fue ajeno a ello la publicación en 1859 de *El origen de las especies* de Charles Darwin. Aunque el trabajo de Darwin no podía refutar la fe en Dios, indirectamente destruía la muy cultivada tradición de la teología natural inglesa que hacía del diseño divino la prueba fundamental de la existencia de la divinidad. Con ello, la increencia comenzó a tener un papel relevante más allá de la cúspide de algunas élites por primera vez en la historia. El propio padre de Russell había pedido a un notorio ateo, el economista y teórico social John Stuart Mill (1806-1873), amigo y mentor suyo, que fuera el padrino de su hijo. Mill, por cierto, murió al año siguiente, pero sus escritos producirían un gran efecto en la vida de Bertrand Russell.

Al mismo tiempo en que se sucedían los logros que transformaban la percepción humana del mundo, la medicina luchaba por avanzar en medio de grandes dificultades. Se produjeron muchas mejoras, como la anestesia, que comenzó a popularizarse a mediados de siglo, o el uso de antisépticos para lavar el instrumental, las manos de los cirujanos y las heridas abiertas, con el espectacular aumento en la supervivencia operatoria de los pacientes. Sin embargo, habría que esperar hasta bien avanzado el siglo siguiente para que apareciesen los antibióticos. Los tiempos victorianos siguieron estando marcados por enfermedades infecciosas, como el cólera.

Tan tarde como 1874, la hermana y la madre de Bertrand Russell murieron con pocos días de diferencia debido a la difteria. Asimismo, el filósofo siempre explicó que su padre, fallecido menos de dos años después, se había ido apagando de pena por haber perdido «sus dos mayores tesoros en este mundo», aunque es posible que unos simples antibióticos le hubieran curado la bronquitis que finalmente se lo llevó. Así, en 1876, el pequeño Bertie y su hermano Frank quedaron huérfanos de padre y madre y partieron a casa de sus abuelos paternos.

La neblina del sentimiento victoriano

La nueva residencia de los hermanos fue la inmensa mansión georgiana de Pembroke Lodge, en el parque Richmond, al suroeste de Londres, con vistas a Windsor a través del valle del Támesis. Era un museo de pasadas glorias que el filósofo recordaría como envuelto en un aire fantasmal y anclado en el pasado. No era de extrañar, ya que su abuela había tenido que pasar en muy poco tiempo por la muerte de su hijo y luego por la de su marido, los dos John. Lord Russell falleció en 1878, al poco de recibir una visita de la reina Victoria en la que Bertie estuvo presente. Además, lady Frances había visto cómo su hijo William (1848-1933), a quien llamaban Willie, se volvía loco, y el más joven, Rollo (1894-1914), había sido forzado a dejar el Ministerio de Asuntos Exteriores debido a problemas de vista. En el tiempo en que Bertrand llegó a Pembroke Lodge, su tío Rollo y su tía Agatha vivían allí con la abuela.

Bertrand habitaría allí durante catorce años. Lady Frances Russell tenía un carácter fuerte y puritano, y era extremadamente estricta en cuestiones de moralidad. Desde

su punto de vista los placeres de la comida o la bebida no existían. El día empezaba con un baño frío, a lo que seguía hora y media de piano y la plegaria diaria. Pese a disponer de numerosa servidumbre, la vida carecía de confort, algo que no era raro en la clase alta inglesa.

En el ámbito intelectual, la abuela aplicaba el mismo régimen espartano, empeñada en preservar la fe de los niños que habían quedado a su cargo, aunque, como suele suceder, el efecto resultó ser el contrario. No era la ignorancia lo que le movía a ello, sino el convencimiento moral. Al fin y al cabo, la historia del país estaba ligada a la biografía de los miembros de la familia, que seguía comprometida con la marcha del reino. Lady Russell seguía visitando las altas jerarquías, donde se podía alternar con el primer ministro o con la propia reina.

El problema fue que su celo causó que Frank y Bertie vivieran una infancia aislada de otros niños de su edad, lo cual ahondó los problemas emocionales relacionados con su orfandad. En el diario del futuro pensador se puede leer un comentario sobre un artículo que había leído sobre la relación entre genio y locura. En sí mismo veía mucho sexo, melancolía y cierto deseo de cometer suicidio. Por fortuna, su mente extremadamente penetrante fue capaz de encontrar una alternativa intelectual.

En 1883, su hermano Frank se encargó de enseñarle matemáticas. Como era usual, el libro perfecto para ello era *Los elementos* de Euclides (325-265 a.C.). Bertie entendió con deleite las demostraciones, pero cuestionó el carácter de supuestos indemostrables de los axiomas. A los quince años, él mismo tenía claro que era bueno en matemáticas y que le gustaba la certidumbre de sus verdades. Al fin y al cabo, pensaba, con ellas se podía calcular todo, desde los movimientos de los planetas hasta las acciones humanas. Según

una declaración propia, en aquel momento todavía creía en Dios. Sin embargo, en los años que mediaron hasta que cumplió los dieciocho, tuvo lugar su alejamiento de las creencias religiosas, que veía como excesivamente confortables y poco creíbles frente a las matemáticas. Russell puso a las matemáticas al mismo nivel que la poesía o el amor romántico. Algo por lo que merecía la pena vivir.

Pocos principios consiguen convencerme. Una tras otra, mis antiguas creencias se van deslizando hacia la región de la duda.

EJERCICIOS DE GRIEGO - NOTA DEL 3 DE JUNIO DE 1888

A los diecisiete años, el joven Bertrand tenía que prepararse para la universidad y acudió por primera vez a un centro de enseñanza preparatoria en Old Southgate, al norte de Londres. Allí descubrió que no sabía lidiar con sus incivilizados coetáneos. Los miraba por encima del hombro, considerándolos brutos, incultos e inmorales, y en respuesta a ello, sus compañeros lo acosaron, aunque sin grandes consecuencias, por lo que parece.

Por aquel entonces, su tío Rollo se había mudado de Pembroke Lodge y él solía pasar algunas vacaciones con él. Frente al puritanismo de la abuela, la vida de su tío, cuyo círculo de amigos incluía a intelectuales y artistas, era una ventana abierta a la modernidad. Cerca de Rollo se trasladó una familia de norteamericanos, los Pearsall Smith, unos cuáqueros adinerados que se habían trasladado a Gran Bretaña para hacer proselitismo. Acompañando a su tío en una visita de cortesía a los nuevos vecinos, Russell se enamoró a primera vista de su hija Alys (1867-1951), una joven que no temía hablar de cualquier cosa y argumentar sobre todo.

La religiosidad de los recién llegados no inspiró a Bertrand el rechazo que había sentido por la de su abuela. Se trataba de una familia que se involucraba en causas sociales y apostaba por opiniones impopulares, desde el sufra-

gio de las mujeres al amor libre. Además, el encuentro con Alys Pearsall Smith sucedió en el seductor contexto de las reuniones de pensadores y creadores que rodeaban a su tío Rollo. Al principio la respuesta de ella fue tibia, pero al año siguiente eran ya pareja.

Florecimiento intelectual

Por indicación de su familia, Bertrand ingresó en el Trinity College de Cambridge en 1890 con el propósito de estudiar matemáticas, para las cuales había demostrado sobradamente sus aptitudes. Su inicial pasión por la llamada «reina de las ciencias» fue compartida por su profesor Alfred North Whitehead (1861-1947), quien lo tomó bajo su protección desde el principio y pronto se convirtió más en su colega que en su maestro. Fueron los intereses filosóficos de Whitehead los que abrieron la mirada del joven a esta otra disciplina. Su protector le facilitó la transición desde su entorno familiar a la revuelta vida universitaria, ante cuyos ojos Bertrand parecía un triste mojigato. De su colaboración intelectual nacería *Principia Mathematica*, una obra capital en la historia de la lógica y la filosofía de las matemáticas, publicada en varios volúmenes entre 1910 y 1913.

Dos años más tarde que Russell, llegó a Cambridge el también futuro filósofo George Edward Moore (1873-1958). Si Whitehead fue el aliado de Russell en su trabajo de lógica y filosofía de las matemáticas, Moore fue su aliado en el ataque a la filosofía imperante en la Inglaterra de la época. Más colegas profesionales que amigos personales, Moore y Russell son considerados los fundadores de la filosofía analítica, que, como se verá, desbancó a cualquier otra posición filosófica en el mundo de habla inglesa. En los primeros años del siglo XX,

Moore se erigiría en el teórico de la ética por excelencia con sus *Principia Ethica* (1903), terreno que Russell nunca cultivó con la misma intensidad que otras disciplinas filosóficas.

La vida universitaria dio a Russell el clima intelectual y de camaradería que sus dotes y problemas personales exigían. Con todo, no compensó la falta de contacto con el mundo ordinario que había sufrido en su infancia y adolescencia. Además, si bien las matemáticas habían sido el refugio de su increencia, tras haberse preparado intensamente en este campo y superar los exámenes finales de sus estudios, se sorprendió a sí mismo poniendo en cuestión definitivamente la certidumbre que había visto en la disciplina. Había pasado en su vida la hora del matemático y llegaba el momento del filósofo. El último año de sus estudios ya no lo dedicó a las matemáticas sino a la filosofía.

Un año antes de graduarse, Bertrand alcanzó la mayoría de edad. Con ella, quedaba liberado de la sujeción de su abuela y heredaba lo que le correspondía. En un movimiento que tiene todos los visos de ser premeditado, tardó muy poco en pedir la mano de Alys. Su familia no se lo tomó bien: Alys era norteamericana y su linaje no estaba a la altura. Lady Russell intentó disuadir a su nieto y envió a su médico de confianza para que le instruyera sobre los casos de locura en la familia. Su tío Willie estaba loco y su tía Agatha había roto su compromiso basándose en fantasías delirantes. Si a ello se unía que los Pearsall Smith tenían fama de excéntricos y chiflados, las perspectivas no eran buenas para la posible prole de la pareja.

En respuesta, Bertrand y Alys decidieron no tener hijos. Pero la abuela no cejó y se las arregló para que su nieto prometiera alejarse de la muchacha durante tres meses. En ese tiempo, movió toda su influencia para convertirle en agregado de la embajada inglesa en París. Su objetivo era que sus amistades en la Ciudad de la Luz lo empujaran a pasárselo



UN COLLEGE PARA REYES

El Trinity College ha sido considerado el colegio mayor más aristocrático y con mayor tradición académica de Cambridge y Oxford, con treinta y un premios Nobel entre sus estudiantes, seis primeros ministros del gobierno británico y la brillante figura de Isaac Newton. Durante varias generaciones, los miembros más jóvenes de la familia real británica han estudiado en sus edificios de la época de Enrique VIII, cuya hermosa distinción muestra este paisaje del romántico Joseph Murray Unce (1806-1859). Bertrand Russell hizo allí amistades que durarían toda su vida. Fue el caso del futuro juez



del Tribunal Supremo Charles Sanger (1871-1930), de Theodore Llewelyn Davies (1870-1905), secretario de varios ministros de economía, y su hermano Crompton (1868-1935), que sería abogado personal de Russell. Los hermanos Trevelyan le ayudarían en varias ocasiones: Charles (1870-1958) arriesgó su reputación en el Parlamento para defenderle durante su actividad antibelicista en la Gran Guerra, el poeta Robert (1872-1951) le acogió en su casa en tiempos de zozobra y George (1876-1962), historiador y director del Trinity, hizo que volviera a Inglaterra tras su autoexilio en Estados Unidos.

bien y olvidara a su prometida. Bertrand cedió y viajó a París. Lady Russell ya tenía preparado un puesto en Irlanda para cubrir la eventualidad de que su nieto volviera de Francia antes de tiempo.

El joven permaneció los tres meses pactados en París. En ese tiempo intercambió una abundante correspondencia con la que sería su esposa, a veces en términos bastante tórridos. La pareja se casó nada más volver del viaje, en 1894, sin la presencia de ningún miembro de los Russell. Bertrand obtuvo poco después su graduación en Cambridge.

Ya que su legado como descendiente del vizconde de Amberley le daba para vivir con tranquilidad, el joven optó por seguir sus intereses junto a su esposa. Bertrand se dedicó a la filosofía y Alys a sus diversas causas, desde la religión a la liberación de la mujer, pasando por el amor libre. El matrimonio inició un período de itinerancia que comenzó al año siguiente con una visita a Berlín de la que nacería la primera publicación de Bertrand Russell: *La socialdemocracia alemana* (1896). Regresaron a Inglaterra para que él presentara su tesis, que trataba sobre la filosofía de las matemáticas de Kant. Como resultado obtuvo una plaza de profesor en Cambridge. En aquel mismo año, la inquieta pareja continuó su viaje con una ruta por Estados Unidos, donde se movieron por los círculos de las principales universidades.

VIAJE A LOS PILARES DE LA CIENCIA

Russell reescribió su tesis doctoral para dar lugar a su segundo libro: *Ensayo sobre los fundamentos de la geometría* (1897). La filosofía desde la que se elaboró esta obra no es aquella por la cual se le conoce sino una variedad de kantismo, la forma de pensamiento que recuperaba en su

reflexión los principios filosóficos del prusiano Immanuel Kant (1724-1804).

Kant sostenía que el mundo con el que interactuamos se manifiesta en los objetos individuales que captamos mediante nuestros sentidos. Ahora bien, esos objetos captados no son fruto de una recepción pasiva, sino que las cosas, tal como se nos dan, incluso su propio ser cosa, son producto de la interacción entre nuestra mente y una realidad que no podemos saber cómo es. De este modo, nosotros, como sujetos, no estamos en contacto directo con la realidad, sino con el producto de esa interacción entre la mente y una realidad externa desconocida. Como los primeros filósofos que defendieron esta postura denominaban «idea» al producto de dicha interacción, esta postura se denominó idealismo.

Kant sostuvo que, para dar lugar al mundo tal como lo conocemos, nuestra mente incorpora dos elementos fundamentales en su interacción con la realidad: el espacio y el tiempo. Los humanos articulamos lo que sentimos en el marco del espacio y el tiempo. Las cosas están aquí o allí, ocurren antes o después, esta se encuentra a la derecha de aquella y el suelo está debajo de nuestros pies. En esta concepción kantiana, la filosofía y las matemáticas se entremezclan, porque la disciplina mediante la cual estudiamos el espacio es la geometría.

Rebelión contra el idealismo

Cuando Kant pensaba en matemáticas estaba pensando fundamentalmente en geometría, porque en su tiempo los conceptos fundamentales de las matemáticas eran conceptos geométricos. Esta identificación había existido desde la Grecia clásica. En su obra *Los elementos*, el griego alejandri-

no Euclides logró convertir el conocimiento geométrico del siglo III a.C. en una teoría axiomática que sería la referencia durante más de dos mil años.

En una teoría axiomática todas las verdades pueden resumirse en unas pocas premisas de las cuales se extraen todas las demás mediante las reglas de razonamiento proporcionadas por las verdades de la lógica. Fue Aristóteles (384-322 a.C.) quien estableció esta forma como modelo para articular el conocimiento, de modo que puede reconocerse y validarse *Los elementos* como primera exposición de una disciplina en tales términos. Por ello, aunque era filósofo, Kant siguió a muchos otros pensadores en la necesidad de teorizar sobre el conocimiento geométrico y, dado el carácter fundamental de la geometría para las matemáticas de la época, sobre el conocimiento matemático.

Cuando Russell comenzó su actividad filosófica, los matemáticos más punteros ya habían comenzado a poner en cuestión la geometría como disciplina matemática fundamental y a Kant como punto de referencia en este campo. El empeño de los investigadores en aquel momento era introducir rigor en el análisis, esto es, la teoría de los números reales, que son el conjunto de los racionales (positivos, negativos y el cero) y los irracionales (los que no pueden expresarse como una fracción, como $\sqrt{2}$ o π). Esta necesidad tenía su causa en los problemas que habían generado en el siglo anterior los intentos de fundamentar el cálculo diferencial e integral en la noción de infinitésimos, que son los números infinitamente pequeños distintos de 0.

La nueva dirección de las matemáticas había servido para dar lugar a geometrías diferentes de las de Euclides. La particularidad de la geometría euclídea era que sus demostraciones se podían «ver», puesto que consisten en la construcción de figuras geométricas mediante regla y compás. Sin embargo, se

habían descubierto ejemplos matemáticamente posibles pero que no se podían representar sobre el papel. A finales del siglo XIX, lo que los investigadores se planteaban era si existía la posibilidad de expresar teoremas sin expresar relaciones, especialmente las espaciales, es decir, sin recurrir a curvas sobre el papel.

> **Las matemáticas no solo poseen verdad, sino suprema belleza, una belleza fría y austera, como la de la escultura.**
>
> *Misticismo y lógica*

Al principio, Russell rechazó que la filosofía de la matemática kantiana fuese problemática por tomar como base la geometría de Euclides. Así lo intentó demostrar en *Ensayo sobre los fundamentos de la geometría*. Sin embargo, a partir de 1898, abandonó esa posición, llegando a pensar que la filosofía de Kant estaba equivocada, aunque por motivos diferentes. A lo largo de sus investigaciones, desarrolló la tesis de que los conceptos, operaciones y verdades fundamentales de las matemáticas no eran de naturaleza geométrica, sino que bastaba la lógica y solo la lógica para obtenerlos, es decir, que las matemáticas podían reducirse a la lógica. Esta postura se conocía como logicismo.

Sin saberlo, había llegado a la misma conclusión que otro filósofo y matemático, el alemán Gottlob Frege (1848-1925), considerado el padre de la lógica moderna. Frege había ido mucho más lejos que Russell y había publicado, ya en 1893, el volumen inicial de la primera gran obra de la escuela logicista: *Las leyes fundamentales de la aritmética*. En ella pretendía emular *Los elementos* de Euclides aplicando un nuevo sistema lógico que constituía el mayor avance en la disciplina desde Aristóteles.

La lógica aristotélica no podía abordar un tipo de razonamientos fundamentales para las matemáticas. ¿A qué dificultades se enfrentaba exactamente? Para entender la

cuestión, puede examinarse un razonamiento deductivo. Tomemos, por ejemplo, la siguiente afirmación: los caballos son animales, y, por tanto, la cabeza de un caballo es la cabeza de un animal.

En primer lugar, como la premisa —los caballos son animales— es verdadera, la verdad de la conclusión está garantizada. No puede ocurrir de otro modo, puesto que se trata de un razonamiento deductivo. Este es el único tipo de razonamiento que existe en matemáticas. No hay desarrollos matemáticos que entrañen razonamientos de otra clase.

En segundo lugar, este razonamiento involucra relaciones. Si algo es la cabeza de una cosa, hay una relación entre ese algo y la cosa en cuestión. Se trata de la relación «esto es la cabeza de aquello». Aquí está el *quid* de la cuestión, porque la lógica aristotélica no permite expresar esa idea relacional, lo cual es un problema de primer orden para las matemáticas, donde las relaciones son fundamentales.

Frege convirtió la lógica en una teoría axiomática, de tal modo que a partir de unas pocas verdades lógicas se obtuvieran no solo todas las verdades lógicas sino todas las verdades de las matemáticas. Russell alcanzó el mismo convencimiento con motivo de las clases que dio en 1899 sobre el matemático y filósofo racionalista Gottfried Leibniz (1646-1716), que luego se convertirían en su libro *Una exposición crítica de la filosofía de Leibniz* (1900). Aunque el alemán le hubiera tomado la delantera, quedaba todavía mucho trabajo por hacer en el proyecto logicista.

La Paradoja de Russell

Con sus ideas disruptivas bajo el brazo, Russell acudió junto con Alys al Congreso Internacional de Filosofía, Lógica e

GEOMETRÍA IMPOSIBLE

Una función es un objeto matemático que se utiliza para expresar la dependencia entre dos magnitudes. El ejemplo más habitual es la relación entre la distancia (*d*) y el tiempo (*t*) en el movimiento de un cuerpo (*figura 1*). Parece obvio que, en una función continua, un intervalo representado por una curva sobre el papel debe tener una pendiente. Pero esto puede no ser así en un número finito de puntos. Si, por ejemplo, la curva está hecha de dos segmentos en ángulos diferentes, no hay pendiente en el punto en que se encuentran los dos segmentos (*figura 2*). Sin embargo, en el siglo XIX se descubrieron funciones continuas en un intervalo que no eran diferenciables en ningún punto. Geométricamente, se representaría con una curva continua sin pendiente en ningún sitio. Este dibujo es imposible, salvo como una sucesión de aproximaciones a ella. Por otro lado, si una curva continua está al principio de un intervalo debajo del eje X y al final del intervalo sobre el eje X, parece que deberá cruzarlo en algún punto del intervalo. Dicho de otro modo, si una función continua comienza un intervalo con valor negativo y lo acaba con valor positivo, debe tener el valor 0 en algún lugar intermedio (*figura 3*). En aritmética, este es el Teorema del valor intermedio.

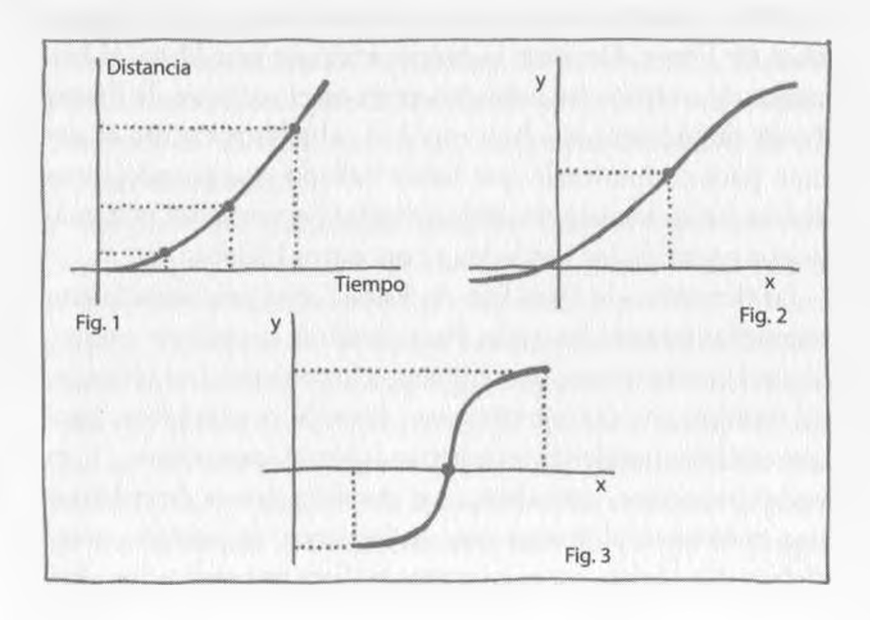


Fig. 1
Fig. 2
Fig. 3

Historia de la Ciencia, que tuvo lugar en el contexto de la Exposición Universal de París de 1900. Les acompañaron también el profesor Whitehead y su esposa. El pensador expuso ante una audiencia especializada la idea de que las relaciones fundamentales en matemáticas no pueden captarse mediante la lógica tradicional.

Además del placer de relacionarse con las mentes más brillantes del momento, fue esencial el encuentro de Russell con el matemático y lógico italiano Giuseppe Peano (1858-1932), quien había desarrollado una notación para la lógica y el sistema de axiomas para la aritmética que se usa en la actualidad. Peano le motivó para que profundizara en el estudio de Frege y le enseñó su propia notación, mucho más manejable que la del alemán. Creía que todas las matemáticas podían formularse y expresarse mediante un lenguaje común y escueto creado a partir de pocos axiomas.

Las investigaciones de Russell tuvieron como fruto el texto titulado *Los principios de las matemáticas*, que se publicó en 1903, al mismo tiempo que el segundo tomo de la magna obra de Frege. Durante la preparación de este libro, el británico descubrió que había un error en el enfoque de Frege. Antes de publicar su obra, escribió caballerosamente al alemán para comunicarle que había hallado una paradoja que arruinaba su intento de deducir todas las verdades matemáticas a partir de las verdades y conceptos lógicos.

La denominada Paradoja de Russell está relacionada con cómo clasificamos las cosas. Para clasificar, lo primero que solemos hacer es poner una etiqueta a los objetos, por ejemplo, un nombre común como «casa», «perro» o «número», aunque también puede ser un adjetivo («alto», «pequeño»...), un verbo («querer», «señalar»...) o combinaciones de palabras que contengan al menos uno de los tipos de palabras antedichos. En lógica, estas etiquetas se llaman predicados. Así,

el predicado «los libros verdes de la estantería que está a la derecha» es una etiqueta que permite agrupar las cosas que son libros con ciertas características y distinguirlos de otras cosas como «las figuras de porcelana rotas por el perro» o de las cosas que son sencillamente cosas verdes o cosas grandes.

Las cosas identificadas con la misma etiqueta, es decir, con el mismo predicado, pueden agruparse para formar lo que en matemáticas se denomina conjuntos o clases. Un conjunto o una clase, por tanto, es una agrupación de cosas que comparten el mismo predicado. Se dice que las cosas que comparten ese predicado pertenecen al conjunto correspondiente y que son miembros de este. Por ejemplo, se puede decir que el perro del vecino pertenece al conjunto de los perros, o que es miembro del conjunto de los perros. O también, que Romeo y Julieta pertenecen al conjunto de las personas que se aman mutuamente, o que son miembros del conjunto de los amantes correspondidos.

El proceso de formar conjuntos mediante un predicado también se puede aplicar a los propios conjuntos para formar conjuntos cuyos elementos son otros conjuntos. De este modo, un conjunto puede ser «bonito» o «estar ordenado». Tenemos así el conjunto de los conjuntos bonitos o de los conjuntos ordenados.

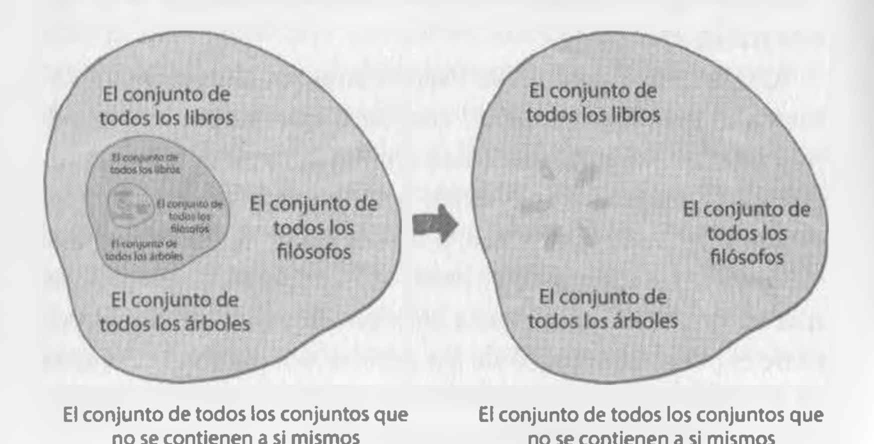
Así pues, la Paradoja de Russell se plantea cuando inventamos el predicado «ser un conjunto que no pertenece a sí mismo como miembro». ¿Ese conjunto es posible? Por supuesto. Ejemplos de él serían un conjunto de árboles, los que se ven desde la ventana, o un conjunto de libros, los que están en la estantería de enfrente. El conjunto de los árboles que se ven desde la ventana contiene árboles, pero no contiene el propio conjunto de los árboles, así como el conjunto de los libros de la estantería contiene libros, no el propio conjunto de los libros de la estantería.

En cuanto a los conjuntos que sí pertenecen a sí mismos, un par de ejemplos dan la pista de cómo generarlos: el conjunto de todas las cosas que no son árboles o el conjunto de todas las cosas que no son libros. En efecto, el conjunto de todas las cosas que no son árboles se incluiría a sí mismo, pues ese conjunto no es un árbol y, por tanto, tiene que incluirse. Sucede del mismo modo con el conjunto de todas las cosas que no son libros: en él se contiene el propio conjunto de cosas que no son libros, porque este conjunto no es un libro.

Teniendo en cuenta lo expuesto, el predicado o etiqueta «ser un conjunto que no se pertenece a sí mismo como miembro» generará un conjunto: el conjunto de los conjuntos que no se pertenecen a sí mismos. La pregunta que plantea este peculiar conjunto de conjuntos es: ¿cuándo pertenece un elemento a este conjunto?

Vamos a llamar M al conjunto para mayor agilidad y rigor. Así, si decimos que al conjunto M le pertenecen «los conjuntos que no se pertenecen a sí mismos», estamos diciendo que algo pertenece al conjunto M cuando y solo cuando no pertenece a sí mismo. Más simple aún: M pertenece a M

Si el conjunto de todos los conjuntos que no se pertenecen a sí mismos se contiene a sí mismo, no pertenece al conjunto de todos los conjuntos que no pertenecen a sí mismos.



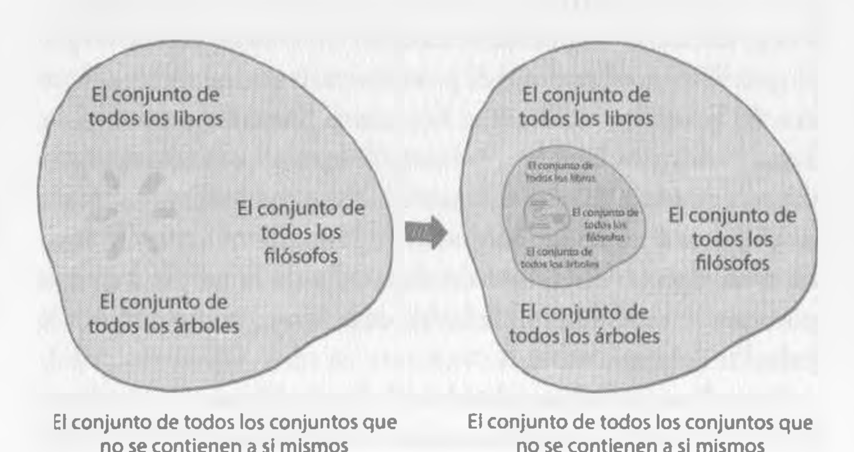
El conjunto de todos los conjuntos que no se contienen a si mismos

El conjunto de todos los conjuntos que no se contienen a si mismos

cuando y solo cuando M no pertenece a M. Pero entonces ¿M se pertenece a sí mismo o no?

Obviamente, esta idea es una contradicción, una contradicción situada en un punto muy crítico: el uso de un concepto tan fundamental para la lógica y el logicismo como es la noción de predicado. Hay que tener en cuenta que la elaboración matemática del concepto de conjunto o clase ha dado lugar a la Teoría de conjuntos que en la actualidad sustituye a la geometría como disciplina fundamental de las matemáticas. Y esta teoría necesita de la lógica inventada por Frege, que supone una ampliación enormemente poderosa de la lógica aristotélica, ambas con la idea de predicado como elemento fundamental. De ahí la importancia capital de la Paradoja de Russell.

A raíz de la correspondencia con Frege, Russell hizo modificaciones en las pruebas de imprenta de *Los principios de las matemáticas*. Añadió varios apéndices que daban a conocer a Frege en Inglaterra y adelantaban parcialmente una posible solución a su paradoja, que acabaría de presentar en su siguiente trabajo. El monumental *Principia Mathematica* quería solucionar de forma definitiva este problema y otras dificultades del proyecto logicista de Frege.



Si el conjunto de todos los conjuntos que no se pertenecen a sí mismos no se contiene a sí mismo, pertenece al conjunto de todos los conjuntos que no pertenecen a sí mismos.

En los tres volúmenes de esta gran obra sobre filosofía de las matemáticas, Russell y Whitehead ofrecían una nueva teoría axiomática corregida con la que creían demostrar que las matemáticas son reductibles a la lógica. Su tesis no despertó la aprobación general de los matemáticos y encontró muchas reticencias por parte de los lógicos. Entre otras cuestiones, el texto supone que es una verdad de la lógica que hay infinitas cosas, mientras que los lógicos no creen que el infinito sea una cuestión de lógica, y por tanto, consideran que una afirmación sobre el infinito no puede formar parte de esta disciplina. Por otro lado, hoy en día la lógica está de acuerdo con los Teoremas de incompletitud de Gödel, que debilitan la propuesta logicista. En 1931, el miembro del Círculo de Viena Kurt Gödel (1906-1978) demostró que ninguna teoría axiomática puede abarcar todas las verdades matemáticas, o sea, que siempre se podrá encontrar verdades que no recoge la teoría axiomática por mucho que esté diseñada para abarcarlas a todas.

El monstruo del idealismo absoluto

Frege no fue el responsable exclusivo del viaje filosófico por el que Russell abandonó el pensamiento matemático kantiano. El británico atribuía a Kant una posición psicologista. La idea de que el mundo es fruto de la combinación de nuestra mente y la realidad desconocida iba contra la convicción russelliana de que las verdades de las matemáticas y la lógica eran algo objetivo que no dependía de la mente humana para ser verdad. Russell se había convertido en un destacado paladín del realismo.

Su reflexión había partido de Kant porque la corriente dominante del pensamiento filosófico británico a finales del

siglo XIX era el neohegelianismo. Este movimiento era más un kantismo modificado que un verdadero retorno a Georg Friedrich Hegel (1770-1831), el pensador que había llevado a su culminación el idealismo filosófico alemán. A finales de siglo, el representante más destacado del neohegelianismo y la figura filosófica estelar de Gran Bretaña era Francis Herbert Bradley (1846-1924). Russell y Bradley tendrían que chocar tarde o temprano.

Como idealista, Bradley concebía el conjunto de la realidad como producto de la mente y no como algo percibido por los sentidos. Su filosofía era monista, consideraba que solamente tenía realidad auténtica una única cosa: el universo completo, toda la realidad. Cualquier cosa concreta susceptible de ser distinguida no podría existir aislada de lo demás. Es más, solo podía ser entendida auténticamente en el contexto de todo el universo. Esta noción conlleva que las cosas solo se entienden al disolverse en sus conexiones con las otras cosas, porque estas relaciones también las constituyen, es decir, son también propiedades que les hacen ser lo que son. Esta idea de las relaciones se denomina concepción interna de las relaciones o simplemente «relaciones internas».

Por ejemplo, cuando se dice que Bertrand es rubio, ser rubio es una propiedad de Bertrand. Si se dice que Bertrand ama a Alys, la relación «amar a Alys» se dirá de Bertrand, puesto que Bertrand tiene una relación con Alys, y esta es que la ama. Si se dice que Bertrand y Alys se aman, habrá que decir, además, que la relación «amar a Bertrand» se dice de Alys. De este modo, Alys y Bertrand tienen unas propiedades que les ligan a otras cosas: la relación «amar a tal». Se trata de unas propiedades especiales, porque las propiedades «normales» —en su concepto más habitual— no remiten a otra cosa. Decir de Bertrand que es un ser humano, blanco, rubio, etc., no involucra otra cosa concreta; pero

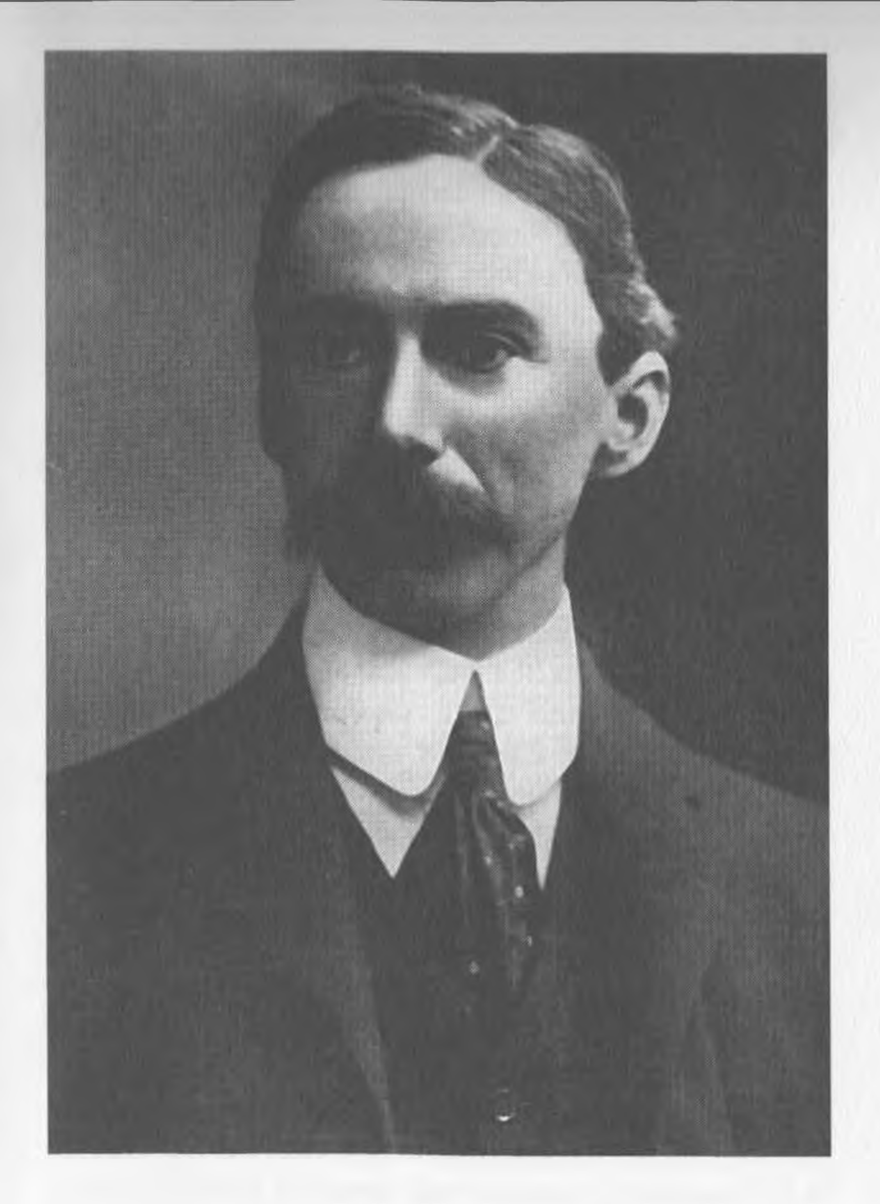
decir que es amante de Alys, sí —de hecho, para definir ese estado de cosas se usa justamente la palabra «relación»—. En este caso, las relaciones pasan a ser constituyentes, propiedades de las cosas que relacionan. Por eso se dice que son relaciones internas.

> Las reglas de la lógica son a las matemáticas lo que la estructura es a la arquitectura.
>
> *El estudio de las matemáticas*

Desde el punto de vista metafísico, esta es una opción legítima. Se puede considerar que la forma más adecuada de describir la realidad es la de Bradley. Pero Russell puso en cuestión la metafísica de los neohegelianos, porque su concepción de las relaciones como propiedades de las cosas se basaba en la lógica de Aristóteles, que no era capaz de tratar deducciones que involucrasen relaciones.

A raíz de las referencias que Russell hacía a Bradley en su libro sobre Leibniz, el idealista inició una correspondencia con él que fue bastante intensa hasta tan tarde como 1911, ya que se intercaló en ella la publicación de artículos académicos contrapuestos que aparecían comentados en las cartas.

Russell basó su crítica a Bradley en las consecuencias metafísicas que tenía la lógica que él y Frege habían creado. Las matemáticas exigían una lógica que permitiese expresar las relaciones y esta trataba a las relaciones como objetos independientes. Por tanto, Russell pensó que las relaciones debían existir como objetos independientes de las cosas que relacionaban. Por oposición a las relaciones de Bradley, esta idea se denomina concepción externa de las relaciones o «relaciones externas». Russell mantuvo que en el proceso de entender la realidad se alcanza un punto en que no se puede avanzar más, como si se hubiera llegado a un elemento indivisible, como los átomos de la física. La realidad se entiende porque se juntan esos «átomos». Entender cada uno de ellos no es explicable, sino que únicamente puede intuirse. Por su parte,



Russell se acercó a la política activa en 1907 en un intento renuente de ser diputado del Parlamento, a cuya campaña pertenece esta foto que le muestra con treinta y cinco años. La retahíla de mítines y discursos y la toma de contacto con la realidad fueron lo que más apreció. No obtuvo muchos votos, pero se descubrió capaz de capear públicos hostiles. Era un orador excelente tanto ante grandes auditorios como en la conversación cara a cara.

Bradley argumentó que si se busca una completa inteligibilidad, aplicar este procedimiento produce una paradoja.

En la llamada paradoja de Bradley, si Bertrand está relacionado con Alys por la relación «amar» y la conexión se concibe al modo de Russell, como un objeto independiente de la cosa que relaciona, es decir, como una cosa en sí misma, la pregunta es: ¿qué conecta Bertrand con «amar» y «amar» con Alys? Ese espacio no puede estar vacío. Ahí debe haber otra conexión. Si se propone una nueva relación para cada caso, se obtiene una relación X que relaciona Bertrand con «amar» y una relación Y que relaciona «amar» con Alys. Pero entonces vuelve a surgir la pregunta: ¿qué relaciona Bertrand con X y X con «amar»? ¿Qué relaciona «amar» con Y y Alys con Y? El proceso se repite hasta el infinito. Si no se responde la pregunta, todas estas conexiones son ininteligibles.

La adopción de una u otra concepción de las relaciones tiene consecuencias filosóficas fundamentales. En primer lugar, la concepción de Bradley da justificación metafísica a su monismo. Si las relaciones constituyen las cosas individuales, lo único que puede tener una entidad real es el conjunto total relacionado de lo que existe, porque las cosas se disuelven en las relaciones internas que las constituyen. En segundo lugar, desde el punto de vista del conocimiento, Bradley pensaba que estamos inmersos en el todo de la experiencia que forma la realidad, pero nuestro conocimiento no ofrece la auténtica y desnuda realidad porque al conocer hay una relación interna entre lo conocido y el que conoce, la cual constituye cómo son esos seres. Por tanto, al conocer modificamos la realidad conocida y nosotros mismos somos modificados. Eso es idealismo.

Por el contrario, si se piensa como Russell, que la relación de conocimiento es una relación externa, entonces, en cier-

tos casos, la relación de conocimiento será completamente directa, sin ningún tipo de mediación, y estaremos frente a la realidad desnuda, ante átomos que se intuyen. Esta forma de conocimiento directo es lo que Russell llamaría «conocimiento por familiaridad», frente al «conocimiento por descripción» que tiene como intermediario el lenguaje. El conocimiento por familiaridad nunca puede ser aceptado por un idealista, porque para él nunca estamos ante la realidad desnuda.

Tras su polémica, los pensadores no volvieron a escribirse hasta que, en 1922, Bradley envió a su contendiente una reedición de una de sus obras. El idealista se había convertido en una vieja gloria, mientras que Russell era un lógico e intelectual famoso con una larga vida por delante. Por carta Russell siempre fue muy respetuoso, pero en sus publicaciones no pudo evitar presentar a su oponente como anticuado. Aunque Bradley intentó ponerse al día contratando a un matemático para aprender la nueva lógica, los avances de Frege y Russell eran investigación de vanguardia completamente ajena a los conocimientos convencionales de los matemáticos de la época.

Capítulo 2

EL LENGUAJE COMO MANERA DE ENTENDER EL MUNDO

Russell veía la lógica y la ciencia como las principales herramientas del filósofo y quiso usarlas para entender la belleza del mundo y orientarse en su confusión. Así abrió un nuevo campo del pensamiento que integraba felizmente la filosofía en la experiencia humana.

El período que va desde la preparación de *Los principios de las matemáticas* hasta la publicación de *Principia Mathematica* fue crucial para Bertrand Russell en todos los sentidos. Mientras veía cómo se hundía su matrimonio y pasaba por nuevas experiencias amorosas, publicó trabajos trascendentales para la historia de la filosofía, que abrirían el camino a la filosofía analítica. Al mismo tiempo, producto de sus preocupaciones personales, el filósofo inició su inmersión en los problemas más propiamente humanos, que le llevaron a escribir sobre temas sociales.

A principios de siglo, las cosas no iban bien en su matrimonio. En opinión del filósofo, la pareja no funcionaba en la esfera de lo íntimo y tampoco en el plano intelectual. Pese a sus convicciones democráticas, en el fondo era un aristócrata en toda regla y no llevaba bien el alejamiento de la sociedad a la que pertenecía. La familia de su mujer le molestaba cada vez más.

Había comenzado a trabajar con Whitehead en *Principia Mathematica* cuando se hallaba todavía en el proceso

de publicar *Los principios de las matemáticas*. Consideraba la nueva obra como una segunda parte de la anterior. Al mismo tiempo, se había enamorado de otra mujer. Sus biógrafos dan por hecho que el objeto nunca declarado de sus amores fue Evelyn Whitehead, la esposa de su colega. Con todo, ese nombre nunca fue pronunciado en público y el pensador nunca dijo nada al respecto, ni siquiera a sus amistades más íntimas.

Los académicos han reconstruido una escena sucedida en el invierno de 1901, cuando Bertrand y Alys fueron a visitar a los Whitehead. Al parecer, la pareja encontró a Evelyn con intensos dolores debido a lo que se supone era un ataque al corazón. Fue en ese momento cuando el filósofo sintió un flechazo por ella. En su autobiografía explicaría, sin nombrar a los protagonistas, que esa atracción se mezcló con un profundo sentimiento de amor a la humanidad. De pronto, sintió un inmenso afecto por los más débiles, los desvalidos, los niños, y se despertó en él un compromiso en favor del pacifismo y de rechazo al imperialismo.

El desapego entre los esposos se fue ahondando hasta resultar patente para sus allegados. Russell logró reunir la energía que necesitaba para culminar *Los principios de las matemáticas*, aunque no se sentía bien e incluso temía por su salud mental, aquel tema constante en su familia. Alys lo llevó peor: llegó a estar al borde del suicidio. La situación no era fácil de arreglar porque el divorcio seguía estando mal visto y ella se resistía a dar el matrimonio por perdido.

LUCHA CONTRA LA CONFUSIÓN

Russell mantuvo el secreto de su enamoramiento y así pudo continuar la amistad y la colaboración con Whitehead para

llevar adelante *Principia Mathematica*, cuyo último tomo se publicaría en 1913. La amistad de ambos hombres se mantendría hasta la muerte del antiguo profesor en 1947, si bien es cierto que la enfriaron sus diferencias de opinión en algunos asuntos. Discreparían sobre la Primera Guerra Mundial, y además Whitehead protestaría por el supuesto uso de sus ideas sin citarlo y añadidos no autorizados en la segunda edición de *Principia Mathematica*, realizada en 1925.

Aquel contexto tan emocionalmente intenso arrastró al pensador a un estado depresivo. Probablemente por ello, amplió sus preocupaciones a cuestiones menos formalistas que la lógica. En 1903 publicó un artículo menos relevante para la historia de la filosofía que sus trabajos lógicos, pero que fue esencial para él. «El culto de un hombre libre» marcaría su entrada en la filosofía de la religión, un terreno en que tendría una participación siempre polémica por lo avanzado de sus posiciones. Las circunstancias de su creación añadieron al texto una confiada declaración en la objetividad de los valores morales que el autor abandonaría más tarde.

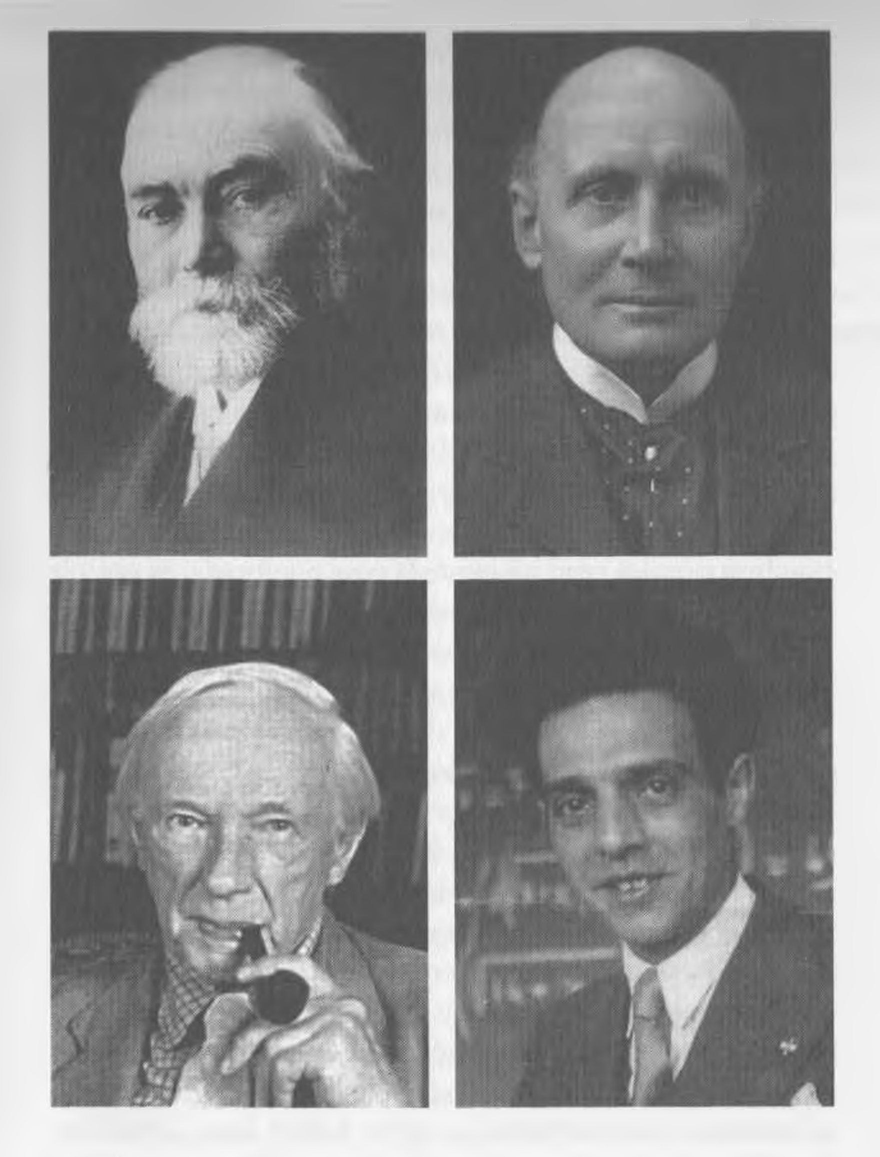
La idea de partida del artículo es que la ciencia muestra que el ser humano es el producto insignificante de un universo sin propósito. Somos el resultado de una casualidad, no hay nada que establezca la necesidad de que existamos y seguramente desapareceremos del universo de la misma forma que llegamos a ser. La religión, por tanto, no es más que la forma en que el ser humano se enfrenta a su pequeñez frente a la naturaleza. En su origen, los seres divinos eran las potencias naturales, que los hombres adoraban porque estaban a su merced, pero esa respuesta a la fragilidad humana tiene una alternativa: es posible liberarse de los poderes no humanos mediante el conocimiento y los ideales positivos. Con todo, el éxito no está garantizado.

La preparación de *Principia Mathematica* dio pie a que Russell produjera varias de sus obras maestras. El artículo «Sobre la denotación» (1905) se considera la piedra de toque de la filosofía analítica, un modo de hacer filosofía consistente en la aplicación de la lógica al análisis del lenguaje para solucionar problemas filosóficos. Con el antecedente de Frege, se atribuye la fundación de esta filosofía a Russell y a su compañero de Cambridge, G. E. Moore.

«Sobre la denotación» supuso un cambio profundo de perspectiva. En *Los principios de las matemáticas*, Russell suponía que todas las palabras que tienen significado en una oración declarativa o enunciativa —aquella que comunica una situación o estado de hechos— se refieren a algo. El problema era que esa asunción daba pie a contradicciones. La propia Paradoja de Russell suponía un caso particular de ello al dar por sentado que es posible formar un conjunto a partir de cualquier predicado con sentido que se nos ocurra.

Ahora Russell había hallado otro caso: un tipo de expresiones referenciales —las que sirven para seleccionar cosas concretas— que se denomina «descripciones definidas». Se trata de expresiones que empiezan con un artículo determinado en singular (el, la) y que funcionan como nombres propios señalando un objeto concreto, por ejemplo: «el coche grande de enfrente», «la ganadora del concurso», «el actual rey de Francia».

En la oración declarativa «el coche grande de enfrente es hermoso», el predicado «es hermoso» se dice del sujeto «el coche grande de enfrente». En «La ganadora del concurso es inteligente», el sujeto es «la ganadora del concurso» de la cual se da el predicado «x es inteligente». La percepción del



Russell conformó la columna vertebral de la filosofía logicista con aportaciones de los grandes pensadores con quienes colaboró: Frege (arriba, izquierda) inventó la mayoría de sus conceptos básicos y métodos; Whitehead (arriba, derecha) estudió los tipos de razonamiento simbólico a partir de sistemas algebraicos; Peano (abajo, derecha) creó una notación para la lógica y el sistema de axiomas para la aritmética que aún hoy se utilizan; Moore (abajo, izquierda) influyó en su realismo y en la proyección del logicismo más allá de la lógica pura.

tamaño de un coche o la inteligencia de una persona siempre tienen algo de subjetivo, pero lo más probable es que estas dos frases no se alejen mucho de la realidad, a menos que se expresen con intención irónica.

Las matemáticas pueden definirse como aquel tema del cual no sabemos nunca lo que decimos ni si lo que decimos es verdad.

Misticismo y lógica

Las cosas se complican cuando se usa una descripción como «el actual rey de Francia» para construir una frase como, por ejemplo, «el actual rey de Francia es calvo», donde el predicado «es calvo» se dice de «el actual rey de Francia». La cuestión es que ahora no hay ningún rey de Francia. Por lo tanto, si las descripciones definidas funcionan como nombres propios pero no existe la cosa nombrada, es posible construir oraciones que en realidad no deberían tener significado y, por tanto, deberían ser ininteligibles. Sin embargo, las oraciones en que aparecen son perfectamente inteligibles. No en vano existen millones de páginas de novelas que narran hechos que nunca han sucedido sobre personajes que no han existido jamás.

Por tanto, en opinión de Russell, la oración «el actual rey de Francia es calvo» plantea la siguiente contradicción: (1) tiene sentido, porque la gente la entiende; (2) tiene la forma lógica típica, según la cual se dice el predicado «es calvo» del sujeto «el actual rey de Francia»; (3) tiene sentido solo si «el actual rey de Francia» se refiere a algo que existe.

Una forma de sortear la contradicción es la que propuso el austríaco Alexius Meinong (1853-1920), autor de la *Teoría de los objetos*, que se fundamenta justamente en esta cuestión. La posición de Meinong consistió en interpretar de otro modo la afirmación número 3 de Russell, sobre que el sentido depende de la existencia. Meinong no ponía en duda que «el actual rey de Francia» se refiere a algo que

no existe, sino a algo que «subsiste», esto es, que tiene otra forma de existencia que no está en el mundo conocido como real. Meinong creía en la «subsistencia» de los objetos inexistentes, totalmente abstractos, como el cuadrado redondo o la montaña de oro.

Aunque el propio Russell había pensado como Meinong durante cierto tiempo, su opción final fue la que presentó en «Sobre la denotación», un acercamiento que constituía toda una novedad filosófica y ponía la primera piedra de la filosofía analítica. Su solución era rechazar la afirmación número 2, sobre cuál es la forma lógica típica. El británico reinterpretó la oración «El actual rey de Francia es calvo» como una conjunción de tres oraciones:

- Existe algo que ahora es rey de Francia
- Solo hay una cosa que ahora es rey de Francia
- Ese algo que es rey de Francia es calvo

Si se considera que la oración «el actual rey de Francia es calvo» es equivalente a esta conjunción de oraciones, entonces la oración compuesta puede ser falsa cuando una o varias de las tres oraciones simples que la componen son falsas: no hay un rey de Francia ahora o hay varios al mismo tiempo —puesto que son pretendientes que dicen serlo, pongamos por caso— o no es calvo. De esa manera ya no cabe la posibilidad de que haya falta de sentido porque la expresión problemática «el actual rey de Francia» ha desaparecido.

Vale la pena revisar el procedimiento con más atención para comprenderlo. En primer lugar, lo que hace Russell es afirmar que determinadas oraciones aparentan tener una estructura lógica que en realidad no tienen, de tal manera que lo que parece ser una expresión referencial análoga a un nombre propio, la descripción definida, no lo es. El filósofo

hace esa afirmación basándose en los avanzados métodos de análisis lógico de Frege, que le permiten eliminar las expresiones que generan problemas —como las descripciones definidas— y sustituirlas por otras que permiten que la oración tenga un significado equivalente sin contener expresiones conflictivas.

¿Cómo puede permitirse esa sustitución? Russell justifica su procedimiento señalando que las descripciones definidas, así como otras expresiones parecidas, son «símbolos incompletos». Esto quiere decir que solo tienen un significado completo cuando están dentro de una oración que establece que la cosa a la que se refieren existe o no, que esa cosa es única y que se le atribuye tal o cual propiedad o relación. Esos tres aspectos no suelen estar claramente establecidos en el empleo corriente de las descripciones definidas y eso es lo que hace el análisis lógico del lenguaje de Russell.

La filosofía analítica insistía en que el lenguaje ordinario requería un perfeccionamiento mediante el uso de instrumentos lógicos. Con esta poderosa arma solucionadora de contradicciones, Bertrand Russell intentó resolver su propia paradoja. Para ello, organizó la sintaxis y la lógica del lenguaje de *Principia Mathematica* de tal forma que hiciese imposible que se pudiese hablar del tipo de conjuntos que generaban la paradoja. Esta solución se denominó Teoría de tipos.

Para explicar la Teoría de tipos de modo breve y comprensible, puede decirse que para el filósofo estaba claro que un conjunto de cosas no es en sí una cosa sino una «conveniencia meramente simbólica o lingüística», es decir, un símbolo incompleto. Su propuesta era la abolición de las clases. Es más, los conjuntos —o «clases» en su terminología— eran también «construcciones lógicas» y las formas habituales de referirse a ellos eran formas de hablar informalmente que debían evitarse si se quería solucionar los problemas que generaban.

Russell condujo su nueva concepción de la filosofía hasta consideraciones metafísicas que cristalizaron en una posición que sería muy influyente en la primera mitad del siglo XX: el atomismo lógico. A partir de su lógica, se había comprometido con una ontología poblada de cosas, propiedades y relaciones de cosas. De ahí que empleara el adjetivo «lógico» para designarla. El carácter de «atomismo» venía de la pluralidad de entidades fundamentales que comprendía esta noción: individuos —particulares o cosas concretas—, sus propiedades y las relaciones entre ellos —concebidas como cosas independientes.

Con inevitable simplificación, se puede explicar el atomismo lógico tomando como modelo las maquetas de bolas y barras que se utilizan para visualizar las moléculas químicas. En química, las bolas son los átomos de la molécula y las barras simulan los enlaces entre ellos. De modo similar, en el atomismo lógico las bolas representarían las cosas concretas y los enlaces serían los universales, las propiedades y las relaciones. Así pues, imaginemos una maqueta de una macromolécula química lo suficientemente grande para simular el mundo, en realidad una molécula con una infinidad de átomos. Russell sostenía que esa enorme macromolécula —el mundo— está formada por «átomos»: los universales y las cosas, las barras y las bolas.

A diferencia del modelo atómico de la física, en el modelo lógico solo habría un espécimen de cada barra, que, sin embargo, podría unir varias bolas u otras barras a la vez. Existirían incluso algunas barras que unirían todas las bolas y todas las barras. Por su parte, las bolas tendrían diversos especímenes del mismo elemento.

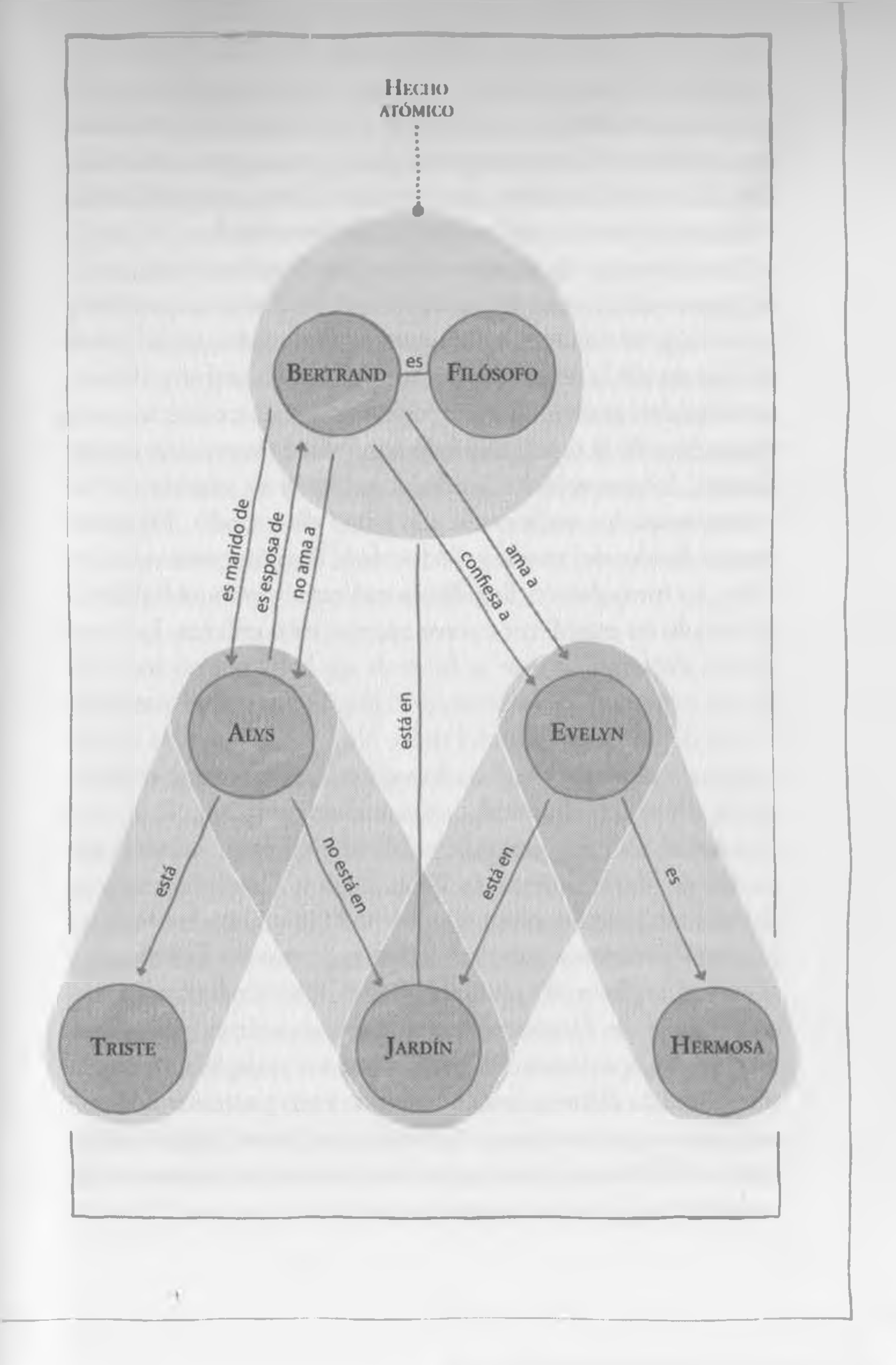
Esta imagen metafórica implica que el mundo consiste en una pluralidad de hechos lógicamente independientes y

EL MODELO ATÓMICO DE LA LÓGICA

El atomismo lógico de Russell pretendía llegar a los últimos constituyentes de la realidad entendidos como átomos lógicos. Para él, el hecho más simple imaginable era el hecho atómico, que definía como aquel que consiste en la posesión de una cualidad por un particular. Un hecho atómico puede ser expresado a partir de un enunciado simple, es decir, un enunciado que no contiene ni conectivas lógicas ni cuantificadores ni actitudes proposicionales ni relaciones, por ejemplo «Bertrand es filósofo», «Evelyn es hermosa», «Alys está triste». Esta es una relación «monádica». A partir de aquí puede darse una jerarquía de hechos atómicos: hechos que comprendan dos particulares y una relación —llamada «diádica»—, por ejemplo «Bertrand ama a Evelyn»; tres particulares y una relación —llamada «triádica»—, por ejemplo «El marido de Alys ama a Evelyn».

Los hechos complejos

Usando conectores muy sencillos, como «y», «o», «si», «si y solo si… entonces», se pueden combinar hechos atómicos para construir proposiciones complejas o moleculares. Por supuesto, también se pueden construir hechos negativos utilizando «no», o cualquier otra palabra que indique ese sentido. Tomemos como ejemplo la frase «Bertrand ama a Evelyn y no a Alys». Este hecho complejo está compuesto de los hechos más simples «Bertrand ama a Evelyn» y «Bertrand no ama a Alys». Podemos expresar la frase añadiendo más detalles —aunque no más precisión—: «El filósofo Bertrand Russell ama a la hermosa Evelyn Whitehead y no a su esposa Alys». Ahora hemos añadido que Bertrand Russell es filósofo, que Evelyn Whitehead es hermosa y que Alys es la esposa de Bertrand… Si Bertrand le confiesa su amor a Evelyn en el jardín, debemos añadir todo un conjunto de nuevos hechos atómicos: Bertrand está en el jardín, Evelyn está en el jardín, Bertrand se confiesa a Evelyn… Sin llegar a declararlos entidades mentales, el filósofo defendía que estos átomos lógicos son, en realidad, los datos sensoriales, los cuales constituyen la realidad y no perduran en el tiempo. Los hechos atómicos pueden ser expresados lingüísticamente porque el mundo y el lenguaje comparten la misma estructura lógica.


Hecho atómico
Bertrand
es
Filósofo
es marido de
es esposa de
no ama a
confiesa a
ama a
está en
Alys
Evelyn
está
no está en
está en
es
Triste
Jardín
Hermosa

que nuestro conocimiento del mundo puede ser reducido a términos de proposiciones atómicas y sus componentes lógicos. La proposición más simple es la proposición atómica, constituida solo por un particular (a) y un predicado (F), que dice sencillamente que «a es F». Esta proposición se refiere a un hecho, que es su criterio de verdad.

Esta concepción presentaba una contraparte epistemológica, es decir, que reflexionaba sobre cómo es posible y tiene lugar el conocimiento, que se condensaba en la Teoría del juicio de la relación múltiple. Cuando se formula una oración declarativa, dice la teoría, el hablante selecciona un fragmento de la macromolécula-mundo. Si la oración es verdadera, lo que está haciendo el hablante es establecer correctamente los enlaces de ese trozo de mundo. Ha dado con un hecho del mundo y lo formula lingüísticamente. Si es falsa, su formulación lingüística cae en el vacío; el hablante ha errado en establecer correctamente esos enlaces. Las oraciones declarativas que se formula un hablante no son más que la expresión de la extracción lingüística correcta o incorrecta de un fragmento del todo. No es, por tanto, la mente lo que da unidad al hecho, sino que el hecho que se enjuicia no es seleccionado si no hay una mente que juzga.

Justo al año siguiente de publicar el primer volumen de *Principia Mathematica*, en 1911, llegó a Cambridge desde Austria un joven que se convertiría en una gran figura de la filosofía analítica y uno de los más importantes filósofos del siglo XX: Ludwig Wittgenstein (1889-1951). Russell no tardó en ver su genio filosófico y dejó de ser su profesor para pasar a temer las opiniones del joven sobre sus tesis. Wittgenstein tendría tanta influencia en el pensamiento posterior de Russell que sus críticas fueron las responsables de que el texto titulado *Teoría del conocimiento* nunca viese la luz aunque su redacción estuviese muy avanzada.

Al arrancar la década de 1910, Bertrand Russell ya era un académico reputado y una personalidad en los círculos intelectuales británicos. En religión era un secularista, como muchos de los miembros de su círculo. Políticamente, mostraba una posición liberal en la estela de su familia, aunque tenía contactos con la Sociedad Fabiana, el movimiento socialista británico que más tarde se convertiría en el Partido Laborista.

Más que ganas de entrar en la política partidista, tenía intereses políticos. Además de diversos asuntos de discusión pública, como el sufragio de las mujeres o la liberalización del comercio, le preocupaban los problemas del Imperio británico. Muchos lo veían como socialista, con profunda y genuina simpatía por la clase trabajadora, a pesar de su participación política en el bando liberal.

Belleza y horror

A los treinta y siete años, Russell era fascinante para las mujeres. Así lo pensaba la aristócrata lady Ottoline Morrell (1873-1938), patrona de artistas e intelectuales y amiga de célebres escritores como Aldous Huxley y Joseph Conrad, cuando se reencontraron en 1909 tras algún contacto ocasional en sociedad. Russell ayudaría en la campaña electoral de 1910 a su marido, el político liberal lord Philip Morrell (1870-1943).

Cuando al año siguiente firmó un nuevo contrato con el Trinity College, se trasladó a vivir allí sin Alys. En Cambridge, se reencontró con su antiguo profesor Ellis MacTaggart (1866-1925), un filósofo idealista que era ateo pero creía en la inmortalidad, y con John Maynard Keynes (1883-1946), uno de los economistas más influyentes del siglo XX. Moore

tampoco tardaría en presentarse allí. Ese mismo año, Russell y lady Ottoline iniciaron una relación como amantes que se prolongaría durante años. En una típica situación victoriana, todos los afectados acordaron mirar hacia otro lado y guardar las apariencias para no perjudicar sus posiciones sociales, sin que ello evitara algún que otro sobresalto por culpa del orgullo herido.

La influencia de lady Ottoline en la personalidad del filósofo se manifestaría con fuerza y para bien, según confesaría él mismo. Le hizo bajar de su aristocrática superioridad moral, le dio mayor calidad humana y le hizo más comprensivo y con amplitud de miras. De su mano, el filósofo se haría consciente de sus sentimientos estéticos y opinaría que por primera vez una relación personal estaba por encima de su trabajo. Demostraría su descenso del Olimpo intelectual en 1912 con el encargo del libro *Los problemas de la filosofía*, un texto escrito para el público general, pero con interés académico. En él se encuentran exposiciones claras sobre conceptos técnicos russellianos, como la distinción entre individuos, propiedades y relaciones, o entre conocimiento por familiaridad y conocimiento por descripción.

A principios de 1914, viajó a Estados Unidos invitado por instancias académicas. Allí era un importante campeón contra el idealismo armado con la poderosa filosofía analítica. En ese bando era donde militaban los filósofos de moda de aquel país. Russell tendió a mirar por encima del hombro a sus anfitriones, que tampoco le ayudaban con su insistencia en la antigüedad de su linaje y sus virtudes de clase.

Por el contrario, quedó tan impresionado y encantado con los alumnos que atendieron sus clases y le presentaron trabajos y tesis, que quiso regresar al comienzo del verano del mismo año. Al poco de su vuelta a Inglaterra, arribó a la isla una enamorada admiradora norteamericana. Otra pretendiente del

otro lado del charco se unió a ella no mucho después. El enredo se resolvió con tiempo, desplantes y mano izquierda de lady Ottoline, con quien las cosas, sin embargo, ya no serían como antes.

> ¿Hay en el mundo algún saber tan cierto que ningún hombre razonable pueda dudar de él?
>
> *Los problemas de la filosofía*

La guerra se cernía sobre Europa y parecía inevitable. Sería conocida como la Gran Guerra y su brutalidad transformaría el mundo. Cuando empezaron las hostilidades, la mayoría de la población apoyó al gobierno, incluyendo Russell, aunque de manera discreta. Pero luego la lucha fue convirtiéndose en una carnicería y las pasiones iniciales se amansaron. El filósofo fue comprometiéndose más y más con los disidentes, mientras que muchos de sus amigos mantenían el fervor patriótico, entre ellos el matrimonio Whitehead.

Frente a los defensores del belicismo, Russell sostenía que la guerra aleja de los sentimientos que aúnan la humanidad. No era un pacifista que se opusiese a todo tipo de violencia, sino que consideraba que había guerras más o menos justas. A su parecer, aquel conflicto era fruto de los tejemanejes de los gobiernos involucrados.

En aquella época fue socio fundador de la Unión de Control Democrático, junto a varios políticos entre los que había parlamentarios. Esta sociedad pretendía asegurar el control parlamentario de la política exterior, establecer negociaciones con partidos democráticos del continente y asegurar que la paz no iba a firmarse en términos que pudiesen llevar a una nueva guerra. Russell puso sus dotes de orador y escritor a su servicio.

La campaña de propaganda se extendió a Estados Unidos, con contenidos no especialmente exagerados ni antigubernamentales: se insistía en que los alemanes debían retirarse de los territorios ocupados y en que hubiese países neutrales

que garantizasen la paz antes de que se hundiese la civilización europea. Sin embargo, las autoridades consideraban inadecuadas muchas de las ideas de Russell.

Para empezar, el filósofo abogaba por una organización internacional que obligase a cumplir las normas incluso por la fuerza. También defendía la resistencia pasiva. No era religioso ni nacionalista y sostenía que la unión de ambas ideas no era más que un síntoma de primitivismo salvaje y cruel. Pero lo que más preocupaba al gobierno era su prodigioso verbo, que le permitía convencer a su audiencia con una efectividad pasmosa.

Russell avanzó en su radicalización contra la Primera Guerra Mundial cuando el servicio militar fue reinstaurado en el Reino Unido a causa de la elevada mortandad, que hizo que los voluntarios fueran insuficientes. Entonces se desligó de sus conexiones con el Partido Liberal y decidió involucrarse en las actividades de la No-Conscription Fellowship (Hermandad contra el Reclutamiento Obligatorio), entre cuyos dirigentes llegó a estar cuando algunas de sus figuras principales entraron en prisión.

Cuando llegó el año 1915, su tiempo estaba casi completamente dedicado a la causa contra la guerra. A ello ayudaba el patriotismo de Cambridge, que había vaciado las aulas de estudiantes. Sus panfletos eran duramente criticados por los profesores más respetados de la universidad, pese a lo cual, al terminar su contrato querían ascenderlo, pues era un lógico demasiado importante para perderlo.

La naturaleza humana

En paralelo a su activismo antibélico, el pensador pergeñó una serie de conferencias que luego se transformarían en el

libro *Principios de reconstrucción social.* En ellas recogía las ideas que solía discutir con lady Ottoline, ya más confidente que amante, y establecía los principios del pensamiento político-social que mantendría siempre. Se presentaron en 1916, sin lograr un éxito apoteósico, pero resultaron ser muy influyentes en los círculos intelectuales y políticos aliados de Russell, donde se vieron como un auténtico revulsivo. Las autoridades las consideraron revolucionarias. La editorial que se había ofrecido a publicarlas hizo amago de echarse atrás, aunque al final el director de la colección se impuso.

En *Principios de reconstrucción social* no había ni un solo capítulo donde los lectores de la época no pudieran encontrar posiciones condenables. La idea de partida era una nueva concepción de la naturaleza humana que entendía la vida del hombre como el producto de impulsos subconscientes, pero no en un sentido freudiano sino al modo del pragmatista William James (1842-1910), fundador de la psicología funcional. Russell no describía estos impulsos con detalle. Los concebía en términos de la energía que mueve al artista a crear su obra de arte, aunque insistía más en el acto creativo como actividad que exige ser realizada que como deseo de producir un objeto. Ejemplos de ello serían el amor, el gozo de la vida, la agresión, la defensa, la paternidad, el impulso gregario o de comunidad, del arte o del conocimiento.

Según Russell, los impulsos brotan de un núcleo central llamado «Principio central de crecimiento», que determina la capacidad específica de cada humano, aquello en lo que destaca. Los seres humanos tienden a la actividad y cada persona puede destacar o sentirse feliz llevando a cabo alguna —o algunas— en especial. Estos impulsos contrastan con la razón, porque no es posible ponerlos bajo su dirección.

A la razón puede someterse un impulso débil pero no uno fuerte, porque este ciega al hombre de modo que ya solo observa las cosas con el propósito de que el impulso se satisfaga. Así se actúa, por ejemplo, cuando se falsean las malas consecuencias que pueden seguir de algo que ciegamente queremos hacer. La solución a los impulsos indeseables no es su «control», ya que si los impulsos se restringen, la vida humana se marchita, sino favorecer los buenos impulsos. Russell considera que la excesiva disciplina es nociva y puede volver la vida contra sí misma.

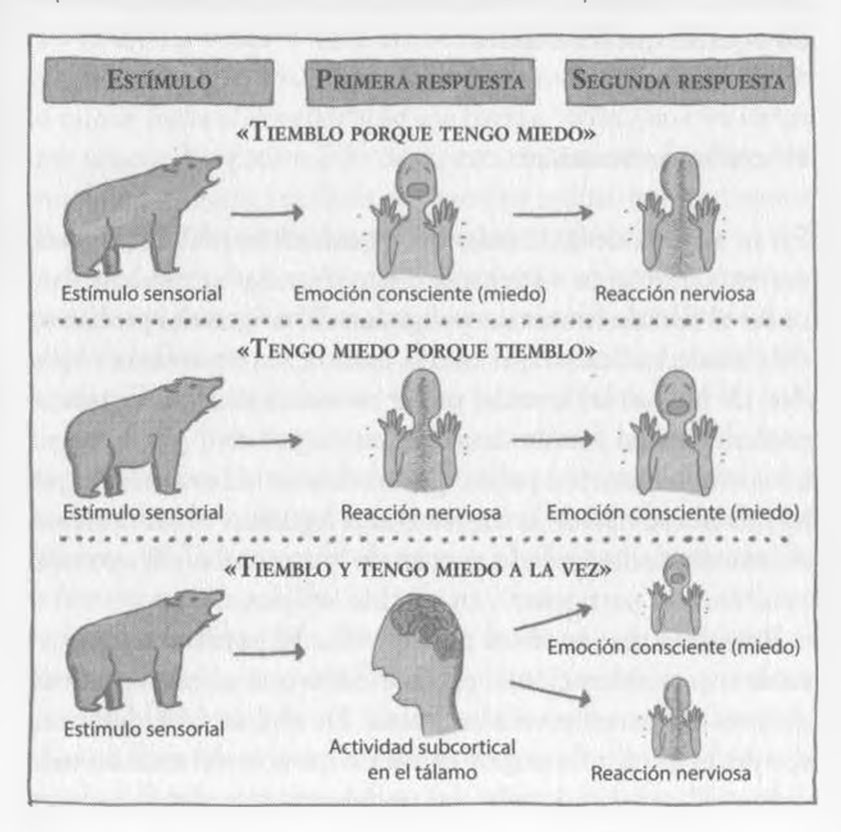
En su opinión, los impulsos no están genéticamente determinados, sino que son educables, de ahí la importancia de la pedagogía. Igualmente, las instituciones sociales y políticas pueden cercenar o fomentar los impulsos, que, en general, son tributarios de la forma de vida que se lleva.

En suma, seguir los impulsos con arreglo al principio central de crecimiento significa realizar actividades que refuerzan la identidad del individuo, porque se refleja en lo que hace. Es sentir que se está haciendo aquello para lo que se ha nacido. Esta idea une pasión con habilidad; dos esferas que no están determinadas genética o socialmente, pero sí condicionadas: se necesitan ciertas condiciones físicas para realizar ciertas acciones, y por otro lado, la sociedad ofrece oportunidades diferentes según el tiempo y el lugar.

Russell es optimista en cuanto a las relaciones humanas. Cree que los impulsos dentro de una forma de vida adecuada pueden evitar ser dañinos para los demás con facilidad. El ser humano tiende a unirse por instinto a sus semejantes. El problema reside en que las instituciones llevan retraso y están diseñadas para otra época, una época basada en la autoridad, en el caso de Russell. El pensador sostenía que las instituciones de la cristiandad occidental estaban ligadas a una doctrina de la que nadie había dudado, de modo que su

TENGO MIEDO PORQUE TIEMBLO

La teoría de James-Lange fue una hipótesis propuesta por el estadounidense William James y el danés Carl Lange (1834-1900) en 1884. Era contraria a la visión del sentido común y proponía que la actividad fisiológica precede a la experiencia emocional. La corteza cerebral recibiría e interpretaría los estímulos sensoriales que provocan emoción, produciendo cambios en los órganos y músculos del cuerpo a través del sistema nervioso. El ejemplo clásico usado por James era el del oso: el sentido común dice que ver un oso provoca miedo y el miedo hace temblar. James dice que la respuesta adecuada ante un oso es temblar, lo cual lleva a tener miedo. En la década de 1920, esta idea fue superada por la teoría Cannon-Baird, que proponía que el estímulo dispara la emoción en el cerebro y su expresión en el sistema nervioso al mismo tiempo.



autoridad se consideraba adecuada. Pero ya no era así; esas instituciones y doctrinas estaban contra la vida moderna. El Estado, la propiedad privada, la familia patriarcal y las iglesias se habían vuelto opresivos. Las nuevas instituciones debían ser fruto de la colaboración voluntaria.

El filósofo afirmaba que, en las instituciones tradicionales, la motivación para actuar tiene un carácter extrínseco: premios y castigos. Muchas doctrinas defienden que los seres humanos se comportan únicamente evitando el castigo y buscando el premio. Pero, aunque haya situaciones en que no puede ser de otra manera, esa es una descripción incompleta de cómo son los seres humanos. En opinión de Russell, los seres humanos se motivan de manera intrínseca, haciendo aquello que les llena.

El hombre en sociedad

En su análisis de las formas de organización política, Russell sostenía que tanto socialistas como liberales aceptaban conceder al Estado funciones peligrosas. El origen del problema del Estado radica en que es una institución cuyo fin es el poder. De hecho, la clave del poder estatal es justamente que se presenta como fuerza desnuda con capacidad para obligar a los ciudadanos a aquello que no desean. Hay razones que justifican ese uso de la fuerza como legítimo: el sentimiento de comunidad; el miedo al crimen, la anarquía o la agresión externa; o el patriotismo en sentido religioso.

Russell carga contra el patriotismo. El patriota tiene fuera de su consideración el posible daño que puedan padecer quienes no pertenecen a su patria. De ahí, su facilidad para apoyar la guerra, la mayor causa de miseria del mundo moderno. El principal daño del poder excesivo del Estado es

la promoción de la eficiencia en la guerra, que consigue la seguridad propia a costa de la inseguridad de los demás.

En *Poder*, publicado en 1938, Russell se preocuparía también de otras extralimitaciones del poder estatal. El ejercicio del poder del Estado, señalaría, debe ser vigilado, controlado y solo ejercido por personas que estén supervisadas, en interés de aquellos que les están sujetos. Para ello, es necesario eliminar la guerra y la opresión, lo cual supone garantizar cierto nivel de vida a quienes son más susceptibles de ser oprimidos, como las minorías, o, por el contrario, de vigilancia a quienes son más susceptibles de perjudicar a la sociedad, como los delincuentes.

El buen fin del Estado debe ser la sustitución de la fuerza por la ley. La función de la autoridad debería ser hacer innecesario el recurso a la fuerza. Una ley o autoridad que ordena lo que se haría si se recurriese a la fuerza, evita que esta tenga que usarse. La guerra solo desaparecerá cuando los Estados puedan conseguir sus fines por medios políticos —por ejemplo, a través de un Parlamento de las naciones.

Ahora bien, hay que evitar una visión ahistórica, eterna, de la ley, tanto si los Estados se someten a unas leyes internacionales como en el caso de las leyes de un Estado particular. Desgraciadamente, la ley es muy lenta, con lo cual deja margen para la guerra o la revolución a la hora de buscar el cambio. Estas sacudidas pueden prevenirse mediante la disposición a alterar la ley con arreglo al balance real de fuerzas. De lo contrario, el recurso a la fuerza ocurrirá tarde o temprano.

Llegado este punto, Russell da un toque de atención: el bienestar de la comunidad exige que todas las personas cumplan un mínimo. El Estado debe trabajar en favor de ciertos fines positivos, como, por ejemplo, la sanidad y la prevención de enfermedades infecciosas, la educación obli-

gatoria —puesto que la ignorancia es peligrosa—, la promoción de la investigación científica, la disminución de la injusticia económica...

Sin embargo, añade recuperando un talante liberal clásico, la justicia no puede ser el principio político supremo, porque al eliminar unilateralmente la desigualdad se podría estar destruyendo el incentivo para acciones vigorosas que serían útiles para la comunidad. La solución es dar espacio y poder suficiente a las organizaciones voluntarias. Russell sugiere que los propósitos positivos del Estado, independientemente de la preservación del orden, sean llevados a cabo por instituciones privadas en las que este ejerce una función de supervisión y control.

La guerra es el ejercicio de la fuerza desnuda, la misma que ejercen los delincuentes que el Estado debería evitar.

Poder

Capitalismo frente a socialismo

Russell ofrece cuatro criterios para juzgar un sistema económico: a) la maximización de la producción; b) la justicia de la distribución de la riqueza; c) la tolerable existencia de los productores, y d) la mayor felicidad y estímulo a la vitalidad y el progreso. El capitalismo promueve exclusivamente la primera; el socialismo, las dos siguientes. El pensador sostiene que el criterio principal es el último y que ni capitalismo ni socialismo lo promueven.

El capitalismo, señala Russell, busca la producción por encima de todo y el consumo caprichoso, ostentoso y por afán de posesión. El consumismo es una de las caras más visibles del problema. Se trata de un círculo vicioso que se inicia teóricamente en busca de la felicidad, pero acaba en lo con-

trario. Ganar más dinero implica un mayor esfuerzo en el trabajo. Pero a menudo, en la sociedad de masas, los ciudadanos dedican ese dinero a comprar objetos materiales de los que no pueden disfrutar. El esfuerzo inútil y el temor a perder lo que han adquirido solo pueden hacerles infelices. Así, la gente trabaja más de lo que necesita para vivir y se esquilma el medio ambiente para seguir produciendo, sin que la felicidad aparezca por ningún lado.

Lamentablemente, el mundo moderno peca del culto al dinero, lo cual es una amenaza permanente contra el equilibrio social. El peligro no está en el dinero como medio para conseguir la supervivencia o el bienestar, sino en la creencia de que todos los valores deben medirse en términos de dinero y de que la prueba del éxito en la vida es la riqueza. En estas condiciones, la vitalidad humana disminuye, mutila y deforma la naturaleza humana. Hace admirar logros que no añaden nada al bienestar, obstaculiza el gozo de la vida y deja a las comunidades exhaustas y descorazonadas. El paradigma de este estado de cosas, cree el filósofo, está en Estados Unidos.

Aunque el culto al dinero no es nuevo, resulta particularmente dañino en la época moderna, porque la sociedad ha generado una mejor educación y personas más autodisciplinadas. Cuando estos recursos se dirigen contra la vida son todavía más destructivos, porque su capacidad es mucho mayor, como sucede al aplicar los métodos de producción industrial a la fabricación de armas.

Russell opina que es imposible mantener la propiedad privada, en la que se basa el capitalismo, tal como está diseñada. La teoría de que una cosa pertenece a quien la ha producido es imposible de aplicar en la práctica. Igualmente, la acumulación de capital con el propósito de prestar debe estar sometida a controles que limiten su poder.

Poniéndose todavía más polémico, defiende el pensador que la tierra no debería pertenecer a manos privadas y la herencia debería prohibirse. Frente al argumento de que estas prohibiciones harían que la gente no trabajara, sostiene que, aunque el trabajo ordinario se hace para poder vivir, el mejor trabajo se hace por el gusto de trabajar. Los empresarios que suponen que trabajan para ganar dinero, lo hacen probablemente por amor al poder y el placer de emprender. Como fuere, para Russell no tiene sentido el actual sistema de la propiedad porque su distribución se debe a la fuerza, por motivo de conquistas, revoluciones y violencia en general. No se puede hablar de una transmisión de la propiedad aceptable bajo ningún principio que tenga que ver con la fuerza.

El socialismo, argumenta Russell, pretende reformar ese estado de cosas haciendo hincapié en la justicia. No busca la igualdad de remuneración, pero sí que las desigualdades estén justificadas por su beneficio a la comunidad. Ahora bien, esta corriente política no tiene en cuenta que puede haber sociedades justas a la vez que infelices. El socialismo sigue entendiendo que la felicidad del ser humano depende del dinero que gane, lo cual es una comprensión tan estrecha como la del capitalismo. En efecto, mucha gente no gana lo que necesita para vivir con dignidad, pero la erradicación de la pobreza no conduce necesariamente a una vida feliz, como demuestra la insatisfacción permanente de muchas de las personas que pertenecen a la clase adinerada.

¿Cuál es la alternativa? Russell concede que la prosperidad y la justicia distributiva son deseables, pero lo que deben hacer las instituciones políticas y económicas es eliminar los obstáculos que impiden el crecimiento instintivo de las personas. Para ello hacen falta dos condiciones: la primera es no atenazar las inclinaciones de los individuos y la segunda es

dar la mayor oportunidad posible al impulso de creación. La gente es feliz y se siente completa al hacer, al construir. No solo los artistas, sino que también los políticos, tienen ese impulso esencial. Pero no es exclusivo de las élites, sino que todas las personas lo comparten. El trabajo que se inspira en ese impulso es satisfactorio. El problema aparece cuando el trabajo no da oportunidad al impulso creativo. Y eso sucede tanto en el capitalismo como en el socialismo.

Por otra parte, a la hora de considerar el mercado libre, Russell reúne el liberalismo con la consciencia social. Aunque deplora la idea socialista que pretende abolir el mercado libre, su opinión es que a quien hay que salvar del mercado libre es a la gente de la calle, no a las empresas. El mercado puede funcionar, y las empresas medrar en él, siempre que la gente esté a salvo, de lo contrario, la pirámide no tiene base. Además, las empresas deberían funcionar democráticamente, es decir, que el trabajador debería tener voz en la gestión y espacio de autonomía. Solo así el trabajo será satisfactorio. Estas consideraciones resultan asombrosamente actuales.

El pensador activista

En los nueve meses de 1916 que transcurrieron entre las conferencias y la publicación del libro *Principios de reconstrucción social*, Russell se convirtió en un personaje odiado por la mayoría de los británicos. Su libro iba más allá de lo tolerable y él había pasado de ser un académico reputado a un propagandista eficaz de la causa contra el servicio militar obligatorio. Sus allegados se asombraron del compromiso que alcanzó su protesta contra la guerra. Se entusiasmaba contraargumentando las posiciones oficialistas mediante pan-

fletos y artículos y se divertía en los debates ejercitando sus dotes de razonamiento y demostración para hacer caer en sus trampas dialécticas a los portavoces del gobierno. Llegó a ser una auténtica estrella entre los objetores y un peligro para las autoridades.

Sin embargo, nunca fue un personaje clandestino. El activismo contra la guerra no era un asunto de extremistas al margen de la sociedad, sino que involucraba a personas conocidas y relevantes. Él mismo pertenecía a la nobleza y era un académico importante cuya actividad social conllevaba encuentros frecuentes con autoridades que incluían al primer ministro. Como miembro de la alta sociedad, en el fondo gozaba de un cierto estado de protección oficial. De hecho, tuvo que ser él mismo quien provocara que lo juzgasen y condenasen.

Había participado en un panfleto como muchos otros, al que siguió una serie de detenciones de las que él quedó impune. Entonces escribió una carta al diario *The Times* en la que señalaba que él era el autor del texto. Las autoridades quedaron en mal lugar porque habían dejado de castigar a un importante personaje de la contestación. Tardaron diez días en decidirse a detenerlo. Cuando lo hicieron, Russell se lo pasó en grande.

En el juicio se defendió a sí mismo, citando al ministro del Interior de aquel entonces, quien había señalado en el Parlamento que una persona que quebrantaba la ley en las circunstancias de un objetor merecía ser respetada. Demostró que el panfleto daba información que no era ilegal, pero, como no quería ser absuelto, atacó a las autoridades por pisotear la tradición del país en la protección de las libertades. Hizo propaganda durante una hora, hasta que el tribunal, echando chispas, le retiró la palabra. Cuando fue condenado, no cabía en sí de gozo. Llegó a visitar la cárcel durante seis

meses y tuvo que pagar una multa, aunque era muy consciente de que esa experiencia no era nada en comparación con lo que tenían que sufrir otros activistas y objetores.

Ahora bien, los perjuicios le alcanzaron de modo indirecto. En aquel momento la Universidad de Harvard estaba en tratos con él para que diera clases en Estados Unidos. Como así podía convertirse en un verdadero dolor de cabeza para el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, le retiraron el pasaporte. Después, aduciendo su condena como motivo, Cambridge anuló su renovación como profesor.

La suspensión de su contrato generó un escándalo académico. Se decía que el Trinity College se había doblegado ante el poder político y no había salvaguardado la libertad de cátedra. En Alemania había sucedido el mismo caso, pero la universidad alemana había opuesto resistencia a la presión gubernamental. La comparación era inasumible para las autoridades británicas; los daños de imagen eran terribles. En cuanto supo de su disponibilidad, la universidad escocesa de St. Andrews propuso un puesto a Russell, que no podía estar más satisfecho.

El gobierno intentaba desactivar la No-Conscription Fellowship sin caer en el descrédito de una prohibición expresa. Russell se embarcó en una gira de mítines contra la guerra, religiosamente seguidos por la policía. Las autoridades hicieron acopio de declaraciones, interceptaron cartas, registraron su piso y finalmente le prohibieron acceder a ciertas zonas del país por motivos de seguridad nacional. Entonces, la organización de activistas tuvo la ocurrencia de anunciar cursos de filosofía popular impartidos por el pensador, algunos de los cuales debían tener lugar en zonas vedadas. Prohibir la filosofía gratuita volvía a dejar al gobierno en mal lugar y a armar a la oposición de argumentos en su contra.



LA GRAN HERIDA

La Primera Guerra Mundial sacudió los cimientos de la sociedad europea. Comenzó con un fervor ligado a la visión del mundo decimonónica, donde la guerra tenía un aura de aventura caballeresca, pero los hechos no tardaron en demostrar que esas ideas no eran ya del siglo xx. Enormes masas de soldados fueron sacrificadas en los campos de batalla. Irrumpieron de manera brutal las armas químicas, las ametralladoras, los tanques y los ataques aéreos. El ingenuo optimismo que, pese al maltrato de obreros y pobres, había dominado el siglo anterior dio paso a la conciencia de lo que podía



suponer la tecnología aplicada al campo de batalla. Ni las fantasías más delirantes habían preparado a los europeos para los nuevos métodos de matar con eficacia industrial. Artistas, pensadores y científicos entendieron que suponía un cambio de era y que nada volvería a ser como antes. La salida del hogar de las mujeres para suplir la falta de varones, por ejemplo, fue irreversible y transformó incluso su manera de vestir. El irlandés Stanhope Forbes (1857-1947) captaría estos cambios en cuadros como *Las muchachas de la munición* (1918).

Para no recibir más daño, el Ministerio de la Guerra intentó contemporizar pidiendo a Russell el temario del curso y rogándole amablemente que no hiciera propaganda. Como fuere, las palabras del filósofo activista se leyeron en un acto contra la guerra celebrado en una ciudad prohibida, las mismas palabras que él había podido pronunciar en otra ciudad sin ser detenido.

A finales de aquel año tan ajetreado, Russell publicó en el *New York Times* una carta abierta al presidente norteamericano Woodrow Wilson (1856-1924), pidiéndole que parara la guerra antes de que Europa despareciera. A esas alturas, la mayoría de los ingleses le consideraban simple y llanamente un traidor.

Capítulo 3

EL USO PRÁCTICO DEL CONOCIMIENTO

Mientras el pensamiento lógico de Russell influía a otros pensadores, su activismo le catapultó a la fama fuera de los círculos académicos. Sus propuestas prácticas sobre política, sociedad y educación serían jaleadas por los sectores progresistas y furiosamente atacadas por el conservadurismo.

En 1917 se produjo la Revolución rusa y los ánimos se incendiaron en el entorno político de Bertrand Russell. Él se estaba cansando de su actividad pública y sus relaciones con parte de la cúpula de la No-Conscription Fellowship ya no eran buenas. Dimitió de la organización y se limitó a hacer contribuciones escritas periódicas. Le preocupaba no poder llevar adelante su trabajo filosófico y cada vez sentía más necesidad de continuarlo.

Al año siguiente dio una serie de conferencias sobre el atomismo lógico de las que nacería el libro que supondría su retorno a la arena del pensamiento. Intentaba utilizar la mediación de las personas más influyentes de su entorno para hacer conocer a las autoridades su voluntad de abandonar la militancia política. Sin embargo, justo cuando se hallaba inmerso en estos sutiles contactos, escribió un texto sobre las tropas estadounidenses que lo echó todo a rodar. Estados Unidos habían entrado en la guerra y estaban acuartelados en Inglaterra y Francia. Russell dijo que sus tropas podrían servir para reprimir a los huelguistas, como hacían en su país.

Las autoridades le acusaron de perjudicar las relaciones entre Estados Unidos y el Reino Unido y fue condenado a otros seis meses de prisión.

Aunque su hermano Frank trabajó para que su estancia en la cárcel fuera más llevadera y le concedieron muchos privilegios, el filósofo no encontró tan divertido su segundo encarcelamiento. Allí trabajó en varios textos que publicaría en los años siguientes, comenzando con *La filosofía del atomismo lógico*, redactado a partir de sus conferencias.

Al poco de salir de la cárcel, acabó la Primera Guerra Mundial y Russell estaba decidido a centrarse de nuevo en el trabajo. Era 1918 y tenía cuarenta y seis años, un matrimonio fracasado aunque todavía sin disolver, un nuevo amor en la actriz lady Constance Malleson (1895-1975) —conocida por su nombre artístico, Colette O'Neil—, y cierta dependencia emocional todavía mal resuelta respecto a lady Ottoline Morrell.

EL LENGUAJE ES LA PINTURA LÓGICA DE LOS HECHOS

Poco antes de la Primera Guerra Mundial, el filósofo austríaco Ludwig Wittgenstein (1889-1951) había entregado a Russell algunas notas sobre varios puntos lógicos. Junto con las conversaciones que los dos tuvieron durante la primera estancia del austríaco en Cambridge, estas consideraciones afectaron al pensamiento de Russell durante los años en que no tuvo contacto con su amigo y antiguo alumno. De hecho, en el prefacio de *La filosofía del atomismo lógico* anotaría que aquellos textos trataban de gran parte de las ideas aprendidas de él, aunque en aquella época solo las conocía de forma preliminar.

Durante la guerra, Wittgenstein tenía aún nacionalidad austríaca —más tarde adoptaría la inglesa—. Había ingre-

sado en el ejército de su país movido por una extraña y tormentosa noción de patriotismo, ya que mantuvo siempre una posición muy crítica respecto a toda clase de autoridades, y había caído prisionero de guerra de los italianos. Después del armisticio, en 1919, se puso en contacto con su amigo británico para informarle de que había completado un libro. Al poco, consiguió hacerle llegar el original mecanografiado. Se trataba del *Tractatus logico-philosophicus*, que se publicaría en 1921. Esta magna obra presentaba la interpretación wittgensteiniana del atomismo lógico y, aunque Russell estaba de acuerdo con algunas de sus ideas, otras no podía aceptarlas.

> **El objeto de la filosofía es comenzar con algo tan simple que parezca que no vale la pena y finalizar con algo tan paradójico que nadie lo crea.**
>
> *La filosofía del atomismo lógico*

A diferencia de Russell, el mundo de Wittgenstein estaba formado por hechos. Identificaba dos tipos de hechos: los hechos atómicos, que son la reunión de objetos en una estructura, y los hechos complejos, que son el producto de la combinación de los primeros mediante operadores lógicos. Una oración declarativa que expresa un hecho atómico es verdadera si existe ese hecho atómico. Pero no fue esta disparidad el punto clave que acabaría separando al filósofo austríaco de su antiguo profesor, sino que para él no era posible hablar de la forma lógica del lenguaje y de los hechos sino solamente mostrarla.

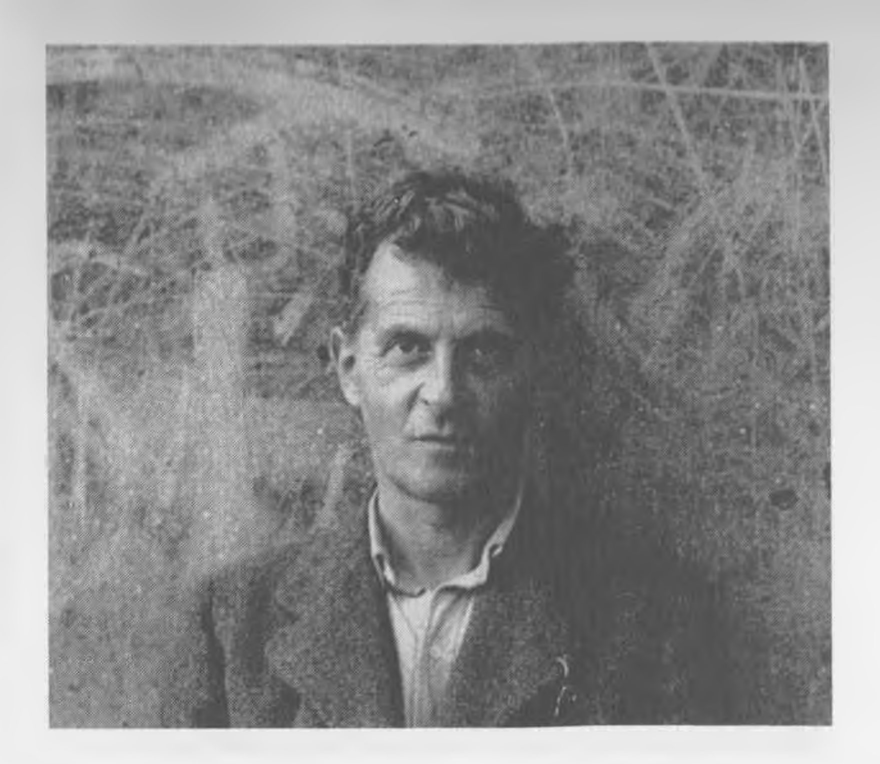
En el influyente *Tractatus*, Wittgenstein se propuso encontrar los límites del lenguaje, cuya descripción condensó en una de sus frases más célebres: «los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo». Para él, si algo es pensable, también ha de ser posible. El pensamiento es una representación del mundo que solo se puede mostrar con el lenguaje descriptivo. Como consecuencia, es posible de-

terminar de qué se puede hablar con sentido y de qué no se puede hablar. Es posible hablar siempre y cuando se use el lenguaje para figurar hechos posibles en el mundo. Dicho de modo simple: de la realidad solo es posible hablar con sentido. La forma lógica a través de la cual se pueden crear figuras de la realidad para describirla es un circuito cerrado que vincula el mundo, del que observamos hechos o estados de cosas —los hechos atómicos— y la unidad «lenguaje y pensamiento», que se expresa en proposiciones atómicas.

Después de la publicación del *Tractatus*, Wittgenstein abandonó la filosofía, creyendo haber resuelto todos los problemas filosóficos. Años después, volvería a enseñar y filosofar, pero con un espíritu muy distinto al que había guiado su trabajo anterior. De ese segundo período resultaron las *Investigaciones filosóficas*, publicadas de manera póstuma en 1953. Estos dos trabajos son tan diferentes, que veces se habla de un «primer Wittgenstein» y de un «segundo Wittgenstein».

Mientras que para el primer Wittgenstein había un solo lenguaje, el lenguaje descriptivo, para el segundo Wittgenstein el lenguaje se expresaba en una pluralidad de distintos «juegos de lenguaje» en la que el descriptivo solo era un caso. El segundo Wittgenstein reconocía que en el lenguaje ordinario la función descriptiva es una de las varias funciones del lenguaje y que, por tanto, el dominio del significado es mucho más vasto que el de la referencia. Así, el sentido de una proposición o el significado de una palabra es su función, o sea que está determinado por el uso que se haga de la misma. En suma, que el criterio referencial del significado es reemplazado por el criterio pragmático del significado.

Russell mostraría poca simpatía por las últimas ideas de su amigo, pero continuaría admirando las primeras, y a pesar



EL FILÓSOFO REBELDE

Ludwig Wittgenstein (en una imagen de 1947) nació en una de las familias más prominentes y ricas del Imperio austrohúngaro. Su padre, un industrial que controlaba el monopolio del hierro y el acero, era uno de los hombres más ricos del mundo. El futuro pensador creció en un hogar que atraía a gente culta y recibía visitas frecuentes de artistas. Ese ambiente excepcionalmente intenso para la realización artística e intelectual se manifestó en todos los Wittgenstein; renunció a su herencia familiar, considerando que el dinero estorbaría su trabajo como filósofo, y pasó penurias económicas toda la vida. Con una actitud siempre rebelde y crítica, polemizó continuamente con sus colegas, comenzando por su maestro y mentor, Bertrand Russell. Ambos hombres se admiraron tanto como discreparon en su concepción del atomismo lógico y de la misión de la filosofía. Wittgenstein se consideraba simplemente un lógico, mientras que Russell aspiraba a descubrir los constituyentes últimos del mundo.

de los puntos importantes en que disentía, su propio atomismo lógico estaría influido por ellas. Ahora bien, eso no significa que los métodos de ambos fueran los mismos. Aunque el británico llegó al atomismo lógico con una base de lógica matemática, su actitud era mucho más empírica que la manifestada en el *Tractatus*. En la aplicación del análisis reductivo a los objetos físicos y el entendimiento, continuó la tradición del empirismo británico, que está mayoritariamente ausente en Wittgenstein.

El positivismo lógico

El impacto del trabajo de Russell y Wittgenstein se haría notar a largo plazo en la filosofía del positivismo lógico, una corriente de la filosofía de la ciencia que alcanzó relevancia en la primera mitad del siglo XX, alrededor de los científicos y filósofos que integraban el célebre Círculo de Viena. Sus representantes fueron los alemanes Rudolf Carnap (1891-1970) y Karl Hempel (1905-1997), el austríaco Friedrich Waismann (1896-1959) y el británico Alfred Ayer (1910-1989).

Estos autores eran completamente contrarios a las investigaciones metafísicas y, para sostener su postura, utilizaron los instrumentos lógicos desarrollados por Bertrand Russell. Pretendían analizar la ciencia y conseguir un lenguaje perfecto para su expresión. Según ellos, todas las afirmaciones que hablan de cosas que están fuera del alcance de la ciencia empírica no tienen sentido y la reforma lógica del lenguaje debe dirigirse a eliminarlas. Es decir, que si el positivismo clásico defendía el método científico como única forma válida de conocimiento, este neopositivismo fue un paso más allá, limitando el método científico a lo empírico y verificable. Esta posición se denomina «criterio empirista del signi-

ficado»: toda expresión que no puede relacionarse con los hechos que nos proporciona la experiencia científica debe ser eliminada como un sinsentido.

Russell no estaba de acuerdo con ellos, puesto que pensaba que sí es posible hacer metafísica más allá de constatar la sintaxis lógica del lenguaje de la ciencia. Sin embargo, coincidió en el terreno de las teorías morales. Desde el punto de vista del positivismo lógico, las expresiones sobre las reglas y valores morales no se refieren a hechos que se puedan constatar por la ciencia, por lo tanto le son ajenos y deben desaparecer de esta. En todo caso su función es expresar las emociones de las personas. Esta interpretación recibe el nombre de «emotivismo».

A lo largo de los años, Russell ensayó diversas posiciones sobre moral que nunca le satisficieron, y llegó a confesar a su compañero Moore que no teorizaba más sobre el tema porque no encontraba medios para fundamentar objetivamente sus posiciones. Esta fue su posición definitiva al respecto. Como fuere, bien se debiera a estas últimas polémicas intelectuales o a su creciente preocupación por temas sociales y políticos, en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, Russell fue desplazando su reflexión a otros asuntos mientras que la lógica matemática se convertía en un interés pasado.

¿Qué podemos saber?

Uno de los focos de interés de Russell a partir de la década de 1920 era la teoría del conocimiento, esto es, la epistemología, que desarrolló en una serie de libros iniciada por *Análisis de la mente* (1921) y que continuaría con *Análisis de la materia* (1927), *Investigación sobre el significado y la verdad* (1940) y *El conocimiento humano: su alcance y sus límites* (1948).

Como primera constatación, Russell anunció su conversión al monismo neutral, que a su parecer proporcionaba una armonización de las dos tendencias opuestas en el pensamiento contemporáneo. Por una parte, existía entre muchos psicólogos una tendencia hacia el materialismo. Acentuaban más y más la dependencia de los fenómenos mentales respecto a los físicos, consideraban que la física era la ciencia básica, porque había progresado mucho más que la psicología. Por otro lado, había una tendencia entre los físicos, en especial entre los exponentes de la teoría de la relatividad, a considerar el materialismo a la vieja usanza como una ficción lógica, una construcción a partir de los hechos. Profesaban una suerte de antimaterialismo.

Russell postuló que ambas tendencias podían armonizarse en el monismo neutral. Mientras que el monismo idealista mantiene que hay una sola cosa, el todo, de la que las cosas particulares son partes inseparables y no pueden existir sin él, el monismo neutral afirma que hay un solo tipo de cosas. Es decir, que aunque existen muchas cosas —muchos particulares, muchos universales—, son todas de una sola clase. Tomando el ejemplo de un dualismo típico, como el cartesiano, recordamos que Descartes consideraba que hay muchas mentes y un solo mundo material, donde las mentes son un tipo de ente y el mundo material otro tipo, es decir, que las mentes tienen ciertas características y la materia otras. Frente a esto, el monismo neutral propone que hay un solo tipo de cosas y que no son materiales ni mentales.

Pero entonces ¿por qué unas cosas aparecen como «mentales» y otras como «materiales»? Russell respondía con una metáfora. Supongamos un directorio postal que ordena los nombres según dos criterios: en orden alfabético y en orden geográfico. El directorio ordenado alfabéticamente sería lo mental, mientras que el directorio ordenado geográficamente

sería lo material. Las características y las relaciones de cada nombre cambiarán según consideremos el directorio con un criterio o con otro. Dos objetos pueden estar ligados en el mundo mental mediante asociación de ideas mientras que, al mismo tiempo, están ligados en el mundo físico por la fuerza gravitatoria o por el magnetismo, pongamos por caso. Asimismo, los que son vecinos geográficamente no lo son por orden alfabético. Cosas y pensamientos no son distintos, sino que están sujetos a órdenes diferentes, a leyes científicas diversas.

A continuación, Russell se planteó la cuestión de la articulación entre estas dos dimensiones. ¿Se comunicaban esas dos modulaciones de la misma realidad? Reflexionar sobre este asunto significaba recuperar la pregunta kantiana sobre qué podemos saber. Y al analizar los límites del conocimiento humano, Russell tuvo que admitir el fracaso del empirismo como teoría del conocimiento, ya que no podía justificar las presuposiciones de las cuales depende la validez de todo conocimiento empírico inferido. Era su teoría de la inferencia no demostrativa.

El atomismo lógico partía del supuesto de que los objetos físicos del sentido común y de la ciencia son construcciones lógicas a partir de unos hechos, y que cada hecho o conjunto de hechos es una entidad lógicamente autosuficiente. De ahí se llegaba a la conclusión de que de un hecho o conjunto de hechos no puede inferirse con seguridad ningún otro hecho o conjunto de hechos. La inferencia demostrativa pertenece a la lógica y a las matemáticas, pero no a las ciencias empíricas. Por tanto, no se puede realizar ninguna inferencia válida en el campo científico.

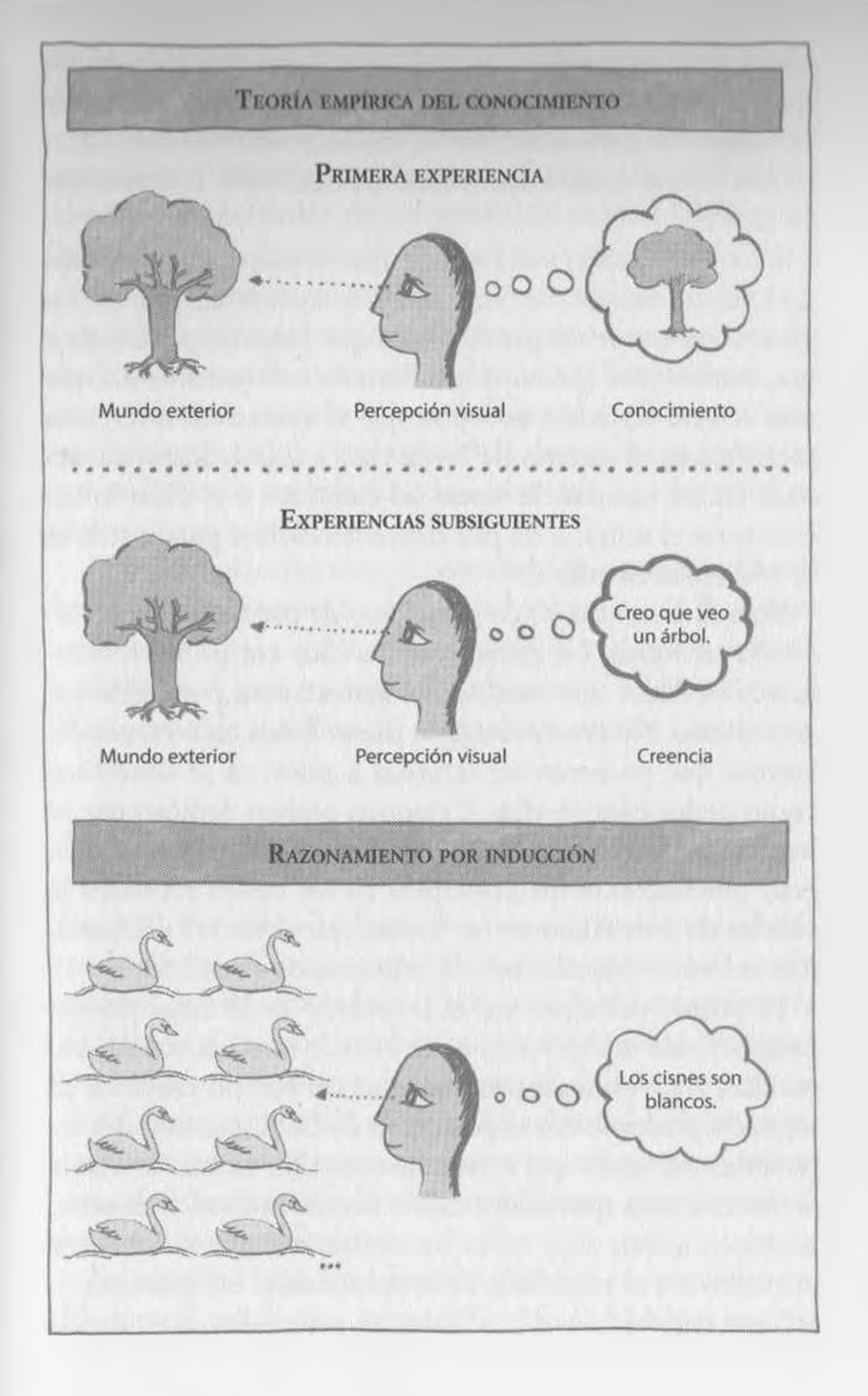
Ahora bien, al mismo tiempo, todo el mundo sabe que sí es posible realizar inferencias válidas que lleven a conclusiones más o menos probables, tanto desde el sentido común como desde la ciencia. No todas las inferencias son válidas,

EL PROBLEMA DE LA INDUCCIÓN

El empirismo es la teoría filosófica que enfatiza el papel de la experiencia, ligada a la percepción sensorial, en la formación del conocimiento. Según esta teoría, todo el conocimiento procede del uso de los cinco sentidos, como sería el caso de una percepción visual, por ejemplo. Se entiende como una experiencia empírica básica el resultado directo de una sensación. Este es el fundamento a partir del cual se pueden inferir creencias subsiguientes. La teoría empírica del conocimiento tiene como argumentos a favor que las experiencias sensibles parecen más fiables que las demás y que solo ellas pueden decirnos cómo es el mundo exterior. Pero en contra se puede aducir que los sentidos no dan experiencia directa de las cosas del mundo, sino que son interpretaciones de la mente.

De lo particular a lo universal

El problema más serio que plantea la teoría empírica del conocimiento es el de la inducción, que es el proceso intelectual que lleva desde una observación particular a una conclusión general. Se trata de un método habitual para realizar hipótesis y teorías, pero en su contra se ha dicho que los sentidos solo pueden confirmar casos particulares, pero no verdades universales. La generalización se suele realizar desde lo observado a lo no observado, de lo cual no se tienen pruebas reales. Un ejemplo es la generalización por enumeración: «Este cisne es blanco, este otro también, estos otros también... Nadie ha visto un cisne que no sea blanco. Por tanto, los cisnes son blancos». Este tipo de razonamiento no es lógicamente válido, porque la verdad de las premisas no garantiza la verdad de la conclusión. Russell empleó el ejemplo de los cisnes blancos a propósito, porque a finales del siglo XVII se habían descubierto cisnes negros en Australia. No es que antes no existieran, sino que solo los habían visto los aborígenes australianos. Ninguna cantidad de observaciones particulares puede justificar una conclusión universal. Russell sostendría que todas nuestras observaciones acerca del mundo han ocurrido en el pasado, y no podemos asumir que el futuro será como el pasado. Por lo que sabemos, mañana el mundo podría ser completamente distinto de hoy.


TEORÍA EMPÍRICA DEL CONOCIMIENTO
PRIMERA EXPERIENCIA
Mundo exterior
Percepción visual
Conocimiento
EXPERIENCIAS SUBSIGUIENTES
Creo que veo un árbol.
Mundo exterior
Percepción visual
Creencia
RAZONAMIENTO POR INDUCCIÓN
Los cisnes son blancos.

como demuestran las hipótesis científicas que han tenido que ser descartadas. Es decir, que no hay duda de que la ciencia sirve para aumentar el conocimiento humano. Entonces ¿cómo puede justificarse teóricamente la inferencia científica?

Una justificación sería aducir que la inferencia científica no necesita más que su éxito para demostrar su validez. La ciencia hace muchas predicciones que luego se confirman y que demuestran que funciona. Pero Russell consideraba que esta actitud equivalía a aceptar que el éxito de la inferencia científica en el terreno de los hechos era prácticamente casual. En su opinión, la tarea del científico y el filósofo era encontrar el mínimo de principios necesarios para justificar la inferencia científica.

Russell encontró cinco principios de premisas de la inferencia científica. Lo interesante de ellos era su improbabilidad, es decir, que establecían únicamente posibilidades, no certezas. No eran principios presentados como verdades eternas que pudieran ser intuidas a priori ni se concebían como deducibles de ellas. Tampoco podían demostrarse ni hacerse probables mediante argumentos empíricos, porque eran precisamente los principios en los cuales reposaba la validez de esos argumentos. Tenían que definirse necesariamente como «postulados» de la inferencia científica.

El primer principio era el postulado de la cuasi permanencia. Dado un hecho A, suele ocurrir otro hecho muy parecido a A en un lugar próximo y en un tiempo próximo. El segundo principio era el postulado de las líneas causales separables. Afirmaba que a menudo es posible formar una serie de hechos tales que, dados uno o dos miembros de la serie, podemos inferir algo sobre los demás miembros. El tercer principio era el postulado de la continuidad espacio-temporal, que negaba la acción a distancia y afirmaba que cuando

se da una conexión causal entre hechos no contiguos es porque debe haber un eslabón intermedio en la cadena.

El cuarto principio, el postulado estructural, afirmaba que cuando un determinado número de hechos complejos parecidos se da alrededor de un centro de estructura parecida, en general ocurre que todos pertenecen a líneas causales que tienen su origen en ese centro. Como ejemplo algo simple se puede imaginar un número determinado de gente situada en distintas partes de una plaza donde está hablando un orador y que están oyendo un mensaje parecido. Este postulado confiere probabilidad a la inferencia de que sus experiencias parecidas están en relación de causalidad con las palabras que emite el orador.

El quinto principio era el postulado de analogía. Afirmaba que si al observar dos clases de hechos, A y B, hay algún motivo para creer que A es causa de B, si en un caso determinado se da A pero no podemos observar si se da o no se da B, es probable que B se dé. Y lo mismo sucede a la inversa.

El estado del mundo

En 1920, Russell visitó Rusia con una delegación del laborismo británico. El país se encontraba inmerso en una guerra civil que se había iniciado en 1917, cuando el zar fue derrocado y luego el partido bolchevique de inspiración comunista echó al gobierno provisional y rompió definitivamente con el reformismo socialdemócrata. El gobierno bolchevique y su Ejército Rojo combatían contra sus opositores, agrupados en el denominado Movimiento Blanco, con el apoyo de las potencias occidentales.

En aquella visita, los laboristas ingleses se reunieron con Vladimir Ilich Ulianov, Lenin (1870-1924). Ideológicamente,

el comunismo soviético se basaba en la idea marxista según la cual se debía conseguir una sociedad sin clases sociales mediante una revolución que sería seguida por la dictadura del proletariado para luego alcanzar el auténtico comunismo. Sin embargo, Marx no había dejado claro cómo sería una sociedad verdaderamente comunista.

> El método de «postular» que ambicionamos tiene muchas ventajas; las mismas que las ventajas del robo sobre el trabajo honesto.
>
> *Introducción a la filosofía matemática*

Russell acabó tremendamente desilusionado con la revolución bolchevique. Pasó de su inicial consideración optimista a detestar el comunismo, en el que solo veía una tiranía que sustituía a la anterior, un inmenso vacío espiritual y mero interés en lo utilitario. Aprovechó la enfermedad de un miembro de la delegación para regresar del viaje antes de tiempo, e inmediatamente escribió *La práctica y la teoría del bolchevismo*, donde mostró su desacuerdo con la forma en que allí se llevaba a cabo el socialismo. Los métodos del sistema comunista eran intolerables y los resultados obtenidos no justificaban el precio que se estaba pagando, dijo.

Mucho más positivo y provechoso le resultó su viaje a China, que realizó al aceptar dar clases en la Universidad de Pekín. La cultura milenaria de aquel inmenso país le suscitó gran admiración e interés, por lo que escribiría de él en varias ocasiones. Vivió su aventura oriental en compañía de su futura esposa, Dora Black (1894-1986), a la que había conocido en el verano de 1919. Estando allí se enteró de que Dora estaba embarazada. De regreso a Inglaterra, tras pasar por Japón y Estados Unidos, se divorció de su primera esposa, Alys, y se desconectó de las demás relaciones.

Cuando se casó con Dora Black, su primer hijo, John, no tardó en nacer. Al poco le seguiría su hija Katharine. El fi-

lósofo pudo vivir en un ambiente familiar feliz y relajado como nunca había llegado a conocer con sus propios padres. Pasaba ya de los cincuenta años.

Era muy conocido por el público general y respetado a nivel académico, y a pesar de ello no tenía ingresos fijos. Había renunciado a su empleo para viajar y el dinero de su herencia se había esfumado. Sus antiguos amigos y él ya no se gustaban; tenía aspecto de persona mayor y sus opiniones solían ser escépticas, aunque sus ideas y acciones eran siempre coherentes. Su persona había adquirido cierta aura mefistofélica.

Salió adelante como escritor autónomo, pues era capaz de producir textos a tremenda velocidad para la prensa popular y las revistas especializadas con un estilo muy claro y legible. De este período proceden sus libros de divulgación científica y la reedición de *Principia Mathematica*, del que todavía quedaba un cuarto volumen por publicar que nunca vería la luz. La nueva edición se acompañó de una nueva introducción por Russell sin la participación de Whitehead, porque su amistad ya estaba bastante maltrecha.

Le gustaba levantar controversia y en sus conferencias adoptaba la posición de paladín del pensamiento libre, por lo que llamarlo siempre suponía un riesgo para los organizadores. Los poderes conservadores británicos no le perdonaban su actitud durante la guerra y a buena parte de la izquierda le desagradaba su crítica al régimen soviético. Para hacer enfadar a los seguidores de la revolución bolchevique, afirmaba que la forma soviética de gobierno no era para Occidente y que el socialismo no podía llegar mediante la revolución, sino solo mediante la educación. Al vivir el crecimiento de sus hijos, había descubierto un terreno que de pronto se le aparecía como esencial. Si existía alguna esperanza de un futuro mejor para la humanidad, sin duda

se encontraba en los niños, y eso hacía de la educación el instrumento de transformación más poderoso del mundo.

EL ALUMNO COMO FIN

Russell desarrolló su teoría educativa en la obra *Sobre educación* (1926). En su opinión, los teóricos de la educación nunca trataban una serie de temas concretos que eran verdaderamente relevantes. En general, se solía dar importancia a la educación como reproductora de la sociedad y como arma política. Sin embargo, no se ponía en el lugar adecuado a su objeto: los niños. Por tanto, se les usaba como medios para un fin. La educación buscaba que siguieran la postura los enseñantes y no que eligieran inteligentemente entre diferentes posturas. Él mantenía que debía proporcionarse a los niños el conocimiento y los hábitos para formarse opiniones independientes.

En este sentido, la relación que se establecía entre educador y educando era muy especial y requería una gestión delicada. ¿Cómo transmitir valores esenciales como la libertad y la justicia en un entorno de relaciones jerárquicas, necesitado de valores como la disciplina y la autoridad? De estos asuntos se ocupó el pensador.

El problema de la autoridad

Russell no dudaba de que la autoridad en educación es inevitable. Su opinión era que esa autoridad debía estar controlada. Aquí introducía su concepto de reverencia, que es la vertiente personal del respeto a la libertad social y política. Mantenía el pensador que, cuando alguien tiene autori-

dad sobre otros, debe guardarles reverencia. La reverencia es justamente aquello de lo que carece cualquier intento de forzar al ser humano, como el militarismo, el capitalismo, la organización científica del trabajo o la burocracia educativa que pretendía moldear a los niños. Si se carece de reverencia y en su lugar se tiene autoridad, se termina despreciando como inferiores a los que son dirigidos.

Quien reverencia, ve en los seres humanos algo sagrado, indefinible, ilimitado, algo individual y extrañamente precioso: el principio de crecimiento de la vida. El educador que reverenciase a sus educandos encontraría este principio en ellos. El educando es dependiente; por tanto, aquellos que tienen que gestionar esa dependencia deben ser conscientes de la responsabilidad que conlleva. Solo quien reverencia puede tener autoridad sin infringir la libertad.

Para el pensador también resultaba evidente que la educación no podía renunciar a dar al niño muchas de las capacidades que habían sido sus fines tradicionales: leer, escribir, ser capaz de desempeñar una profesión... El problema, a su parecer, solía ser que la instrucción era inadecuada, no que fuera efectivamente dañina. Con todo, sí existían asignaturas que podían tener efectos perjudiciales. La historia, por ejemplo, se usaba en las escuelas para magnificar al propio país sobre los demás. El mismo acontecimiento histórico no se explicaba igual en cada nación. En el caso de la religión, se enseñaba que lo propio es lo verdadero y se limitaba el conocimiento de otras creencias igualmente razonables. En países como Francia, militantemente seculares, las escuelas estatales también se volvían dogmáticas, pero por el lado opuesto. El resultado era siempre impedir la curiosidad, la investigación libre e imponer la doctrina.

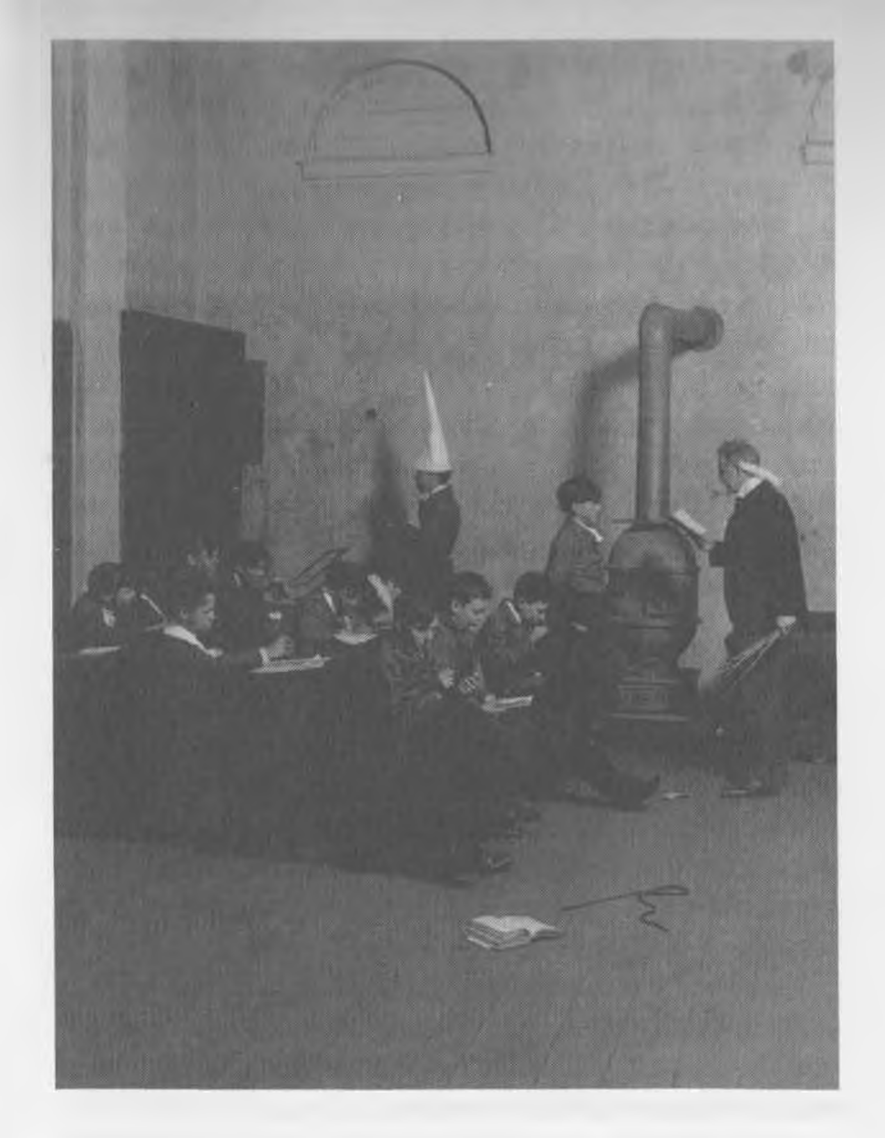
El adoctrinamiento continuaba en la educación secundaria, donde los colegios aplicaban sobre los estudiantes un

barniz que los hiciera correctos en su conducta, que minimizara los roces entre iguales y mantuviera a los inferiores en su lugar. Se trataba simplemente de una forma de mantener el privilegio de las clases altas. En ese estado de cosas no había vida intelectual o artística o cualquier forma de creación, no existía el progreso mental.

Se usaba la educación para reforzar las creencias sociales, porque en la fuerza de la creencia está la fuerza para luchar por ella. Pero, así, era solo un instrumento de reproducción social, cuyo resultado era la obediencia, la aceptación pasiva de lo enseñado y el desprecio a los grupos opuestos, todo lo cual iba contra la vida. Había que promover lo contrario: la educación como forma de desarrollo personal, había que promover la independencia y el impulso, la justicia en el pensamiento, la comprensión de los pensamientos de otros, la duda constructiva, el amor a la aventura intelectual...

El problema de la disciplina

El segundo aspecto relevante para Russell era la cuestión de la disciplina. En su opinión, la necesidad de aplicar disciplina en la escuela obedecía a las clases numerosas y a la falta de medios, lo cual significaba un error de foco. El interés por el conocimiento no podía ser una imposición externa, porque, además, tal cosa no es necesaria. Los niños son naturalmente curiosos y suelen querer aprender. En los pocos casos que no son así, deberían recibir otra forma de instrucción. La educación debía aparecer ante el niño como una forma de desarrollar la propia vida. Eso no significaba que los niños tuvieran que desconocer qué es el rigor, sino que debían desarrollar autodisciplina, es decir, la capacidad de perseguir una meta lejana con dificultades y fracasos.



En la década de 1920, el impacto de los horrores de la Primera Guerra Mundial puso en crisis todo el orden anterior, como la escuela tradicional, que había surgido con la consolidación de los Estados nacionales como instancia obligatoria a su servicio. En este modelo, el docente era el elemento central y el acto educativo se reducía a funciones intelectuales como la repetición memorística, para las cuales era necesario mantener a los alumnos en silencio e inmovilizar sus cuerpos. El recurso habitual para administrar la autoridad y la disciplina eran castigos físicos y humillaciones, como muestra sin vergüenza esta fotografía de un día convencional de clase en una escuela a mediados del siglo XIX.

La disciplina importante era la mental: la capacidad de concentrarse en una tarea difícil frente al aburrimiento y las preocupaciones. La concentración debía ser intensa, prolongada y voluntaria. Es fácil concentrarse cuando se tiene interés en algo, pero la concentración valiosa es aquella que se aplica a algo que no interesa porque hay un motivo ulterior para hacerlo. Esta habilidad se había vuelto más esencial que nunca en un mundo lleno de distracciones. Russell creía que la educación superior tradicional sí que había sido eficaz en esta enseñanza. Los métodos libres de educación eran adecuados para los pequeños, consideraba, pero llegada cierta edad hacía falta educar en el esfuerzo y en no tener miedo al aburrimiento.

En este punto, Russell recordaba sus ideas sobre los impulsos. La buena conducta, en su opinión, se fomentaba no tanto fortaleciendo la voluntad como favoreciendo los buenos impulsos. Si la razón o la voluntad no pueden con los impulsos, como él sostenía, insistir en ese camino no lleva más que a torcerlos y generar crueldad y violencia. La educación era el cultivo de los impulsos y no su supresión. Los impulsos son muy maleables y la mayor parte de las veces requieren el aprendizaje de habilidades para ser satisfechos. El propósito de la educación debía consistir en proporcionar las habilidades adecuadas para canalizar esa energía. Si un niño manifestaba el impulso del poder, la educación debía conducirlo por vías como el descubrimiento científico, el arte o cualquier actividad positiva, útil.

Ahora bien, esta consideración llevaba al otro problema de la pedagogía: la cuestión de la utilidad. Para el filósofo, lo útil era el conocimiento científico. Sin ciencia no podía existir el mundo de bienestar que la humanidad perseguía desde hacía tantos años. Entonces ¿debía la educación incluir enseñanzas que no tuvieran una utilidad directa en la

vida práctica? Para responder a ello el filósofo se propuso un ejemplo: ¿qué es más útil: saber sobre pesos y medidas o tener conocimiento de la obra de teatro *Hamlet*? Sin duda, conocer la obra de Shakespeare parece tener poco uso práctico a menos que uno tenga intención de asesinar a su tío. No obstante, asistir a su representación o llevar a cabo su lectura suscita una serie de sentimientos que harían la vida más triste en caso de no tenerlos y que ayudan a ser mejor ser humano. Así, no se debía educar exclusivamente sobre lo útil.

El ideal humano

Junto a principios como la justicia y la libertad y la adecuada comprensión de los problemas de la autoridad, la disciplina y la utilidad, el educador debía tener también una idea muy concreta de en qué consistía la vida buena, es decir, en qué consistía la excelencia humana. Russell identificaba que el carácter humano ideal debía reunir vitalidad, coraje, sensibilidad e inteligencia, y en esta última, distinguía entre varias virtudes intelectuales. No pretendía ser exhaustivo en su lista, pero consideraba que, sin estas cualidades, un ser humano no estaba completo.

La vitalidad encabezaba la lista. El pensador la vinculaba con la buena salud y con la edad. Él la entendía como la capacidad que promueve el interés en el mundo más allá de uno mismo, que es la base de la felicidad humana, y también salvaguarda de la envidia al hacer la propia existencia placentera.

En segundo lugar estaba el coraje, esto es, la capacidad de controlar el miedo, según el autor. Se refería al control de los miedos irracionales, que condicionan a la gente. El coraje russelliano nacía de una combinación de respeto a uno

mismo, para no dejarse arrasar por el qué dirán, junto a una mirada impersonal de la vida, es decir, dejar de pensar siempre en sí mismo. Aquellos cuyas esperanzas y temores giran solo a su alrededor no ven con ecuanimidad las dificultades y la muerte. Esa mirada impersonal podía venir dada naturalmente por experiencias vitales como la paternidad, por el conocimiento o por los sentimientos que suscita el arte. En suma, Russell reconocía coraje en las personas con muchos intereses que consideran que su ego es demasiado pequeño, no porque ellos no valgan mucho, sino porque hay muchas cosas que valen mucho más que ellos.

En tercer elemento era la sensibilidad, que el autor no entendía en el sentido artístico o emotivo, sino como la forma de emoción apropiada ante las cosas. Se tiene sensibilidad, decía él, cuando uno se ve afectado por las cosas adecuadas, de la manera apropiada. La idea de lo adecuado marcaba la diferencia. Por ejemplo, de alguien que realizara acciones arriesgadas porque, a pesar de ser consciente del peligro, no tuviera miedo, se diría que es valiente. Mientras que de alguien que realizara estas acciones desde la inconsciencia, y no tuviera miedo por desconocerlo, se diría que es un temerario. La sensibilidad es la cualidad que permite al valiente desarrollar la consciencia del peligro.

La inteligencia era la última cualidad, que Russell definía como aquella característica humana que permite adquirir conocimiento. Sostenía con firmeza que ningún conocimiento es malo y ninguna ignorancia es buena. Para él, el conocimiento solo podía obtenerse mediante el ejercicio, como se aprende a tocar el piano. Lo habitual es transmitir información sin entrenar la inteligencia, y eso le parecía muy negativo.

La educación intelectual exigía ciertas virtudes que debían ser aprendidas para tener éxito en la búsqueda del conocimiento, las virtudes intelectuales. La curiosidad era la

primera de ellas, porque las demás la necesitaban, aunque como no falta en los jóvenes, decía el pensador, solo hay que enseñarla si no está. La paciencia y la aplicación debían estimularse excitando la ambición para superar las dificultades, aunque había que graduar esas dificultades para poderlas superar y dar placer al hacerlo. La consciencia de que el conocimiento es posible pero difícil y la precisión constituían el camino hacia el nivel de la excelencia. Igual que la precisión en los movimientos es la que destaca al buen gimnasta, la precisión en el razonamiento, los cálculos o la descripción de los hechos es lo que hace excelente a quien se ejercita en el conocimiento. Russell lamentaba que los métodos modernos la hubieran olvidado porque era aburrida. Proponía aplicar su idea de esfuerzo, sustituyendo el aburrimiento impuesto por el profesor por el aburrimiento voluntario para conseguir un objetivo deseado.

Una buena vida es aquella inspirada por el amor y guiada por la inteligencia.

Lo que yo creo

La virtud intelectual transversal era la amplitud de miras. Para medrar, la inteligencia necesitaba el riego constante de la amplitud de miras. Por desgracia, las dificultades de la realidad solían llevar al ser humano a buscar seguridad, a cambio de la cual prefería refugiarse en sistemas de pensamiento: cristianismo, socialismo, patriotismo... El trueque era seguridad a cambio de servidumbre, una trampa en que no caían las personas con coraje, porque no tenían miedo.

Cuando el miedo u otros deseos se unían a la certeza, esto es, el convencimiento de que ya se sabe la verdad, la amplitud de miras se marchitaba y moría. Había que animar a los jóvenes a ver los problemas como situaciones abiertas y aceptar las opiniones en función de las razones que las apoyan.

Ahora bien, la libertad de pensamiento no implica libertad de acción. Tenemos derecho a pensar lo que queramos, pero no tenemos derecho a realizar todo lo que pensamos.

La escuela de Beacon Hill

Russell no hizo únicamente teoría sobre la educación. Insatisfecho con la oferta de escuelas a las que podría llevar a sus hijos, él y su esposa Dora decidieron fundar su propia institución educativa en 1927 con el nombre de Beacon Hill.

Su hermano les arrendó un edificio aislado en una región al sureste de Inglaterra conocida por las colinas que se denominan South Downs. Como se encontraba lejos de núcleos importantes de población, necesitaba ser autosuficiente, y, además de los maestros, requería un equipo de cocineros, servicio, conductores, matronas... El filósofo no pudo estar presente en el arranque de su escuela, porque tuvo que presentar un ciclo de conferencias en Estados Unidos. Todo el peso de la apertura recayó en Dora. A su vuelta, su marido se incorporó como profesor de historia, ciencias, matemáticas y geografía. Los maestros que se unieron a la aventura cobraban poco, pero tenían manutención y alojamiento en habitaciones independientes situadas en sus edificios propios. Se sentían bien tratados en general, por lo que había buen ambiente.

Beacon Hill no se diferenciaba mucho de otras tantas escuelas de la época que buscaban alejarse de los rígidos métodos tradicionales. Sin embargo, la reputación de Russell dio mala prensa al proyecto en ciertos sectores. Tampoco faltaron incidentes protagonizados por alumnos, de los que la prensa se hizo eco rápidamente: un incendio de arbustos, un intento de sacrificio de un conejo al estilo de Abraham,

un niño herido por un exceso de celo en la imitación de la lucha entre indios y vaqueros... Cuando hacía calor, algunos niños se quitaban la ropa, algo que no hubiera sido noticia si el promotor no hubiera sido Bertrand Russell, el malvado socialista, antibelicista, agnóstico y muchas cosas más. Con todo, hay que decir que la escuela no era estricta con la vida sexual de los empleados. Durante esta época, a los Russell no se les ocurrió otra cosa que poner en práctica sus ideas sobre el amor libre. Dora mantenía una relación paralela y Russell tonteaba con algunos miembros del personal.

En su autobiografía, Russell no haría un balance muy positivo del proyecto. Es lógico, diría, que una escuela alternativa tienda a atraer a padres inconformistas, pero también sucede que llegan a ella niños que han sido rechazados por otras escuelas. Beacon Hill acumuló una sorprendente proporción de niños de hogares con problemas, de padres separados, que se habían ido a los lejanos Estados Unidos y muchas otras situaciones... También perdía dinero porque el filósofo no era buen administrador. Como necesitaba ingresos, produjo artículos para periódicos de manera masiva además de dar ciclos de conferencias, y con el tiempo terminó desilusionándose de su proyecto. Dora tomó las riendas y logró salvar la escuela hasta mediados de la década de 1940, aunque tuvo que trasladarla a otra sede tras divorciarse del pensador.

En 1927 Russell regresó a Estados Unidos como conferenciante. Sus propuestas pedagógicas suscitaron gran interés. El problema llegó cuando opinó sobre el sexo y el matrimonio. Los estudiantes de la Universidad de Nueva York propusieron que conferenciase allí, pero el rector se negó. Russell no se sintió especialmente afectado, a pesar de ser víctima de una auténtica campaña contra él y su esposa a causa del libro que ella había escrito con el título *El derecho a ser feliz*, donde defendía la permisividad sexual.





En las primeras décadas del siglo xx, pedagogos y maestros pretendieron transformar la educación. La escuela infantil Beacon Hill estaba inspirada en una pedagogía progresiva y despreocupada que pretendía mantenerse libre de prejuicios. A menudo estas ideas se enfrentaban con la incomprensión y eran tratadas de experimentos. La prensa publicó esta foto en 1935 con el título «El conde Bertrand Russell, matemático y filósofo, cuenta cuentos a sus pequeños pupilos en su escuela experimental».

Durante los siguientes años llegaría a hacer hasta dos ciclos más de conferencias en Estados Unidos, siempre acompañados de la publicación de algún libro polémico. En algunos lugares los grupos de presión le impedían hablar y en otros le recibían con los brazos abiertos y le contrataban para escribir más artículos. Fue una época de bonanza económica que le sirvió para reparar las maltrechas finanzas de Beacon Hill. En 1931 era una figura conocida popularmente en aquel país y se había convertido en el tercer conde Russell debido a la muerte de su hermano Frank.

CONSTRUYENDO EL FUTURO

En la década de 1930, el mundo observaba los movimientos del Estado soviético, el partido nazi en Alemania y la restauración Meiji en Japón. La preocupación por la posibilidad de que los Estados tuvieran el poder de cambiar la sociedad gracias a tecnologías que permitían el control de las personas tanto como mejorar su bienestar era muy real. En *La mirada científica* (1931), Russell presentó sus reflexiones acerca de la ciencia y la tecnología.

El pensador entendía que la ciencia no es un conocimiento fruto de una facultad especial. El método científico consiste en observar y generalizar, algo que parece muy intuitivo. Sin embargo, precisó Russell, la actitud científica no es natural en los seres humanos, puesto que requiere una disciplina que los humanos tienden a ignorar. Él defendía el método científico según la concepción habitual, pero lo sometió a su visión analítico-lógica. A su parecer, al valorarlo como sistema de investigación que produce conocimiento, consideraba esencial entender que, a diferencia de las matemáticas, la ciencia solo podía obtener resultados provisionales.

Russell criticaba que la ciencia hubiera alcanzado tales cotas de abstracción que era muy difícil imaginar de qué hablaban muchos científicos. El mejor ejemplo eran las ecuaciones de los físicos. Por fortuna para el hombre de la calle, señalaba, esa misma ciencia que entre bambalinas era poco inteligible, estaba indisolublemente ligada a la técnica, produciendo lo que el pensador denominaba «técnica científica» y que hoy llamamos tecnología.

Como fruto de una investigación deliberada para encontrar soluciones concretas a problemas claros, la tecnología era la ciencia puesta en práctica y transmutada en conocimiento que permitía al ser humano controlar su entorno. Con ello, Russell no quería decir que hubiera que desatender la investigación pura, sino que el prestigio de la ciencia se renovaba a través de la tecnología.

Russell era lo que hoy se llamaría un «tecnooptimista». Ya en la década de 1930, alababa los éxitos de las técnicas respaldadas por la ciencia y cómo sus posibilidades no habían hecho más que empezar, incluyendo las técnicas genéticas y químicas cerebrales aplicadas a los seres humanos. Con la perspectiva de sus tragedias familiares, no dudaba de los logros de la ciencia en la mejora de la vida cotidiana. La humanidad vivía más y mejor gracias al progreso científico.

Ahora bien, el impulso científico le parecía admirable mientras no aplastara otros impulsos humanos, pues entonces daba paso a la tiranía. Russell contraponía dos expresiones de la ciencia: como instrumento de poder y como contemplación —esto es, afán de puro saber—. Como contemplación, la ciencia enlazaba con el amor o la unión mística, que también intentan conocer su objeto, pero sin imponerse a él o dominarlo.

La ciencia es una actividad del pensamiento, sostenía Russell, pero el pensamiento sin ningún tipo de limitación lleva

al cinismo. Hacía falta cultivar el espíritu para que la ciencia no fuera un mero instrumento de control. En el conocimiento de la historia, de la tradición artística y cultural, de las humanidades, en suma, se podía hallar la necesaria reverencia hacia los sentimientos humanos que colorean la existencia humana.

El primer ser humano que dijo que el fuego quema ya había hecho uso del método científico.

La mirada científica

Es posible que el filósofo se introdujera en estas consideraciones sobre el espíritu humano quizá como una suerte de compensación, ya que por aquel entonces su vida personal se estaba deteriorando. Con su aquiescencia, puesto que no parecía poderle dar más hijos, Dora había tenido una hija en 1930 con el hombre con quien mantenía una relación paralela. Por su parte, él seguía interesado en mujeres más jóvenes y retomaba viejos amores, como el de la actriz Colette O'Neill. Cuando Dora tuvo otro hijo con el mismo hombre, el matrimonio se quebró definitivamente y el filósofo decidió divorciarse.

Todavía continuaba su amor intermitente con Colette, cuando empezó una relación con la cuidadora de sus dos hijos. Patricia Spence, conocida como «Peter», acabaría convirtiéndose en su tercera esposa. De vez en cuando todos los personajes de estos enredos amorosos se encontraban en el mismo lugar, como sucedía en vacaciones. Igual que hiciera con su anterior esposa, Russell tardó tres años en alejarse de sus otras mujeres para casarse con Peter. Su divorcio no fue fácil: comenzó como un acuerdo mutuo que se complicó bastante y causó sufrimiento a los hijos.

En 1935, Russell tenía sesenta años. Era inevitable que sus angustias a causa del divorcio y su trabajo continuo le hicieran mella. Suspendió sus conferencias y se fue de viaje para reponerse. Al año siguiente se casó con Peter y juntos

visitaron España, donde estaba a punto de estallar la guerra civil. En 1937 nació su último hijo, Conrad.

El pensador necesitaba una posición estable para mantenerse y pagar la pensión de su divorcio. Lo consiguió al otro lado del Atlántico, en la Universidad de Chicago. Un amigo, el filósofo norteamericano de origen español George Santayana (1863-1952), le había prometido una renta de 500 dólares semestrales mientras la necesitase. Cuando Russell, su tercera esposa y su tercer hijo llegaron a Estados Unidos en 1938, la Segunda Guerra Mundial estaba en ciernes y el filósofo no imaginaba que estaba a punto de pasar uno de los momentos más agridulces de su vida.

Capítulo 4

LA FELICIDAD COMO ASPIRACIÓN

Russell quiso vivir con libertad, entendiendo el equilibrio entre conocimiento y sentimiento como el camino para ser feliz. Con el tiempo se convertiría en la encarnación del sabio que ama la vida y al prójimo, y sus lúcidos consejos serían leídos y seguidos en todo el mundo.

Al comenzar el curso 1938-1939, Bertrand Russell se había trasladado a la Universidad de Chicago con Patricia Spence. Los dos hijos que tenía con Dora se unieron a él durante las vacaciones escolares, pero los graves acontecimientos que entonces tuvieron lugar en Europa les obligaron a no volver a Gran Bretaña para quedarse con su padre.

El 1 de septiembre de 1939 las fuerzas militares del Tercer Reich alemán invadieron Polonia, usando el pretexto de un ataque polaco simulado en un puesto fronterizo alemán. El Reino Unido y Francia, quienes habían estado siguiendo con preocupación los excesos políticos del canciller de Alemania, autoproclamado Führer, Adolph Hitler (1889-1945), le dieron dos días para retirarse. Cuando venció la fecha límite, el 3 de septiembre, Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda declararon la guerra a Alemania, seguidos rápidamente por Francia, Sudáfrica y Canadá. Había comenzado la Segunda Guerra Mundial.

El exilio norteamericano de Russell no fue agradable por muchos motivos. Además de la terrible guerra que estaba

despedazando el mundo y que llevaba sufrimiento a sus familiares y personas queridas en Gran Bretaña y en muchos otros países, tuvo que padecer una campaña en su contra que le produjo graves problemas para poder trabajar.

El problema de la humanidad es que los estúpidos están seguros de todo y los inteligentes están llenos de dudas.

«EL TRIUNFO DE LA ESTUPIDEZ», ARTÍCULO EN *NEW YORK AMERICAN*

Cuando terminó el curso en Chicago no le renovaron el contrato. En seguida lo contrataron en la Universidad de California, pero no llegó a entenderse con su director y, cuando la Universidad de Nueva York le propuso dar clase en febrero de 1940, dimitió sin saber que la propuesta de la Gran Manzana no era firme. No pudo echarse atrás y se encontró en una situación parecida a cuando le echaron de Cambridge más de veinte años atrás. Esta vez, el problema no era su postura antibelicista, sino sus opiniones sobre sexualidad y también su moralidad, algo todavía más injusto teniendo en cuenta que las clases que daba versaban sobre lógica.

El veto a su persona por razones de moralidad produjo un prolongado debate en la opinión pública estadounidense. Aunque al principio fue tibio con él, finalmente el prestigioso diario *New York Times* señaló que el asunto dañaba con gravedad la seguridad e independencia de los académicos. La movilización a su favor no detuvo a quienes querían boicotearlo, que consiguieron que se le prohibiera judicialmente dar clase. El resultado fue que, salvo por algunas ayudas puntuales, el filósofo pasó auténticas penurias económicas durante la guerra.

El motivo principal que había hecho estallar el escándalo a su llegada al Nuevo Mundo eran las opiniones que había vertido en un libro publicado diez años atrás: *Matrimonio y moral* (1929). Las ideas recogidas allí no eran nuevas, sino

que habían sido repetidas en multitud de conferencias. Además, tenían antecedentes, como todo su pensamiento en este campo, en *Principios de reconstrucción social.* Sin embargo, todavía parecían demasiado avanzadas para la Norteamérica de la década de 1940.

SOBRE LA SEXUALIDAD

En *Matrimonio y moral*, Russell mantenía que la moral sexual en el mundo moderno estaba condicionada por la invención de los anticonceptivos y la liberación de la mujer. La emancipación femenina se había extendido con rapidez, a pesar de la magnitud de los cambios que implicaba, por dos causas. En primer lugar, la teoría democrática no había podido encontrar solución a las demandas de las mujeres, de modo que habían tenido que luchar por sus derechos, y, ante la falta de hombres originada a raíz de la Primera Guerra Mundial, habían aprovechado la oportunidad de entrar en el mundo del trabajo para ganarse la vida de manera independiente. En segundo lugar, la llamada «virtud femenina», que se había basado en el miedo al infierno y al embarazo no deseado, se había visto debilitada en el primer caso por la decadencia de la ortodoxia teológica y en el segundo, por los anticonceptivos.

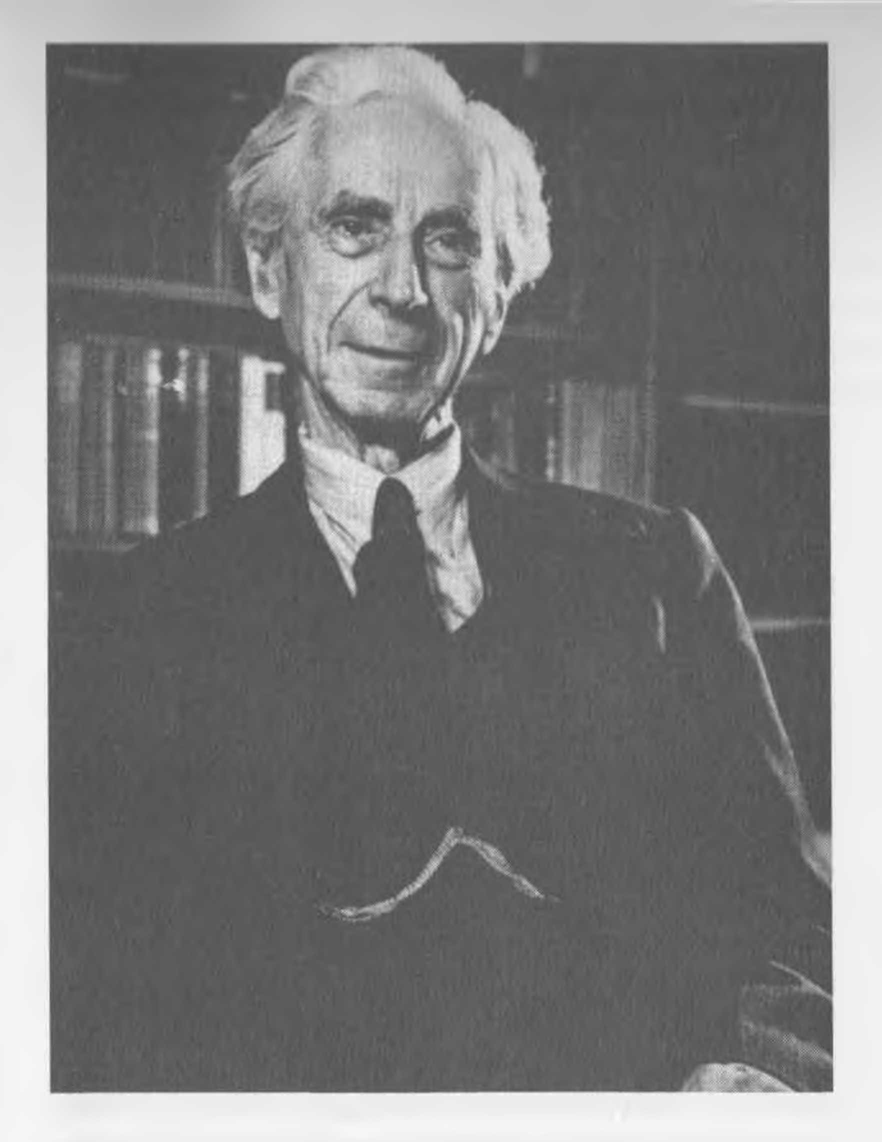
Sexo sin amor o amor sin sexo

Ya en 1929, Russell auguraba que la moral sexual imperante tendría necesariamente que relajarse. Los jóvenes no podían casarse temprano por imperativos económicos y la igualdad entre hombres y mujeres era una demanda inaplazable. Pero

si la castidad de las jóvenes y la confianza en las esposas no podían ya exigirse eficazmente, habría que buscar métodos para salvaguardar la familia porque era la institución encargada de los niños, y estos debían ser protegidos ante todo. De hecho, para él, era la única razón para que la ley se inmiscuyera en las relaciones sexuales de las personas. Si no hay niños, cada uno puede hacer lo que quiera.

Lo primero que había que hacer era destruir la ignorancia en materia sexual. El pensador identificaba este oscurantismo con el sometimiento de las mujeres a la dominación masculina, y criticaba que fuera ilegal dar información sobre sexualidad. La ignorancia sexual tenía unas consecuencias morales muy negativas. Si a los niños se les cuentan patrañas sobre el sexo, terminan no creyéndolas y acaban por desconfiar de la sinceridad de sus padres, que ven destruida su autoridad moral e intelectual. La conclusión que sacan los jóvenes es que se puede mentir en esos asuntos. Por otro lado, el interés desmedido por la pornografía u otras malas prácticas sexuales se debía justamente a la pudibundez. Una mayor naturalidad haría las cosas más fáciles y disminuiría el interés malsano en el sexo.

Russell destacó que el antagonismo que a menudo se presenta entre la religión y el amor es aún más acusado en el caso del cristianismo porque es una religión de origen ascético. Sin embargo, a pesar de su animadversión por las religiones, consideraba que el mayor enemigo del amor en el mundo moderno era el evangelio del trabajo y el éxito económico, cuyo mejor ejemplo se encontraba en Estados Unidos. Para los norteamericanos lo más importante es la carrera profesional, decía, y consideran que el amor no debe interferir en ella. Tampoco se trata de dejarlo todo por amor, cosa que la mayor parte de las veces es una locura, sino de establecer un equilibrio.



Durante el segundo cuarto del siglo xx, el período de madurez intelectual y física de Bertrand Russell, el filósofo se convirtió en una figura pública con dos dimensiones contrapuestas: para unos encarnaba el libertinaje y para otros, el pensamiento libre. Sin embargo, tuvo la suerte de poder atestiguar durante su vida que sus reflexiones se convertían en lo que sus contemporáneos entendían como el sentido común. La imagen por la que se le recordará es la de un sabio alto y delgado, con abundante pelo canoso y una actitud no exenta de socarronería. Así lo han fijado instantáneas como esta foto tomada en 1952 en su casa de Richmond.

El amor es la principal vía de escape de la soledad que afecta al ser humano, pues rompe las separaciones entre las personas. El problema es que muchas veces se confunde la mera atracción con auténtico amor. El instinto sexual no puede satisfacerse únicamente mediante la relación física, sino mediante la intimidad profunda y la camaradería intensa. Esta comprensión no tiene interés meramente como medio para el desarrollo personal, sino que su relevancia sociológica es inmensa, ya que, sin esa intimidad y compañía, el ser humano no sentirá la relación con sus semejantes de manera que no sea dañina.

Temer al amor es temer a la vida, y quienes temen a la vida ya están muertos tres veces.

Matrimonio y moral

Por ese motivo, hay personas que disocian el sexo de los afectos o incluso que lo asocian con sentimientos de odio, ninguno de los cuales puede satisfacer los impulsos ni son aceptables. El amor es una fuerza anárquica a cuya ecuación se suman los hijos, momento a partir del cual deja de ser un asunto privado. Asegurar la menor interferencia posible entre el amor y los intereses de los niños debe ser el propósito principal de una ética y una legislación sexual que quieran considerarse sabias.

Russell sostenía que, cuanto mayor es una civilización, menor felicidad pueden disfrutar los matrimonios. La razón principal es la cantidad de posibilidades, porque los seres humanos, decía el filósofo, son polígamos. En una sociedad pequeña, las personas son muy parecidas: dos varones o dos mujeres presentan pocas diferencias y en su mayoría están de acuerdo en cómo hay que portarse. Del mismo modo, si hay poca ocasión de pasarlo bien con una persona ajena a la pareja debido a que las condiciones lo hacen difícil —porque la gente vive en contacto estrecho, por ejemplo—, lo

más habitual es que nadie se complique la vida. En resumen, un matrimonio feliz es aquel en que ninguna de las dos partes encontrará más felicidad fuera de él. Nada de esto ocurre en el mundo moderno: la gente es muy dispar y las oportunidades de pasarlo bien fuera del matrimonio son muchas. Además, por suerte, la liberación de la mujer ha hecho que ella ya no tenga que obedecer y callar.

El matrimonio feliz

¿Qué condiciones debe cumplir un matrimonio contemporáneo para que el varón y la mujer sean felices? Debe haber un sentimiento de completa igualdad; ninguna interferencia en la libertad mutua; una completa intimidad física y mental y cierta similitud en la escala de valores.

En el período de entreguerras, el filósofo constató un cambio de mentalidad en el norte de Europa y Estados Unidos: las jóvenes ya no pensaban tanto en preservar su «virtud» y los jóvenes dejaban de relacionarse con prostitutas para conocer sexualmente a las muchachas con las que se casarían. Sin embargo, ese nuevo estado de cosas no se desarrollaba con fluidez porque no existían los medios económicos suficientes. Los jóvenes tenían poco dinero para llevar adelante vidas independientes.

Esa situación de semifrustración le parecía al pensador altamente dañina. En primer lugar, como aún existía una prohibición sobre las relaciones sexuales, conservaban el aliciente de lo clandestino y se conducían de manera imprudente o incluso peligrosa, generando problemas como, por ejemplo, embarazos no deseados. Así las relaciones quedaban despojadas de la intimidad y la camaradería que eran la verdadera clave del éxito. Como no eran satisfactorias y en

muchos casos tampoco completas, mantenían a los jóvenes en un estado de excitación malsano, que les impedía concentrarse en el trabajo o el estudio.

Los jóvenes tenían que poder plantearse su vida y sus relaciones en condiciones sanas y felices, justamente para dar éxito a la familia, la unión con el fin social más importante: la crianza de los hijos. Para Russell, el matrimonio era la forma de estabilizar las relaciones sexuales en interés de los niños. Por eso mismo, los matrimonios jóvenes no debían apresurarse a tener hijos, porque, aunque la intención del matrimonio es perdurar, mientras no se tienen hijos, es más fácil separarse.

El papel de los padres varones era una preocupación constante para el pensador. La independencia femenina y las cargas económicas que cada vez más conllevaban los niños estaban haciendo que el papel del Estado en el sostenimiento de los hijos se incrementara. No hacerlo así tendría como resultado que las parejas no tuvieran hijos. Ahora bien, si el Estado asume los costes y cierta responsabilidad en la crianza, nos situamos a un paso de eliminar la figura paterna de la familia, mientras se otorga control sobre los niños al Estado, lo que puede resultar fatal. El amor entre padres e hijos no se puede sustituir por la eficacia burocrática y no tiene sustituto posible.

LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD

Cuando escribió su conocida obra *La conquista de la felicidad* (1930), Russell tenía casi sesenta años y era considerado un «sabio». En esa calidad fue recibido este libro para el público general, sin filosofía profunda, que al mismo tiempo daba continuidad a sus posiciones teóricas. En él analizaba las causas de la infelicidad y la felicidad desde el punto de

vista psicológico, puesto que ya había estudiado ampliamente las razones sociales en sus obras de ese campo.

Las causas de la infelicidad

Russell no pretendía arreglar la vida de las personas a las que les falta lo mínimo para vivir o han sufrido desgracias, puesto que eso hubiera sido una frivolidad. Se dirigía a las personas sin problemas de subsistencia, es decir, con suficientes recursos para vivir y suficiente salud para realizar las actividades cotidianas, que aun así se sentían desgraciadas.

Al decir del filósofo, la infelicidad de quienes tienen la vida asegurada se debe a una visión del mundo, una ética y unos hábitos de vida equivocados, que destruyen el disfrute y el apetito por las cosas. Aunque estas personas pueden sin duda encontrarse con situaciones externas que les produzcan dolor, en muchas ocasiones generan su propia infelicidad por un motivo interno: su disgusto con ellas mismas. Muchas pueden ser las causas de ese disgusto: el engreimiento, la competitividad, el aburrimiento y la excitación, el estrés, la envidia, la mala conciencia, el victimismo o el miedo a la opinión pública.

Los engreídos, quienes creen estar de vuelta de todo, piensan que han vivido mucho y que nada vale la pena. Se ven a sí mismos como sabios, racionales y orgullosos de su infelicidad. Su actitud suele ser más frecuente entre quienes han tenido una vida fácil y terminan pensando que obtener lo que se desea no trae la felicidad. Aunque eso sea verdad en cierta medida, tampoco se puede ser feliz sin obtener algo de lo que se quiere.

Quien está de vuelta de todo suele emplear argumentos intelectuales a favor de la infelicidad. Su idea básica es que nada

permanece, que las cosas se suceden y ninguna es diferente de la otra; la vida es un ciclo sin fin y sin propósito; las personas nacen y mueren y nada se consigue. Esa posición refleja un concepto de la vida que la asemeja a un melodrama donde el protagonista, tras diversas peripecias, quiere llegar siempre a un final feliz. Pero la vida no puede valorarse así. Debe tener valor en cada una de sus partes para que tenga valor el todo. Es precisamente porque no vivimos siempre por lo que deben saborearse los placeres de la vida. Lo único que hacen los presuntuosos es quejarse de que el mundo no es como les gustaría.

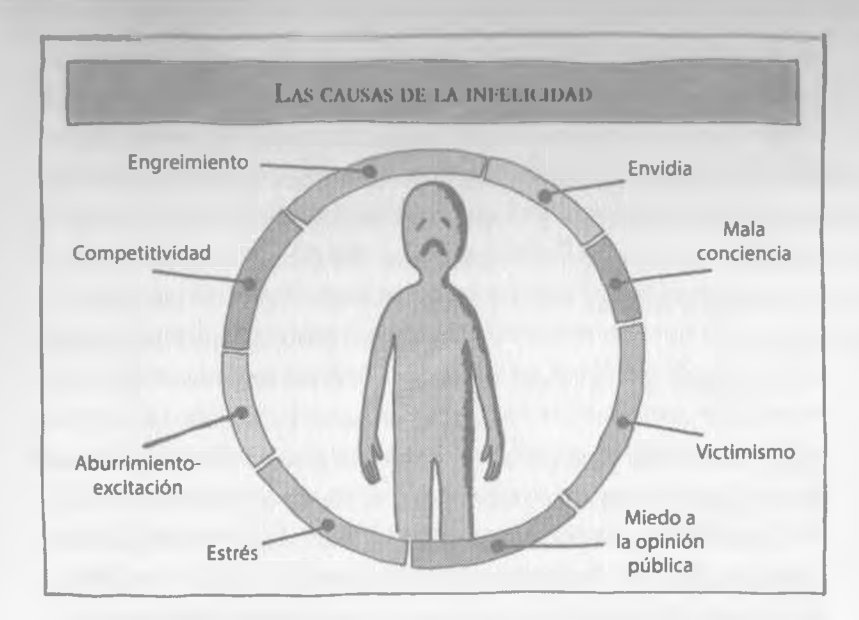
La competición permanente en la que viven las sociedades industrializadas es otra gran fuente de infelicidad. Russel cree que, si se preguntase a la gente por lo que más le impide gozar de la existencia, la respuesta sería: la lucha por la vida. Esta respuesta, dice, es tan sincera como equivocada. ¿Cuántas de las personas acomodadas del mundo desarrollado luchan por su vida, por sobrevivir? La frase esconde una situación más trivial: lo que impide disfrutar de la vida es la lucha por el éxito económico.

El éxito económico es la religión del mundo moderno, cuyos fieles viven solo para escalar más alto y abandonan el mundo a su alrededor. Nada saben de sus parejas, de sus hijos, de sus compañeros. Dejan de lado el placer que podrían obtener del trabajo que hacen. Ahora bien, el éxito es un ingrediente de la felicidad y no al revés. ¿Por qué? Porque, si bien es cierto que toda actividad está ligada a alguna forma de éxito, este está ligado a la excelencia en la actividad. Será más feliz quien es eminente aunque no sea acaudalado, porque obtendrá satisfacciones personales. Sin embargo, quien es acaudalado sin ser eminente puede tener compensación en forma de dinero, pero esta es una satisfacción impersonal, y como tal, no se controla y puede esfumarse si las condiciones externas cambian.

permanece, que las cosas se suceden y ninguna es diferente de la otra; la vida es un ciclo sin fin y sin propósito; las personas nacen y mueren y nada se consigue. Esa posición refleja un concepto de la vida que la asemeja a un melodrama donde el protagonista, tras diversas peripecias, quiere llegar siempre a un final feliz. Pero la vida no puede valorarse así. Debe tener valor en cada una de sus partes para que tenga valor el todo. Es precisamente porque no vivimos siempre por lo que deben saborearse los placeres de la vida. Lo único que hacen los presuntuosos es quejarse de que el mundo no es como les gustaría.

La competición permanente en la que viven las sociedades industrializadas es otra gran fuente de infelicidad. Russel cree que, si se preguntase a la gente por lo que más le impide gozar de la existencia, la respuesta sería: la lucha por la vida. Esta respuesta, dice, es tan sincera como equivocada. ¿Cuántas de las personas acomodadas del mundo desarrollado luchan por su vida, por sobrevivir? La frase esconde una situación más trivial: lo que impide disfrutar de la vida es la lucha por el éxito económico.

El éxito económico es la religión del mundo moderno, cuyos fieles viven solo para escalar más alto y abandonan el mundo a su alrededor. Nada saben de sus parejas, de sus hijos, de sus compañeros. Dejan de lado el placer que podrían obtener del trabajo que hacen. Ahora bien, el éxito es un ingrediente de la felicidad y no al revés. ¿Por qué? Porque, si bien es cierto que toda actividad está ligada a alguna forma de éxito, este está ligado a la excelencia en la actividad. Será más feliz quien es eminente aunque no sea acaudalado, porque obtendrá satisfacciones personales. Sin embargo, quien es acaudalado sin ser eminente puede tener compensación en forma de dinero, pero esta es una satisfacción impersonal, y como tal, no se controla y puede esfumarse si las condiciones externas cambian.



El nexo común de las ocho causas de la infelicidad para Russell es la preocupación excesiva en superficialidades propias de quien tiene la vida asegurada.

El aburrimiento, para Russell, es un fenómeno paralelo a la excitación. Paradójicamente, en el mundo moderno la vida es menos aburrida pero la población está más preocupada por el aburrimiento. La gente busca la excitación y no es difícil de conseguir. Esta búsqueda tiene como paradigma el consumo de drogas: como el drogadicto, el aficionado a las emociones fuertes necesita cada vez más excitación para satisfacerse, pero la carrera terminará con su salud y liquidará su capacidad de disfrutar de la vida.

Ligada a la excitación está la fatiga nerviosa, el estrés. La gente pasa el día trabajando y luego quiere pasarlo bien. Pero si eso significa buscar la máxima excitación, no hay lugar para el descanso. En ese estado es difícil encontrar la serenidad, que es necesaria para la reflexión. Los pensamientos son incontrolables. Las personas permiten que las ideas preocupantes se sucedan sin ponerles coto. Pero una persona sabia solo piensa en los problemas cuando aparecen en su camino para conseguir un objetivo. Solo así es posible enfrentarse a los

obstáculos y a la vez vivir tranquilamente, pero, sobre todo, ser eficientes y sabios en nuestras decisiones. Para hallar esa armonía, a los jóvenes les beneficiarían las relaciones amorosas y poder vivir del trabajo bien hecho, pero el fantasma del dinero y el éxito amenazan el ideal sereno de esa vida.

> El sabio solo piensa en sus problemas cuando tiene algún sentido hacerlo; el resto del tiempo piensa en otras cosas.
>
> *La conquista de la felicidad*

Por tanto, para ser feliz es imprescindible el aburrimiento. Las grandes metas no se consiguen sin un trabajo persistente y en parte aburrido. Soportar el aburrimiento es un rasgo de carácter para el que se ha de educar a los niños.

Russell continúa su recorrido por las causas de infelicidad deteniéndose en la envidia. Cuando ocurre algo agradable, en vez de disfrutarlo, muchos piensan que otros gozan de algo mejor. Nunca en la historia la humanidad había vivido tan bien como ahora. La capacidad del ser humano para disfrutar es mucho mayor, pero también lo es la consciencia de lo que se puede conseguir. En opinión del filósofo, la envidia surge porque la gente piensa en términos de comparación, lo cual impide disfrutar de lo que tiene.

La mala conciencia es otra causa de infelicidad. El pensador critica la excesiva insistencia que se ha hecho siempre en la conciencia. Al fin y al cabo, la gente se comporta según la han criado, de modo que la tan traída y llevada conciencia no suele ser más que la expresión de lo que se ha inculcado al individuo como deber. Cuando este se descubre yendo en otra dirección, entonces tiene mala conciencia. La escapatoria a esta trampa es ceñirse a un código moral racional y consciente. La persona racional debe mirar sus actos, como producto de determinadas circunstancias. Para evitar los que sean indeseables, debe ser más consciente de que lo son, o, si es posible, evitar las circunstancias que los producen.

Ahora bien, tampoco es saludable el autoexamen excesivo, pues lleva al ensimismamiento. La mejor opción es siempre razonar: adquirir creencias racionales, revisarlas en caso de saltar alguna alarma y no dejar pasar nunca las que son irracionales. Para ello no hace falta mucho tiempo ni mucha meditación.

En cuanto al victimismo, según Russell, todo el mundo tiene algo de ello. Tendemos a vernos en muchas ocasiones como víctimas de la ingratitud, la mala educación o la traición. Pero esta forma de interpretar el mundo no suele ser cierta ni justa con los demás. Para no caer en el victimismo, el filósofo propone cuatro medidas sencillas y llenas de sentido común: (1) recordar que los motivos propios no son tan altruistas como decimos; (2) no sobreestimar nuestros méritos; (3) no pensar que los demás se tomarán tanto interés en nosotros como nosotros mismos; (4) reconocer que la gente no pierde tanto tiempo como pensamos en intentar perseguirnos.

La última causa de infelicidad que analiza Russell es el miedo a la opinión pública. La opinión de los demás suele ser importante para nosotros porque forma parte de la felicidad de vivir en una compañía grata; sobre todo en los jóvenes. Evidentemente el problema no es de la persona, sino de la gente que le rodea. Si uno tiene la suerte de vivir en un lugar tolerante o elegir una forma de ganarse la vida que lo conecte con personas parecidas, el problema desaparece.

La fuente de la felicidad

Es en la segunda parte de *La conquista de la felicidad* donde Russell presenta propiamente sus lúcidas propuestas. El sabio tiene la impresión de que el problema de los jóvenes occidentales cuyo nivel de vida les permite una subsistencia cómoda es básicamente encontrar un empleo ajustado a sus

talentos, puesto que la felicidad del trabajo satisfactorio está abierta a cualquiera que pueda desarrollar alguna habilidad. Es posible disfrutar el trabajo gracias al ejercicio de la habilidad personal y el producto que resulta. A las personas les gusta admirar sus creaciones y se sienten realizadas cuando usan y perfeccionan sus habilidades.

Sin embargo, la felicidad tiene un grado más fundamental e íntimo, si se quiere, que depende del interés que tenemos en las demás personas y en las cosas del mundo. Los seres humanos somos sociales y necesitamos el trato con los demás. Hallamos gusto en estar con la gente, en observarla, en tratar con ella. Por lo común, solemos estar deseosos de ampliar el alcance de los intereses y placeres de aquellos con quienes nos relacionamos, y lo hacemos sin la intención de adquirir poder sobre ellos o su admiración. También nos interesan de manera natural las cosas del mundo. La vida no puede ser aburrida si prestamos atención a lo que nos rodea. Interesarse en cosas que no tienen una finalidad práctica permite relajarse al alejar al individuo de la necesidad de tomar decisiones relevantes que son fuente de mucha fatiga y estrés.

Para el filósofo, la mayor fuente de felicidad debería ser el conjunto que forman la pareja y los hijos. Pero este conjunto está asediado por diversos problemas. La maternidad se ha convertido en un pesado yugo para las mujeres. En otros tiempos, la vida de las mujeres era mejor si se casaban que si se quedaban solteras. Pero en el mundo moderno, las mujeres están peor casadas que solteras, ya que, siendo independientes, pueden ganarse la vida, y cuando se casan empeoran su nivel de vida y pierden libertad. Como esposas, se convierten en esclavas de su hogar, por no hablar del trabajo que suponen los hijos. Entonces dejan de interesar a sus maridos. Con todo, persiste la tendencia social a inducir el matrimonio entre las personas,

y, aún más injusta e intrusiva, la tendencia a inducir a las mujeres a dejar su trabajo para tener niños, juzgándolas negativamente cuando deciden no hacerlo.

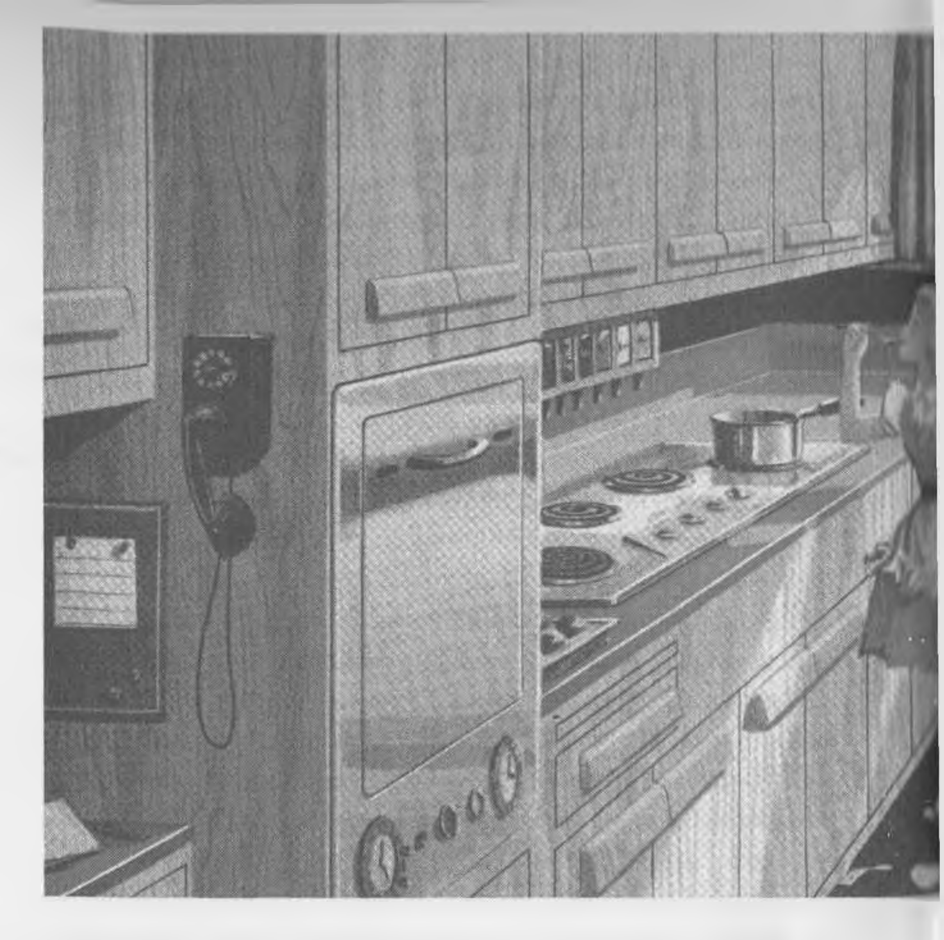
Si este estado de cosas es malo para las mujeres, también lo es para los hijos, porque produce comportamientos negativos en las madres, como, por ejemplo, la posesividad. Además, cuando las mujeres dejan el trabajo para cuidar de los niños, no cobran por el trabajo doméstico que hacen, porque este no se valora. Da la impresión, por tanto, que vale menos una madre que un profesional. El Estado debería mediar para solucionar estas disfunciones.

Carecer de algunas de las cosas que uno desea es condición indispensable para ser feliz.

LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD

En cualquier caso, la vida exige esfuerzo y resignación, aunque en equilibrio adecuado. Por eso habla Russell de la conquista de la felicidad, porque hay que tener muy presente que hace falta esforzarse para conseguir lo que se quiere. El hombre sabio no puede sentarse y esperar a que le regalen nada. Pero también es necesaria la resignación porque, tampoco se puede estar continuamente pendiente de cosas y situaciones sobre las que nada se puede hacer. Quien ha hecho todo lo que puede, no está obligado a más. No se trata, dice el pensador, de resignación desesperada, sino basada en una esperanza que es impersonal. El hombre de ciencia es un buen ejemplo: puede que nunca llegue a ofrecer un progreso fundamental a la ciencia, pero será consciente de que ha ayudado al progreso y que la ciencia sigue avanzando gracias también a él.

En suma, el problema del hombre infeliz, cuando lo básico para la vida no falta, es que se centra en sí mismo. Todas las malas pasiones nos encadenan a nosotros mismos, nos hacen atender fundamentalmente a nuestro yo. No hay un



EL SUEÑO AMERICANO

En sus obras morales, Russell caricaturizó cruelmente el llamado «sueño americano» que aparecía anunciado a todo color en las revistas, como este anuncio de 1955 que vendía la «Nueva cocina moderna para madres e hijas». Decía el pensador que al estadounidense típico solo le preocupa su carrera. Si está casado, sus intereses difieren de los de su esposa, que le parecen «femeninos». En lugar de intentar compartirlos, se aleja de ella y la relega a la esfera del hogar y los hijos, en la ilusión de que, al comprarle una casa nueva llena de aparatos modernos, cumple suficientemente con su deber de marido. Llega a casa cansado del trabajo y se levanta antes que su mujer. El domingo



pasa el día practicando algún deporte con amigos porque hay que estar en forma para trabajar. No tiene tiempo para el amor ilícito ni para el matrimonial, aunque puede buscar los servicios de una profesional del sexo. Su esposa es sexualmente fría con él por motivos cbvios. Él está insatisfecho, pero no sabe por qué. Desahoga su frustración en el trabajo o persiguiendo a los que no comparten su visión de la vida. Su esposa encuentra una oportunidad en la cultura de segunda fila y reafirma su virtud atacando a aquellos cuyas vidas son generosas y libres. Su insatisfacción sexual les genera odio a la humanidad, disfrazado de espíritu comunitario y altos estándares morales.

interés genuino en el mundo exterior si no es en la medida en que nos puede dañar o puede impedir promocionar nuestro ego. El miedo es la clave del ensimismamiento y de la infelicidad, que viene después. Por el contrario, el hombre feliz es el que vive objetivamente, que tiene afectos, pasiones libres y amplios intereses, a través de los cuales apuntala su felicidad y, a su vez, se vuelve objeto del interés y el afecto de otros.

Experimentando la trascendencia

Las ondas sísmicas generadas por *Matrimonio y moral* se habían extendido a lo largo de muchos años y habían acabado afectando la vida de Russell y su familia. Quizá por ello, el pensador anhelaba volver a Inglaterra. Lo acabaría haciendo en 1944, a los setenta y dos años, a pesar de que la guerra aún no había acabado.

A su regreso, encontró en los británicos un público dispuesto a escuchar a alguien como él, que hablaba con una retórica meridiana y era totalmente sincero en sus ideas. Por primera vez en su vida, comprobó que sus opiniones coincidían con las de la mayoría de la población. Al año siguiente, el rey Jorge VI (1895-1952) le concedió la Orden del Mérito. Su situación había cambiado radicalmente en su país natal. Aunque hay que mencionar también que, en su rehabilitación a ojos de sus compatriotas, contribuyó mucho que fuera un convencido detractor de la Unión Soviética.

La Segunda Guerra Mundial terminó en abril de 1945 con el hundimiento absoluto del Reich que debía durar mil años y con el suicidio de Adolph Hitler en su búnker de Berlín. Inmediatamente se levantaron los recelos y las suspicacias entre los antiguos aliados. En ese momento, el *establishment*

británico apreció en gran medida la posición antisoviética de Russell, que se prestó para dar conferencias en el país y en el extranjero e incluso para hablar frente a las tropas. Al año siguiente, en el transcurso de una de esas giras, que le llevaba a Noruega, el hidroavión en que viajaba se estrelló en el mar y murieron diecinueve pasajeros. El filósofo septuagenario fue uno de los que salió ileso. Luego diría que el tabaco le había salvado la vida, ya que los fallecidos en el accidente se encontraban en el área de no fumadores.

Cuando el tema de la religión dejó de estar vetado en la radiotelevisión pública inglesa, la BBC, en 1948, Bertrand Russell protagonizó en la radio un célebre debate sobre la existencia de Dios con el jesuita Frederick Copleston (1907-1994), autor de la obra de referencia en once volúmenes sobre la historia de la filosofía occidental que se considera la mejor y la más completa disponible hoy en día. El encuentro de pareceres entre estos hombres de extraordinaria personalidad y conocimientos se difundió por todo el mundo y tuvo una amplia repercusión social. Russell añadiría la transcripción del debate a las siguientes ediciones de uno de sus libros más conocidos: *Por qué no soy cristiano.*

Por lo que se refiere al concepto de religión, Russell realizaba una distinción entre dos sentidos, aunque él mismo no estaba del todo convencido con la clasificación: un sistema organizado concreto o la experiencia espiritual en abstracto.

El primero de los sentidos entiende la religión como conjunto de dogmas —por ejemplo, los dogmas católicos—, instituciones —por ejemplo, la Iglesia católica— y las prácticas religiosas que estos establecen. Se puede hablar así de tal o cual religión, o de las religiones. Entendidas en este sentido, dice el pensador, en todos los casos —budismo, hinduismo, cristianismo, islam y comunismo, incluye— las religiones son falsas y dañinas. Son falsas, porque todas ellas pretenden ser

las únicas verdaderas cuando están en desacuerdo entre sí. Son dañinas, porque consideran virtuoso tener fe, es decir, tener convicciones que no pueden ser contrastadas mediante la evidencia; y si esa evidencia induce a la duda, consideran que debe ser suprimida. Mediante ese criterio, en Rusia los niños no pueden oír argumentos a favor del capitalismo, ni en Estados Unidos a favor del comunismo. Además, hay dogmas religiosos que infligen daños directos en las personas, como la condena católica del control de natalidad, la prohibición de volver a casarse a las viudas hindúes o la creencia comunista en la dictadura de unos pocos iluminados.

El segundo de los sentidos es el que designa la raíz de una parte importante del ser humano: la vida del espíritu. Esa vida, opina Russell, ha sufrido una canalización inadecuada a causa del intento de ser organizada por parte de las religiones tradicionales.

En *Principios de reconstrucción social*, el autor había establecido que la actividad humana tiene tres fuentes: el instinto, la mente y el espíritu. La vida del instinto es aquello que comparte el ser humano con los animales, la esfera de lo relacionado con la autopreservación, la reproducción y los impulsos ligados a estos. La vida de la mente va en busca del conocimiento, que no tiene que ver, en primera instancia, con la supervivencia o con los impulsos. Es la inteligencia, el pensamiento o la razón impersonal y en ella se encuentra el origen de la ciencia. Finalmente, la vida del espíritu se centra en los sentimientos impersonales. La reverencia, el culto, o el sentido de una obligación hacia la humanidad, que la religión ha interpretado como inspiración divina, pertenecen a la vida del espíritu.

Así pues, mente y espíritu son esenciales para una vida plena y tienen sus propias excelencias y corrupciones. El autor había tratado las corrupciones de la mente al hablar de

la sociedad tecnocrática, mientras que las corrupciones del espíritu se muestran en cualquiera de las religiones existentes. Mente y espíritu deben estar equilibrados en cada individuo. El instinto es la fuente de la vitalidad, que además une cada vida con las otras, pero que nos deja inermes ante las fuerzas de la naturaleza. Por su parte, la mente es una instancia crítica que permite liberarse de esas fuerzas, aunque, dejada a sí misma, puede llevar al cinismo. El espíritu universaliza las emociones que nacen en el instinto.

La considero [la religión] una enfermedad nacida del miedo y una fuente de indecible miseria para la humanidad.

¿HA HECHO LA RELIGIÓN CONTRIBUCIONES ÚTILES A LA CIVILIZACIÓN?

En el instinto nacen los impulsos. Existe la tentación de liberarlos y poner la inteligencia a su servicio. Es verdad, mantiene Russell, que para que la vida tenga vigor, los impulsos deben ser fuertes y directos; pero la vida humana no solo debe ser vigorosa, sino buena, y los impulsos deben ser canalizados por algo menos personal. Es necesario que una instancia impersonal y universal actúe sobre el principio de crecimiento individual. Esa instancia es la vida del espíritu.

El joven enamorado siente instintivamente que su amor es único, perfecto, maravilloso. Pero desde el punto de vista de la mente crítica, del pensamiento frío, no es más que uno más entre los millones que están enamorados y que, a su vez, piensan que son únicos. La mente crítica podría considerar que esos sentimientos no son más que una trampa de la naturaleza para conseguir sus fines reproductivos, que todo es una mentira. Pero ¿podríamos vivir pensando seriamente así? Para el filósofo, el espíritu muestra que en todos los seres humanos hay algo misterioso, una búsqueda a ciegas y una posible victoria, algo que merece amor. Lo que el instin-

to le dice al individuo, la intuición espiritual se lo confirma, pese a todas las limitaciones e inconvenientes que pueda poner la mente crítica.

Dicho esto, cuando Russell escribe contra la religión, se opone a las religiones organizadas con su sistema de pensamiento cerrado. En *Por qué no soy cristiano*, declara que no cree en Dios, ni en la inmortalidad, y no piensa que Jesús, si existió como se le describe en los Evangelios, fuera el mejor y más sabio de los hombres, porque tiene un defecto moral muy serio: cree en el infierno. Ninguna persona misericordiosa sembraría esos miedos.

Las religiones se basan en el miedo, dice el filósofo, el miedo a lo desconocido, a lo misterioso, a la derrota, a la muerte... Sin embargo, sentir ese miedo cobarde no es necesario. El conocimiento puede librarnos de él. Hay que mantenerse en pie y mirar el mundo a la cara, con sus cosas buenas y malas. Hay que rechazar la exhortación a humillarse y declararse pecador, porque eso es indigno de seres humanos que tengan un mínimo respeto por sí mismos.

LA ÚLTIMA BATALLA

Russell vivió en los primeros años de la década de 1950 con su hijo mayor, John, su nuera y sus hijos. El matrimonio no podía mantenerse y él les ayudó. Tristemente, hacia 1954, su primogénito había manifestado la enfermedad mental que se escondía en los genes de los Russell. El pensador intentó incapacitarlo, pero no lo consiguió, así que su madre Dora se hizo cargo de él. Durante cierto tiempo, el abuelo se ocuparía de las hijas del matrimonio, sus nietas.

Russell se había divorciado por tercera vez en 1952. Inmediatamente después, a los ochenta años, se casó en cuartas

nupcias con Edith Finch (1900-1978), para la sorpresa de sus conocidos. En aquellos momentos tuvo lugar una de esas paradojas que a veces depara la vida: su hija Kate, junto a su marido, habían recibido la llamada de la fe en la Iglesia episcopaliana y se fueron de misioneros a África.

El terror nuclear

Debido a su popularidad, la vida social del ya anciano Bertrand Russell no disminuía, a pesar de sus diversos achaques: neumonía, extirpación de la próstata, problemas en los reflejos musculares de la garganta... Los premios y reconocimientos a su persona y labor se sucedieron sin descanso entre finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, al mismo tiempo que los ataques a sus posiciones políticas. No dejaba de publicar artículos, responder gran cantidad de correspondencia y aconsejar sobre tesis y manuscritos con la ayuda de Edith. Había desarrollado una peculiar afición a las novelas policíacas y las consumía en cantidades enormes.

Uno de los reconocimientos más rutilantes de aquella época tuvo lugar en 1952, cuando recibió el premio Nobel de Literatura «en reconocimiento a la variedad y significación de sus escritos en los que defiende los ideales humanitarios y la libertad de pensamiento». Russell era inmensamente apreciado en todas partes y se movía seguido por multitudes. Pero justo en el momento en que era contemplado de forma unánime como el intelectual oficial de Gran Bretaña, dio un nuevo giro y se convirtió otra vez en un contestatario. Desde ese momento hasta el final de su vida, su gran batalla, la última que libraría, sería contra la guerra nuclear.

Al poco de acabar la Segunda Guerra Mundial había dicho en una charla que, en caso de que la URSS persistiese en

llevar adelante sus planes expansionistas, no se podía desconsiderar la posibilidad de llevar a cabo un ataque preventivo contra ella que le parase los pies antes de que consiguiese producir armas atómicas. Las bajas serían menores si solo uno de los dos bandos dispusiera de bombas atómicas. Sin embargo, su opinión cambió a principios de la década de 1950, después de que la URSS desarrollara la bomba atómica, porque entonces el peligro aumentó al nivel de la extinción masiva y, a su parecer, la única posición razonable era la abolición total de las armas nucleares. En los días previos a la Navidad de 1954 dio una charla en la BBC donde consiguió que la audiencia tomara auténtica conciencia de la situación de peligro para la especie humana que suponían las armas nucleares.

El contenido de esa charla fue reelaborado en 1955 para dar lugar al Manifiesto Russell-Einstein, un documento en favor del desarme nuclear firmado por once de los físicos nucleares e intelectuales más prominentes del momento, diez de los cuales habían sido galardonados con premios Nobel. Si el intelectual más destacado de la lista era Bertrand Russell, los físicos estaban representados por su máxima figura, Albert Einstein (1879-1955), que firmó unos pocos días antes de fallecer.

El Manifiesto Russell-Einstein hacía un llamamiento a los científicos e intelectuales de ambos lados del Telón de Acero para que se encontrasen y tratasen las consecuencias de la guerra nuclear. Así se consiguió en 1957, cuando se celebró un encuentro internacional en la localidad canadiense de Pugwash. Bertrand Russell no pudo asistir por razones de salud, pero fue gracias a él que las Conferencias Pugwash, que continuarían realizándose en adelante en distintos lugares, tomaron un cariz neutral y no infiltrado por los gobiernos.

Estos encuentros fueron esenciales para posibilitar la prohibición de pruebas nucleares, los acuerdos de no proliferación







Russell permaneció políticamente activo hasta el final de su vida. Ya cerca de los noventa años, arrastraba masas a lugares paradigmáticos como Trafalgar Square (arriba, izquierda) para oír sus parlamentos contra la fabricación de armas nucleares, y asistía a manifestaciones y sentadas que producían imágenes con amplio eco en los medios de comunicación (arriba, derecha). En 1961, él y su esposa fueron encarcelados durante una semana por incitar a la desobediencia civil. La entrada en prisión de la pareja de edad avanzada fue un regalo para la causa (abajo).

y las negociaciones que más tarde llevarían a conversaciones para la limitación del armamento nuclear. Actualmente, la Fundación Pugwash, con sede en Londres, sigue convocando conferencias sobre la responsabilidad social de la ciencia en asuntos de interés mundial, como el crecimiento demográfico, el deterioro medioambiental y el desarrollo económico del planeta. En 1995, cuarenta años después de la firma del Manifiesto Russell-Einstein, la organización recibió el premio Nobel de la Paz.

En 1958 nació en Gran Bretaña la asociación Campaña para el Desarme Nuclear, cuya presidencia se ofreció a Bertrand Russell. La CDN fue fruto de las pequeñas protestas llevadas a cabo por diversas asociaciones de tamaño reducido que apuntaban la existencia de un movimiento ciudadano contra la situación de peligro nuclear. Esta preocupación tenía importantes raíces en Gran Bretaña, donde habían llegado a existir numerosas organizaciones, por eso, consciente de la imposibilidad de actuar a nivel mundial, la CDN se centró en el desarme nuclear de este país.

En aquel momento, Russell volvía a ganar notoriedad a nivel popular. Acababa de enviar sendas cartas al primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética y Presidente del Consejo de Ministros, Nikita Jrushchov (1894-1971), responsable de la desestalinización parcial del país, y al presidente de Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower (1890-1969), que había sido comandante supremo de las tropas de los aliados en Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Ambos mandatarios le habían respondido. El filósofo sostenía que el desarme unilateral, o la no realización unilateral de pruebas, no era una estrategia aceptable.

La CDN era muy distinta a las Conferencias Pugwash. Se trataba de una organización variopinta, cuyos miembros tenían motivaciones diferentes a pesar del objetivo común.

Tenía similitudes con la No-Conscription Fellowship y Russell adoptó el mismo papel. Lamentablemente, no consiguió influir en los partidos británicos para promover el desarme británico. Aunque Bertrand Russell tenía casi noventa años, en lugar de tirar la toalla, se puso a pensar en otra táctica.

En 1960, se presentó ante él Ralph Schoenman, un joven activista estadounidense de izquierdas que vivía en Londres y colaboraba en la CDN. Schoenman abogaba firmemente por la desobediencia civil. El filósofo vio en él mucha energía y buenas ideas, por lo que decidió prestarle su ayuda. El joven se acabaría convirtiendo en su secretario personal y mano derecha. A su empuje se debieron las últimas y más ambiciosas iniciativas del pensador.

La primera de ellas fue la creación en aquel mismo año de un nuevo grupo de acción basado en la desobediencia civil: el Comité de los Cien. Las manifestaciones y acciones de protesta del Comité de los Cien se saldaron con cargos contra Russell y su esposa en 1961. El anciano filósofo se enfrentó al tribunal, ante el que volvió a hacer gala de su excelente oratoria. A pesar de su avanzada edad, el matrimonio fue condenado a prisión, lo que era un regalo de los dioses para su causa, según el pensador. Como no podía ser de otra manera, las sentencias fueron reducidas y cumplidas en la enfermería. El revuelo internacional, sin embargo, fue tremendo.

En octubre de 1962, aviones espía norteamericanos descubrieron misiles nucleares de origen soviético en Cuba, a un tiro de piedra de las costas de Florida. La tensión subsiguiente entre Estados Unidos y la Unión Soviética estuvo a punto de convertir la Guerra Fría en el holocausto nuclear contra el que tantos prevenían. La crisis de los misiles de Cuba puso de nuevo a Russell en la palestra, porque el filósofo no tardó en enviar misivas a los gobernantes implicados. Jrushchov respondió por la radio. Los periodistas

se movieron rápidamente para entrevistar al pensador y se cruzaron nuevos mensajes. Con todo, no parece que estas acciones fueran relevantes en la solución de la crisis, más allá de una operación de imagen de las partes implicadas.

En este episodio, los mensajes de Russell parecían contener cierto favoritismo hacia el bando soviético, lo cual despertó las suspicacias de los gobiernos occidentales, mientras que aumentaba la figura del pensador en los países en vías de desarrollo. En qué medida Schoenman fue responsable de ese sesgo no está claro. Sin embargo, esta parece ser la semilla de la futura ruptura por parte de Russell.

Tengo una creencia muy simple: que la vida, la alegría y la belleza son mejores que una muerte polvorienta.

DISCURSO DE NONAGÉSIMO CUMPLEAÑOS

En 1963 vio la luz la Fundación Bertrand Russell para la Paz, que hoy en día sigue activa con el propósito de continuar el trabajo del filósofo en las áreas de justicia social y derechos humanos. Schoenman sería su primer secretario. También llevó adelante la organización y asumió la dirección general del primer Tribunal Russell sobre crímenes de guerra, que se reunió en 1966 para investigar la actuación de Estados Unidos en la guerra de Vietnam. En él intervino el francés Jean-Paul Sartre (1905-1980), el gran pensador del existencialismo y activista político.

Russell se mostró convencido de que la postura estadounidense frente a Vietnam era absolutamente indefendible, y que la guerra se estaba llevando a cabo con una crueldad inusitada. Su conclusión fue que la única manera de acabar el conflicto cuanto antes era apoyar de modo inequívoco a los norvietnamitas. Como es lógico, estas opiniones hicieron declinar su imagen en Estados Unidos, donde incluso medios que le habían defendido en otras ocasiones, como el *New York Times*, le atacaron.

Muchos biógrafos atribuyen también la virulencia de la posición antiamericana de los últimos tiempos de Russell a Schoenman. Hacía tiempo que el filósofo había notado ya el doctrinarismo de su colaborador, y finalmente, con motivo de algunos desencuentros, acabó rompiendo con él y lo destituyó de todos sus cargos.

Bertrand Russell publicó su autobiografía en tres volúmenes en 1967, 1968 y 1969. Cuando se publicó el primero de ellos, tenía ya noventa y cinco años. En aquel tiempo hizo una aparición interpretándose a sí mismo en una película antibélica hindú titulada *Aman*; compareció ante el secretario general de las Naciones Unidas para solicitar un comité contra los crímenes de guerra en Vietnam y protestó por la expulsión del escritor Alexander Solzhenitsin de la Unión de Escritores Soviéticos por sus críticas al régimen comunista.

En enero de 1970 tuvo tiempo aún de condenar al Estado de Israel por sus bombardeos contra Egipto en el marco de la guerra de desgaste, la continuación de la guerra de los seis días, que había tenido lugar en junio de 1967. Este fue su último acto político. Bertrand Russell falleció a causa de una gripe el 2 de febrero de 1970 en su casa de la localidad galesa de Penrhyndeudraeth, al este de Inglaterra. De acuerdo con sus últimos deseos, sus restos fueron incinerados sin ceremonia religiosa y sus cenizas se esparcieron en las montañas de Gales. No es posible saber con certeza si el sabio de los consejos luminosos había conseguido ser feliz, pero lo cierto es que se fue del mundo a los noventa y siete años, luchando hasta el último momento por dejarlo mejor de como lo había encontrado. Si realmente el mundo de hoy es mejor, en buena parte se debe a su pensamiento y a su acción.

Glosario

Análisis del lenguaje: análisis lógico del lenguaje o análisis lingüístico del lenguaje común con el propósito de esclarecer los conceptos filosóficos y científicos. Russell y Wittgenstein pretendieron crear un lenguaje ideal para el análisis filosófico que estuviera libre de las ambigüedades del lenguaje ordinario, que producía problemas lógicos.

Atomismo lógico: concepción metafísica según la cual la sustancia última del mundo son átomos lógicos. Estos elementos simples a partir de los cuales está construido el mundo son objetos particulares, sus cualidades y sus relaciones. El mundo es una pluralidad de hechos aislados y de relaciones independientes las unas de las otras.

Axioma: proposición que se acepta como verdadera por ser evidente, aunque no hay pruebas de su verdad. Se utiliza para deducir a partir de ella otras proposiciones. Los conjuntos de axiomas son el centro de los sistemas formales y de las teorías. Las proposiciones derivadas de ellos son los teoremas.

Clase: conjunto o agrupación de cosas, una construcción lógica que no tiene otra entidad que la de los elementos que la forman. La paradoja es que la clase de todas las clases no sería una clase.

Construcción lógica: entidad que en realidad no existe por sí misma, sino que es fruto de la agrupación de cosas que sí existen realmente. Esta agrupación la realiza nuestra mente.

Descripción definida: expresión lingüística precedida de un artículo determinado que permite hacer referencia a una cosa concreta enumerando ciertas características suyas mediante predicados: «el primer libro de filosofía superventas». Es un caso de expresión referencial que, en el lenguaje natural, es un símbolo incompleto.

Dualismo: concepción metafísica que admite dos tipos de cosas: las cosas materiales y las cosas mentales. Aplicado al ser humano, designa la concepción paralela que establece que el ser humano está formado por dos entidades distintas: mente y cuerpo.

Emotivismo: concepción sobre el fundamento de los juicios morales, según la cual estos juicios solo expresan emociones, deseos u órdenes sin ningún carácter objetivo.

Expresión denotativa o referencial: expresión lingüística que permite señalar a una cosa concreta, por ejemplo, los nombres propios y las descripciones definidas.

Filosofía analítica: corriente filosófica desarrollada a partir de las obras de Bertrand Russell, G. E. Moore, varios miembros del Círculo de Viena y Ludwig Wittgenstein. Proponía aproximarse a los problemas filosóficos mediante el estudio del lenguaje y el análisis lógico de los conceptos, considerando tanto la lógica formal (Russell) como el lenguaje ordinario (Wittgenstein).

Idealismo: doctrina metafísica según la cual la realidad no se puede dar directamente si no está mediada por la mente humana.

Impulso: actividad humana canalizada según ciertos patrones. Se trata de un concepto central en la antropología de Russell, a partir del cual proyecta su análisis psicológico del ser humano. Sin embargo, el autor no lo explica con claridad.

Logicismo: filosofía de la matemática que mantiene que los conceptos y verdades matemáticos son derivados de los conceptos y verdades lógicos, es decir, que las matemáticas son reducibles a la lógica. La tesis fue propuesta en el siglo XVII por Leibniz,

pero no se hicieron esfuerzos notables por probarla hasta finales del siglo XIX, de la mano de Gottlob Frege.

Monismo: postura metafísica que mantiene que la realidad forma una sola cosa. Es el caso del neohegelianismo.

Monismo neutral: teoría metafísica sostenida por Russell que predica que la sustancia básica que forma la realidad no es ni física ni mental, sino que puede ser reducida a materia neutra. La cosa vista y la cosa física son dos manifestaciones de lo mismo.

Neohegelianismo: corriente filosófica de carácter idealista y monista, dominante en Gran Bretaña al final de la época victoriana, cuyo máximo representante fue F. H. Bradley.

Paradoja: proposición en apariencia falsa o que infringe el sentido común. La paradoja revela las limitaciones de las herramientas de la mente humana, por lo que los filósofos utilizan los problemas que genera como estímulo para realizar avances teóricos.

Particular: una unidad frente a otras unidades en un sistema de referencia. Es el significado de una expresión referencial.

Positivismo o empirismo lógico: concepción filosófica que mantiene que solo es admisible la metafísica que se sigue de la ciencia y que solo tienen significado las palabras que se refieren a los hechos científicos. Su concepción ética es emotivista.

Predicado: significado que se refiere a las propiedades y relaciones de un individuo, el sujeto.

Principio central de crecimiento: idea acuñada por Russell que considera que todo ser humano tiene alguna excelencia que puede desarrollar. Es una idea fundamental de su antropología, mediante la cual articula sus propuestas sociales.

Silogística: parte de la lógica cuya piedra angular es el silogismo, una forma de razonamiento deductivo que consta de dos proposiciones como premisas y otra como conclusión, siendo la última una inferencia necesariamente deductiva de las otras dos. Fue formulada por primera vez por Aristóteles. El problema de la silogística es que no puede dar cuenta de las deducciones que involucran relaciones.

Símbolo incompleto: expresión lingüística que solo cobra sentido cuando se encuentra en una oración, es decir, en función de un contexto. Es el caso de las descripciones definidas.

Teoría axiomática: organización de un conjunto de verdades sobre un objeto que permite obtenerlas a partir de un número finito y reducido de ella, que son los axiomas. Es el caso de *Los elementos* de Euclides para la geometría y de *Principia Mathematica*.

Teoría de conjuntos: rama de las matemáticas que estudia las propiedades y relaciones de los conjuntos, que son colecciones abstractas de objetos, consideradas como objetos en sí mismas. Los conjuntos y sus operaciones más elementales son una herramienta básica en la formulación de cualquier teoría matemática. Su desarrollo histórico se atribuye a Georg Cantor durante la segunda mitad del siglo XIX.

Universal: expresión que se emplea para caracterizar un universo de individuos. Son los referentes de los predicados, que expresan propiedades o relaciones. Por ejemplo: «verde» expresa el universo de las cosas que tienen ese color, «amigo» expresa el universo de las personas con las que tenemos cierta relación...

Lecturas recomendadas

Ayer, A. J., *Russell*, Barcelona, Grijalbo, 1973. Repaso del pensamiento de Russell desde el punto de vista del positivismo lógico. El pedagogo y filósofo británico A. J. Ayer hizo que Russell se declarase emotivista en ética.

Clark, R. W., *The Life of Bertrand Russell*, Londres, Jonathan Cape and Weidenfeld & Nicolson, 1975. La biografía más autorizada y clásica. Un texto elocuente e íntimo que proporciona un retrato muy gráfico de la personalidad del filósofo, sin olvidar prácticamente ningún aspecto de su dilatada vida.

Dioxiadis, A. y Papadimitriou, C. H., *Logicomix: una búsqueda épica de la verdad*, Barcelona, Salamandra, 2014. Novela gráfica narrada en primera persona por el personaje de Bertrand Russell que ilustra el momento de crisis de la filosofía de las matemáticas que el pensador protagonizó a principios del siglo XX.

Jager, R., *The Development of Bertrand Russell's Philosophy*, Londres, George Allen and Unwin, 1972. Obra de referencia centrada específicamente en la obra del filósofo, sin tener en cuenta los aspectos biográficos. Se trata de una exposición exhaustiva de todos los aspectos del pensamiento de Russell.

Russell, B., *Autobiografía*, 3 volúmenes, Barcelona, Edhasa, 1990-1991. El filósofo escribió su autobiografía entre 1967 y 1969, publicando el último volumen pocos meses antes de fallecer. Por su naturaleza, no es una obra objetiva, pero justamente por ello supone una mirada fascinante al interior de la figura de Russell y de aquellos con quienes se cruzó, puesto que contiene gran cantidad de cartas que escribió o recibió el autor.

Wood, A., *Bertrand Russell: el escéptico apasionado*, Barcelona, Aguilar, 1967. Retrato humano de gran calidez escrito por un filósofo y periodista que se centra en encontrar la relación recíproca entre la vida y la obra de Russell, con atención especial a su particular lucidez.

Índice

Russell es el gran filósofo del humanismo liberal. Matemático de formación, su talante racionalista le llevó al convencimiento de que solo la lógica permite al ser humano pensar con claridad, de ahí su rechazo de toda postura dogmática, tanto religiosa como metafísica. Consecuentemente, no tuvo miedo de abordar los temas más sensibles de su tiempo, desde la educación hasta la desobediencia civil, pasando por el lenguaje, el sexo y la felicidad. Sus reflexiones sobre todos ellos, así como su compromiso con las causas de la libertad, la paz y el progreso social, siguen plenamente vigentes en nuestra sociedad global.

APRENDER A PENSAR